



# La lectura, ese misterio

Enrique Pérez Díaz

# La lectura, ese misterio

Enrique Pérez Díaz

cubaliteraria  
Ediciones Digitales

**Colección Narrativa y Crónica**

**2020**

## Sinopsis

¿Es la lectura un fenómeno en sí misma o parte de un hecho cultural y social mucho más rico y trascendente que el propio acto de leer? ¿Es el libro solo una mercancía vendible y comprable o quizás un detonador de ideas que incluso podría mover una praxis social? Con una mirada desde el telúrico siglo XXI, *La lectura, ese misterio*, propone un acercamiento a un mundo donde confluyen escritura, edición y libros para niños, desde la perspectiva, experiencia y visión nada complaciente de un autor-editor de obras infantiles.

Título: *La lectura, ese misterio*  
Edición: Jesús David Curbelo  
Corrección: Marian Garrido Cordoví  
Programación: Rubiel G. Labarta  
Diseño de cubierta: Carlos Enrique Sutil  
ePub base 2.0

© Enrique Pérez Díaz, 2020

© Sobre la presente edición: Cubaliteraria-Observatorio Cubano del Libro y la Lectura, 2020

ISBN: 978-959-263-199-1

Cubaliteraria Ediciones Digitales  
Instituto Cubano del Libro  
Obispo 302, entre Habana y Aguiar, Habana Vieja, La Habana

[editorial@cubaliteraria.cu](mailto:editorial@cubaliteraria.cu)

[www.cubaliteraria.cu](http://www.cubaliteraria.cu)

[www.facebook.com/cubaliteraria](https://www.facebook.com/cubaliteraria)

[www.twitter.com/cuba\\_literaria](https://www.twitter.com/cuba_literaria)

# Índice

¿Una vida sin libros? A manera de introducción  
Leer, esa otra aventura  
La lectura: un árbol con muchas ramas  
Editar LIJ en el siglo xxi. ¿Un dulce suplicio?  
Práctica social, lectura y literatura infantil  
Por una lectura de la no-violencia  
La espiritualidad en los libros para niños en el siglo XXI: ¿nuevos retos para un nuevo siglo?  
Escribir y leer desde la soledad del escritor para niños  
Coincidencias y destinos. ¿Existen las casualidades literarias?  
La lectura es un viaje en barco  
La lectura como (dis)gusto  
Leer: acto de emancipación y de voluntad  
Niños y libros: ¿diferencias irreconciliables?  
El niño que buscamos  
Escribir para el niño que no somos  
Niños y libros, edición y lectura. ¿Puente sobre aguas turbulentas?  
Biblioteca: ¿un hogar para los libros?  
¿Es la librería una institución cultural?  
Lectura y enseñanza  
La lectura como modo de crecimiento del ser humano  
La lectura como fuente de libertad y saber  
Al mal tiempo, buenos libros  
Sobre el autor

*A todos aquellos,  
que de una manera u otra,  
pusieron un libro cerca  
(o quizás lejos)  
de mi alcance.*

## PRETEXTO

¡Sigue tus sueños!  
Los libros son bombones  
para el alma.  
No engordan.  
Después de leerlos  
no tienes que lavarte los dientes.  
Son silenciosos.  
Los puedes llevar  
contigo a todas partes,  
y sin pasaporte.  
Los libros tienen todavía  
otra ventaja:  
Incluso los más gordos tienen  
una última página,  
y necesitas otro nuevo.  
MARTINA MAIR

¡El libro, bendito sea!...  
Pues con afán inaudito,  
vuela por el infinito  
con las alas de la idea.  
RUBÉN DARÍO

Todos nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea con la intención de vislumbrar lo que  
somos y dónde estamos.  
Leemos para comprender o para empezar a comprender.  
No podemos dejar de leer.  
Leer, casi como respirar, es nuestra función esencial.  
ALBERTO MANGUEL

Un libro es algo tan material y necesario como el pan y el agua, como el agua y el pan, como la  
amistad y el amor.  
La palabra impresa es tributo de la vida y un complemento de la naturaleza y la felicidad.  
ANTONIO MUÑOZ MOLINA

El verbo leer no tolera el imperativo.

Es una aversión que comparte con algunos otros verbos: «amar», «soñar».

DANIEL PENNAC



# ¿Una vida sin libros? A manera de introducción

La buena gente no sabe el tiempo y el esfuerzo que cuesta aprender a leer.  
Yo he trabajado en esto durante ochenta años y no puedo decir aún que lo haya logrado.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Errabundo, el pensamiento se pierde entre los vericuetos de la memoria, sigue cauces inesperados, deambula por laberintos insondables para llegar a sitios remotos, sitios donde tal vez estuve pero que, a las luces de hoy, me parece que nunca visité.

Vuelvo atrás los ojos y, más que personas, veo libros por todas partes, más que lugares visitados o vividos, descubro de nuevo las entrañables ilustraciones por donde tanto viajé antes.

Es como si la existencia fuera una gran biblioteca de la cual yo era un volumen más que, a cada lectura, se abría hambriento y trémulo, ante muchas páginas diversas e ignotas, páginas eternamente asociadas a la sorpresa, el deseo de avanzar hacia el fin del camino pues, todo camino — por muy largo y poblado de obstáculos que parezca— siempre tiene un final.

Y los libros han sido para mí una meta y un camino. Aún antes de comprenderlos, me internaba esperanzado en sus variopintas imágenes para perderme en mundos distintos, mundos desconocidos y, a la vez, entrañables que, al voltear cada página, se me antojaba recordar. Y ya desde pequeño, yo volvía, una y otra vez, a aquellos libros queridos, como un amante a la cita, el peregrino a la tierra en que nació o el tristemente célebre asesino al lugar del espantoso crimen.

Como le sucedía a Jorge Luis Borges o al propio Miguel de Cervantes, no concibo un mundo sin libros. Creo que podría carecer de cualquier cosa (incluso vital) pero no de un libro. Tal vez nunca podré saciar esa hambre

otra y milenaria que en todo humano subyace, y de la cual hablaba el célebre escritor cubano Onelio Jorge Cardoso<sup>1</sup> en su antológico cuento. Siempre hubo libros en mi vida y hago votos porque nunca vayan a faltar. Los asocio a momentos especiales, o más bien los momentos recordables — digamos paradigmáticos— vienen de la mano de uno o varios libros que por entonces andaba leyendo.

Sin embargo, nunca vi al libro en esa otra función educativa, de instrucción o elevados fines morales con que, lamentablemente se les suele presentar a quienes más les rechazan por alguna mala experiencia que por propia elección. Lo vi como un umbral promisorio, un puente, un amigo inteligente capaz de liberarme de la tonta cháchara cotidiana en la que a veces amigos «inteligentes» pudieron hacerme naufragar.

Recuerdo imágenes de leyenda, pasajes exóticos poblados de especies desconocidas, cuadros de historia sagrada o seres inimaginables que, sin embargo, gracias al libro, existían para mí mucho más ciertos que la propia realidad.

El libro, pues, devino en magia y conjuro. Magia con la cual curar (y atenuar) enfermedades molestas o prolongadas, desterrar el aburrimiento y la soledad. Conjuro, mediante el cual espantaba a personas inoportunas que, al ver cómo me sumergía en un volumen, decían con miserativas: «Déjalo, si está leyendo ya...».

Y en ese mundo, en esa otra realidad inventada, fui feliz desde niño. Aun antes de estar autorizado para ello, conocí del País de las sombras largas o del sufrimiento de la reina María Antonieta de Francia en los días previos a ser decapitada. Vi los horrores de la esclavitud con *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, de Renée Méndez Capote, cuasi relato de aventuras para muchos adolescentes cubanos, uno de los *best-sellers* en la preferencia de mis abuelos o la *Biografía de un cimarrón*, de Miguel

Barnet, que me fuera obsequiada por una maestra de Historia en cuarto grado.

El abismo de las narraciones de Poe me deslumbró y también sucumbí a los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, a las *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer y al embrujo siempre lírico, humanista y evocador de Rabindranath Tagore.

En buena medida, accedí al mundo de las letras por la vía oral. ¡Sí, como olvidarlo! Ya fuera mediante los relatos detectivescos que una hermana mayor me hacía cada noche —exacerbada su fantasía ante mis ojos dilatados por el cómplice terror— o escuchando a mi abuelo (infatigable y furibundo amante de los libros todavía a sus noventa y siete años bien vividos en medio de libros) leer una y otra vez historias cuyo significado me resultaba ambiguo y, precisamente por eso, más interesante todavía. Luego, entrar de lleno en el mundo de las letras, gracias a la mano sabia y paciente de una maestra Makarenko, me lanzó a un feliz páramo del cual nunca he podido regresar. Rudy Caneyes Vigo abrió para mí, con la llave más eficaz para emplear en un niño (la del corazón) un ámbito secreto de vocales y consonantes que desde entonces han conformado mi universo particular.

¿Cómo olvidar aquellas carreras contra el tiempo y el sueño en pos de un final? La sed y la inquietud eran tales que, en ocasiones, comenzaba a leer una historia, saltaba a otra, y a otra y a otra..., era vivir varias vidas en el tiempo, como bien ha dicho Alejo Carpentier.

Ese vicio de compaginar lecturas aún no lo he podido erradicar, sobre todo cuando escribo y alterno historias y personajes a tal punto que hasta olvido a la gente real y vivo más con mis *creaciones* que con los seres más cercanos.

Creo que debe sucederles así a muchos escritores, que sienten como más reales a sus criaturas por el modo en que se identifican con ellas y sus problemáticas, sobre todo cuando personajes y situaciones se inspiran en la vida real, como es mi caso.

Leer era conocer. Conocer era descubrir. Descubrir era vivir otras vidas en el tiempo. Muchas vidas en realidad. Domeñar el mundo de la mano de seres que se me hicieron tan cercanos como sus autores: Perrault, Andersen, Grimm, Casona, Almendros, Kipling, Salgari, Verne, Twain, London, May, Spiry, Defoe, Swift, Carroll, Stevenson, Alcott, Dickens..., autores sobre los que más de una vez fui y siempre pretendo regresar...

Mi madre, otra eficiente promotora de la buena literatura, me abrió, con su trabajo de narradora de cuentos y de bibliotecaria, un rico camino que aún transito.

En las espaciosas e iluminadas salas de la Dirección Nacional de Bibliotecas Escolares,<sup>2</sup> me sumergía en estantes y estantes o a veces —huyendo del bullicio de otros muchachos— iba a leer escondido en recovecos, altillos, escaleras de caracol y hasta en una torrecilla blanca donde muy cerca del cielo se iban para mí las horas y el atardecer me sorprendía allí, embebido en historias que aún considero asombrosas por su magia para cautivar me y hacerme olvidar el mundo real.

Recuerdo que siempre fui —paradójicamente— tan excelente lector como pésimo estudiante. A la primera oportunidad, me escapaba de una escuela llamada Ciudad Escolar Libertad para esconderme entre los anaqueles de aquella para mí mítica biblioteca que nunca parecía acabar por los interminables e infinitos libreros altos hasta el techo, y que tal vez el tiempo y la distancia ahora me hagan idealizar aun más.

¿Se trataba de un sitio encantado al que ya me está vedado el regreso?

¿Acaso mis maestras de tercero a sexto grado hacían de la escuela un lugar

pavoroso del que yo necesitaba huir? ¿Es posible que gracias a la magia de la buena literatura un niño encuentre en los libros todo aquello que le está vedado en el mundo de verdad?

No obstante, siempre en mi vida de niño hubo personas que, compasivas, mientras hablaban de lo que vendían en una tienda o de cuánto arroz dieron este mes por la libreta de racionamiento o se entretenían en contarse otros chismes, decían de mí: «Mira como arrastra libros en vez de irse a jugar como los otros».

Podría decirse entonces que leer no solo me permitía ver las cosas diferentes, sino que me hacía marcar la diferencia. ¡Eres diferente, te hacen sentir diferente e incluso llegas a sentirte diferente cuando, en el mundo de la cotidianidad eres capaz de leer con verdadera pasión!

Lejos de estímulo, algunas veces encontré en cierta gente censura cuando me afanaba en leer. Y de veras que no entendía. ¿Por qué uno ha de juzgar aquello que precisamente no conoce? Sí, porque —convicto y confeso del crimen de la lectura consuetudinaria— no puedo menos que pensar que quienes hablan así, tan despectivamente, lo hacen porque no conocen del libro y sus magníficas posibilidades, jamás intuyeron el mundo que podría abrírseles con solo voltear una página y detenerse unos minutos en ella.

Quizás leer sea algo solo comparable a la escritura, a ese mundo de preguntas que nos abre la página en blanco y en donde una voz oculta que se posesiona, impetuosa, de nuestra mente y nuestras manos, de todo nuestro ser en verdad, nos obliga a escribir cosas sobre las que jamás habíamos reparado.

Ya adolescente, en oportunidades, para pesar de mis amigos y fugaces amores, leí con ímpetu similar. En oportunidades, un afecto quedaba sepultado tras una oleada de aventuras que yo mismo me imponía devorar. En mi etapa policial Agatha Christie y Enid Blyton (ambas tan inglesas

como deliciosamente entretenidas, intrascendentes y prolíficas) ocuparon innumerables horas de mi vida, que robaba al cine, la playa, los deportes o las relaciones más reales y mundanas. Estos libros y otros que se me escapan, me convirtieron en el más asiduo lector de la biblioteca Frank País, de Santa Fe.

Decía Cesare Pavese que «la literatura es una defensa contra las ofensas de la vida» y confieso que nunca escuché pensamiento más axiomático y revelador. Si toda la gente que por ahí anda amargada, llena de dudas y desesperanza (con razones o sin ellas) cada tarde se diera a la tarea de leer, tan solo unos minutos, en su cosmovisión las cosas iban a cambiar.

Leyendo uno adquiere compromisos, ataduras que le ligan a otros seres y sus destinos, a otros mundos y sus derroteros, y esto —¡qué curiosa paradoja!— es algo enriquecedor.

Mientras más te ate un libro a sus páginas, más opciones tendrás de descubrir un camino. Tal vez te permita abandonar por corto tiempo, ese camino tuyo que quizás te cueste mucho soportar. Al menos para mí siempre ha sido así.

La molestia que representa hacer una larga y exasperante cola esperando un ómnibus que nunca llega, se puede mitigar cuando un libro va contigo y logras abstraerte un tanto de la realidad circundante. La impotencia en que a veces te sume una situación estática en tu vida, tal vez varíe si va contigo un buen libro.

Leyendo una historia, conjuras el paso del tiempo, sabes que no está perdido del todo, aunque el ómnibus no llegue, ni tampoco acudan a ti aquellas cosas que más anhelas en la vida. Protagonizando por instantes un argumento literario, te sientes héroe, capaz de disponer de un destino que tal vez antes, en la vida real, no supiste encaminar por el rumbo cierto. De ahí

la posibilidad renovadora, lúdica y ejemplarizante que toda buena lectura te puede ofrecer.

Siempre aguardé por cosas en esta vida, unas llegaron y otras tardan todavía y con un libro a la mano la vigilia se hizo hasta más placentera, menos tediosa y cargada de connotaciones negativas. Así, supe que yo podía ser uno y muchos a la vez. Aprendí a viajar sin despegarme de mi asiento; vislumbré en las honduras del ser humano y descubrí vínculos con otras épocas, latitudes y seres que jamás pensé conocer.

La lectura fue pues, para mí, un puente, no importa cuán infranqueable o brumoso en ocasiones, de todos modos, un puente que hacia alguna parte me iba a conducir. Tal vez incluso hacia mí mismo.

Leer ha sido por demás un viaje, un viaje plagado de sorpresas y evidencias, de razones o sinrazones, de quietud o desvelo. Un viaje en cuyo destino final muy pocas veces me he detenido a pensar: simplemente he disfrutado de sus posibilidades.

Y si la lectura ha sido ese viaje estimulante en pos de lo desconocido, el libro, un vehículo eficaz para dirigirme hacia cualquier parte, la casa grande de las páginas, como dijera una vez Ana María Machado, donde en momentos de pesar o de euforia puede uno cobijarse.

Por eso he viajado y he conocido de ese modo a tanta gente, y no me arrepiento. Sí, recuerdo haber leído pocos libros de los que arrepentirme, y en cambio muchos por los cuales me puedo felicitar, en la medida que me hicieron entender mejor al mundo y a su gente y hasta a mí mismo.

A veces, se ha sido un poco convencional en cuanto a qué deben leer las personas. Hay quienes suelen guiarse por listados que hacen autores célebres. Aunque no deploro o impugno esta práctica, creo que cada quien debe encontrar los libros que para sí fueron escritos, aquellos que le dicen a uno verdades, aquellos que jamás se perdonaría el no haber leído.

Hay quien vive leyendo al pie de la letra los últimos *best-seller*, o quien se aferra a los llamados monumentos literarios y su lectura es limitada solo a un área, por supuesto. Otros, no logran superar las lecturas (menguadas y poco representativas) que orientan los programas de estudio, por demás tan aferrados a lo clásico y tan llenos de baches imperdonables.

Estimo que el mejor lector es aquel que, ligero de equipaje, emprende el viaje con un espíritu descubridor, de aventurero, y no aquel que se conforma con los caminos trillados que antes otros trazaron, sin que esto sea óbice para que en el momento adecuado uno retorne, cual hijo pródigo, a aquellos libros que ya forman parte de su vida porque desde tiempos remotos siempre los amó.

Hay obras sobre las cuales eternamente vuelvo y me traen nuevas lecturas, un aire rejuvenecedor que en el anterior viaje por sus páginas tal vez no hallé. Sería injusto si olvidara a muchos y mencionara solo a unos pocos, pero, así y todo, quiero recordar a *El Gran Meaulnes*, Alain Fournier, *El vino del estío*, Ray Bradbury, *El guardián en el trigal*, J. D. Salinger, *El libro de Jin Valor*, Mathieu Lindon, *El papá de noche*, María Gripe, *Pobby y Dingan*. *Los amigos invisibles*, Ben Rice, *Un puente hasta Terabithia*, Catherine Paterson, *Hoyos*, Louis Sachar, *El «lunático» y su hermana Libertad*, Paul Kropp, *Seda*, Alessandro Baricco, *Nieve*, Maxence Fermine, y tantos mas...

Por lo general, soy parco en recomendar libros, porque sé que hay libros para lectores y lectores para libros. Por eso, por encima de todo, lo que siempre recomiendo es leer. Tampoco suelo aceptar muchas opiniones en este campo, ni guiarme por la crítica; prefiero escuchar el juicio de las personas que poseen —probablemente— el mismo gusto o punto de vista que yo.



Así y todo, siempre que deseo halagar a alguien, el mejor presente que hallo es un libro que yo mismo considere inapreciable. Nunca regalo un libro que antes no hubiera leído y me pareciera excelente, enriquecedor.

Asimismo, durante décadas, un libro fue lo mejor que alguien me pudo obsequiar. Gracias a los libros, hice mis mejores amigos, y en muchos de ellos aún se cifra mi mayor lealtad.

Conservo en un sitio muy entrañable aquellos volúmenes que profesores, colegas y familiares me entregaron en oportunidades especiales. Junto a ellos, los textos que como un buen amigo (e incurriendo en el pecado de las listas) yo sería capaz de recomendar.

No sé cómo hubiera sido mi vida sin libros. No la concibo. Por eso agradezco tanto a aquellos que alguna vez —aunque ocasionalmente— pusieron un libro en mis manos.

Pues un libro es también como un sentimiento altruista que se comparte de buena fe pese a que, como los sentimientos, en oportunidades resulta doloroso compartirlos, pues corren el peligro de ser robados o perdidos, heridos, dañados.

De tal manera que no imagino la existencia de seres que han vivido y viven sin haber leído jamás.

Si a alguien le puede resultar increíble que un ser humano pase horas enteras leyendo y leyendo, más inverosímil aún se me antoja que una persona viva sin leer jamás, que su periplo vital transcurra, simple y llanamente, sin una historia paralela, sin ese mundo otro, sin esos amigos desconocidos, esa realidad diferente que hasta el peor libro puede ofrecer.

¿Es posible vivir en un mundo sin libros?

¡Que levante la mano el primero en lograrlo!

# Leer, esa otra aventura

Una buena literatura divide a los lectores, crea antagonismos, produce enfrentamientos y pasiones...

es una forma privada de la utopía.

Se lee para convertirse en poeta, para amar, para madurar, para mejor morir.

Solo a los lectores se ofrece o se niega el mundo... hay que leer la literatura con fe, es decir, como

modelo de vida, como un oráculo personal.

RICARDO PIGLIA

Leer es una aventura colosal, inimaginable, telúrica, una aventura que lleva de venturoso cuanto en sí mismo encierra un acto tan lleno de misterio y suspenso como es el abrir por primera vez las páginas de un libro cuyo contenido apenas intuimos por su título o la nota de contracubierta y dejar que inicialmente nuestros ojos y luego todos nuestros sentidos se adentren en ese mundo imaginado-sugerido-apropiado-redescubierto que el autor (y sus editores) han destinado a otro alguien que ni siquiera conocen y cuyo gusto tratan de intuir, en un afán de enviarle un mensaje que tampoco saben si va a llegar y, de ser así, de qué manera será recibido.

Como toda aventura que se precie de serlo, la lectura presenta uno y mil riesgos posibles (e imposibles), riesgos que todo lector debe correr si se afana en el acto de leer.

Entre los riesgos más frecuentes puede estar el hecho de que el libro le produzca aburrimiento y se caiga de sus manos a los pocos minutos de haberlo comenzado. También, que no sea el libro que necesita leer precisamente en ese instante porque su estado anímico requiere de algo bien distinto o que quizás se trate de una obra para la cual apenas posee referentes culturales o sentimentales que le permitan leerla cabalmente. ¿Pero, acaso no es más hermosa la vida cuanto mayor sea el riesgo por lo que apostamos? Si nada arriesgáramos en una empresa, todo sería muy

aburrido, tan aburrido como una tarde invernal mirando la oscuridad que apenas se deja entrever ventana afuera.

Por eso, en el acto de leer hay un gran porcentaje de aventura y de tensión que va consiguiendo sacar al lector de su mundo circundante y lo hace sucumbir a esas palabras escritas que antes estaban allí, pero sin que alguien reparara en ellas. Palabras que, mediante el código del idioma y de toda nuestra experiencia lectora (y vital) precedente, tienen la virtud de revelarnos aquel mensaje de que antes hablábamos.

Esa es la razón de que no todos los lectores sean iguales ni puedan leer lo mismo y, en ese sentido, la aventura de leer nunca será similar para novatos que para entrenados, para librepensadores que para prejuiciosos, para timoratos que para personas auténticamente valientes y aventureras en sus búsquedas, aquellos que no vacilan en sucumbir a las pasiones más intensas, descender a los abismos y elevarse a las cumbres del pensamiento, ligeros de equipaje, o solo con una maleta en mano, la de un sentimiento de búsqueda y hallazgo indetenible.

El otro riesgo a considerar cuando se lee es, por supuesto, que en un libro no todo es inventado ni fantasioso; allá adentro podemos encontrar desde una muestra de la vida real, o una interpretación de sus misterios, hasta un mágico tapiz de emociones para las que quizá ni estemos siquiera preparados a enfrentarnos.

Si se mira bien, cuánto no hay de magia en ese acto tan sencillo como complejo mediante el cual cualquiera puede viajar a las distancias más impensadas, distancias no solo geográficas, sino psicológicas y sumergirse en los vericuetos del alma humana que pueden llegar a ser incluso más insondables que los abismos más ignotos y lejanos.

Como aventura que es, además de entrenamiento constante, de praxis vital, la lectura requiere de una ejercitación creciente. *Leer es crecer*, dice un

proverbio utilizado en Ferias del Libro y en verdad, para que tal *crecimiento* exista se debe ir leyendo con un sentido de renovación constante.

A veces se lee mucho de lo mismo y no se da en el lector ni en su acto una progresión que permita hablar de desarrollo o cambio. Para que un lector evolucione, debe aventurarse cada vez más en metas superiores.

En manera alguna quiere esto decir que si nos gusta leer un tipo de literatura nos privemos de ella solo por el mero hecho de *cambiar*, pero todo el tiempo deberemos estar conscientes de qué nos encontramos leyendo, de qué nos aporta o no y de cuánto esfuerzo invertimos en algo que nos roba mejor tiempo para otra cosa.

Es frecuente escuchar decir a infinidad de personas que leen mucho, sin descanso, pero si se mira bien, en su lectura no se da una progresión hacia mundos o metas diferentes sino una especie de estancamiento en una posición acomodaticia de leer aquello que probadamente saben que les va a agradar. Este es el tipo de lectura que fomenta la literatura de mercado, una lectura que no complejice el acto de leer, sino que lo haga tan placentero como simple y poco creativo.

Los auténticos lectores valientes son aquellos que, nunca conformes, van de libro en libro y, sedientos de más aventura, siempre buscan más, sin conformarse con los caminos trillados, sino adentrándose en esos páramos misteriosos que más peligro y emoción les puedan ofrecer tanto a su intelecto como a su sentimiento.

Se aprende a ser un lector valiente desde la infancia. No es una categoría que se adquiriera en un día ni en dos. Se requiere de mucha vida y bastante entrenamiento. Uno ha de haber descendido a los abismos de veinte mil leguas de viaje submarino si desea luego, mucho después en realidad, ascender hasta una montaña mágica llena de secretos por descubrir.

Todos los lectores valientes que se precian de serlo tienen, sin embargo, un pequeño recinto secreto dentro de sí, adonde guardan aquellos libros que, en la arriesgada aventura de leer, más de una vez les allanaron el camino hacia la búsqueda y el hallazgo. Fueron libros que les marcaron de una u otra forma y que para siempre atesoran consigo, en esa memoria atávica que, sin adivinarlo siquiera, todos poseemos y que a nadie osamos revelar. Esos libros que una vez marcaron al valeroso y decidido lector que no vacila en explorar páramos y distancias, son el oasis al que siempre puede regresar luego de cada aventura. Como en todo oasis en ellos hay sombra, agua y fresco, una pizca de aire con aroma a resinas olorosas y mucho de remembranza por el pasado.

Porque, no le quepan dudas a nadie, de que toda lectura se asocia a un pasado, que luego es presente y más tarde se convertirá en futuro. Las lecturas realizadas en cada hito del camino vital de un ser humano marcan un hecho trascendente en nuestras vidas. Los libros que alguna vez nos marcaron son el faro que nos permite guiarnos por ese, a veces inquietante, mundo de los libros y también por el mundo real, no menos peligroso e inquietante que aquel que algún escritor sea capaz de concebir para sus invenciones.

# La lectura: un árbol con muchas ramas

La lectura es como un sexto sentido. Si el hombre no hubiera inventado esos signos, se hubiera perdido la memoria cabal del pasado, su ciencia reciente: toda su poesía. La civilización retrocedería siglos. ¿Qué debemos a la lectura? El hombre no puede calcularlo. Desde que abre los ojos al mundo, el saber por ella proporcionado permite el desenvolvimiento feliz del parto, el cuidado salvador del infante. Nuestros puentes serían más frágiles, nuestros techos más embestidos por los vientos. Leer nos comunica con el mundo. La simple lectura matinal del periódico niega la soledad. Enseña que nuestros problemas no solo son nuestros; que estamos ante un contexto mayor que nos modifica y afecta. Leer no es solo aprender o conocer, es sobre todo compartir.

FINA GARCÍA-MARRUZ

Ver no es comprender, es necesario leer.

IGNACIO RAMONET

El libro es fuerza, es valor,  
es poder, y es alimento,  
antorcha del pensamiento  
y manantial del amor.

RUBÉN DARÍO

El libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres.

JORGE LUIS BORGES

En realidad, si se mira bien, y tratando de resumir de alguna manera todas las aristas de un tema tratado a lo largo y ancho de este libro, la lectura debe considerarse, no solo como parte de un sistema determinado, sino como todo un sistema en sí misma.

Ese es el error tan frecuentemente cometido, que se la suele aislar como algo diferente, solo asociado a cierta especie de ejercicio libresco y se omite entonces la praxis histórica que ha demostrado fehacientemente que la lectura siempre es parte de una realidad mucho más compleja, la vida misma.

El otro error muy frecuente es que, cuando se suele hablar de lectura solo se piensa en la lectura *literaria* o *de libros*, de modo tal que se desconoce que la lectura viene a ser como un árbol con muchas ramas, en ocasiones, apenas conocidas, valoradas o tomadas en cuenta, un árbol que se extiende hasta parajes insospechados y lejanos del planeta y de la existencia humana. Viéndolo bien, desde que venimos al mundo, con solo abrir los ojos, estamos leyendo algo.

Leemos el frío o el calor que nos produce salir del seno materno. Leemos las tinieblas y la luz. Leemos el silencio y los sonidos. Leemos el hambre y la sed o el mágico, maravilloso modo de saciarlas. Leemos el afecto o el desprecio. La ansiedad y el miedo, o la alegría y el amor. ¡Leemos el amor que es uno de los sentimientos más soñados y capaz de mover las grandes causas!

Con cada paso que damos, un nuevo paso que dar. Con cada lectura, otra meta superior. Un libro de páginas a color profusamente ilustradas. Un volumen de cuentos. Una novela policial o de aventuras. Una novela social. Un libro histórico. Un libro o varios a la vez. Muchos libros que nos acompañan en nuestro largo o corto andar.

Leemos el paisaje y a nuestra familia. Leemos el barrio y el lecho donde vamos a yacer cada noche para entonces, casi desasidos de nosotros, leer el oculto significado de nuestros sueños, esencias cargadas de extrañas e inquietantes lecturas que casi nunca somos capaces de intentar leer. Leemos despiertos. Soñamos despiertos para luego volvernos a leer y reinterpretar nuestras esencias mas ocultas y en el sueño más largo estamos leyendo ese mundo otro que luego se nos desdibuja y se antoja tan quimérico como improbable.

Leemos el aire o su ausencia. Leemos a quienes conviven con nosotros o leemos a los seres que pretendemos tener más cerca de nosotros. Leemos

las tormentas y la bonanza. Leemos el cielo de la noche cuando se llena de estrellas que nos traen un mensaje que quizás fuese enviado varios siglos atrás por un ser de otra galaxia. O leemos el mar con sus confines imprecisos.

Leemos entre líneas cada gesto de alguien que se comunica con nosotros, ya sea mediante una muestra de cariño o una agresión y hasta somos capaces de leer el desapego y la incompreensión de que a veces somos objeto.

Por eso, pensándolo bien, en la vida todo es un puro y simple acto de lectura apenas consciente, que se mueve por códigos secretos y atávicos que consigo lleva el ser humano desde que, en los albores de la humanidad, un prehistórico descubrió que también el sonido servía de vehículo eficaz para enviar señales a sus semejantes y otro dibujó en las cavernas los primeros uros y aves que nosotros hoy podemos leer, para atribuirle un pretendido concepto de arte o exaltación religiosa.

Leemos el peligro, la guerra y la muerte. Vivimos leyendo el miedo a lo desconocido y hasta el miedo a lo cotidiano que suele ser mucho peor. El dolor ante las enfermedades. Leemos la cercanía y la ausencia. El desprecio y la nostalgia. Leemos la buena música o un bellissimo cuadro que nos devuelve una no menos hermosa figura de mujer o el paisaje visto-intuido-soñado por nosotros alguna vez.

Podemos ver, entonces, que hay lectura por todas partes a nuestro alrededor y en la vida diaria cada acto demanda y a la vez entraña una especie de lectura nada fácil, muy sofisticada en verdad, una lectura no del todo consciente y para la cual en ocasiones no estamos lo mejor apertrechados. Leemos lo probable las más de las veces, pero también lo imposible.

Por eso mismo, leer la vida, leer el mundo o leer a la gente es algo que hacemos a diario, aunque siquiera estemos pensando en ello y de cada una de esas lecturas —que desde muy pequeños hacemos— se va formando en



nosotros todo un sistema diseñado para que captemos todas las señales emisoras que nos da la vida de aquello que en cada fase, momento o edad deberemos leer.

Pensando ya en la lectura de libros y de literatura en sí, que vendría a ser la esencia de este ensayo, también resulta desde todo punto de vista imprescindible la existencia de un sistema, pero esta vez de un sistema diseñado no por la vida o por la praxis histórica de generaciones y generaciones, sino por el hombre moderno en cuestión, un sistema que consta de muchas partes y se rige por leyes inviolables y muy precisas.

Libro y lector.

Literatura y autor.

Historia o realidad social y literatura.

Literatura y fantasía.

Argumento y escritor.

Argumento y lector.

Literatura y promotores.

Literatura y enseñantes.

Veamos cuantas variables pueden (y deben) existir para hacer posible un mismo acto, el aparentemente simple acto de leer, en el que el mensaje enviado por alguien en un libro llega o no a ese otro alguien al que supuestamente está destinado.

Si, al margen del acto mágico que en sí misma conlleva la lectura y de los misterios que siempre se mueven en torno a la creación y la promoción literaria —misterios que determinan el que un libro se convierta en un hecho socialmente útil o un manuscrito quede relegado al más pertinaz olvido desde su propio nacimiento— entendemos la lectura como todo un sistema integrado por factores estrictamente necesarios, ya se podrá establecer con todo rigor la prioridad necesaria para posibilitar el triunfo de

cualquier empresa, campaña o intencionalidad que se le confiera al acto de leer.

Para que este sistema funcione y se integre, deben cohesionarse no solo los artífices del libro en puridad de términos —editorial, autores, biblioteca, librería, enseñante, etc. — sino también numerosos factores sociales como los medios de difusión masiva, la opinión pública y, por exagerado que parezca, hasta cualquier institución que en potencia pueda ser capaz de promover o estimular el acto de leer.

La lectura no se debe visualizar como un acto de élites o de personas interesadas en adquirir conocimientos.

Debe verse, de manera integral y revolucionaria como una práctica para todos aquellos que estén facultados de ejercitarla, desde un niño hasta un pescador que espera la presa que picará en su anzuelo, desde el campesino que abandona el surco, hasta la oficinista aburrida que solo vive pegada a un teléfono, desde un catedrático hasta la persona que acaba de aprender las primeras vocales y consonantes.

La lectura no es patrimonio (ni debe serlo) exclusivo de nadie, ni de una clase social o edad determinada. Es un ejercicio sano, benéfico, un ejercicio vital como cualquier otro y para toda la vida. Un ejercicio para el cuerpo, para el entendimiento y para el alma.

Si no se acepta este principio, de ningún otro modo se conseguirán resultados duraderos en el establecimiento de una *praxis* lectora, sino solo esfuerzos aislados, aunque no menos interesantes, que solo quedarán como eso, el mero esfuerzo.

Se suele medir el índice de ventas como termómetro cualitativo (que no cuantitativo) de cómo se puede estar leyendo en cualquier país. Para nadie es secreto que las ventas no siempre van directamente proporcionales con lo

que se lee o deja de leer y muchísimo menos con el nivel cuantitativo o cualitativo de la lectura.

Claro está que, si nada se vendiera, ya sería un índice funesto y desesperanzador, pero no todo lo vendible (o vendido) es bueno (en ningún lugar del mundo en realidad) ni todo lo vendido en materia de libros llega a ser abierto y mucho menos leído alguna vez.

Por eso mismo, resultan bien necesarios todos los estudios que se instrumenten sobre el tema, que tampoco se agotará con investigaciones o estrategias ni campañas más o menos eficientes en la movilización de los lectores.

El día a día.

El hacer y hacer.

El exigir cada uno desde su trinchera y, sobre todo, el leer y leer, infatigablemente, con espíritu de objetividad y búsqueda.

Leer y leer.

¿Qué puede ser más enriquecedor?

¿Leer el mundo del siglo XXI o leernos a nosotros mismos? ¿Leer el futuro o los antepasados?

¿Leer desde la praxis de lo ya conocido y degustado más de una vez como el buen vino o, con ansias de explorador, ir siempre en pos de nuevos derroteros?

En los libros está una posible respuesta.

## Editar LIJ<sup>3</sup> en el siglo xxi. ¿Un dulce suplicio?<sup>4</sup>

[...] hay niños que leen bajo las sábanas, con la linterna en la mano, en contra del mundo entero. Hay una dimensión de transgresión en la lectura. Si hay tantos lectores que lean por la noche, si leer es con frecuencia un acto de oscuridad, no es solamente porque hay en ello un sentimiento de culpa: de esta manera se crea un espacio para la intimidad, un jardín protegido de las miradas. Se lee sobre los márgenes, las riberas de la vida, en los linderos del mundo. Tal vez no hay que desear que se haga la luz en ese jardín. Dejemos a la lectura, como el amor; conservar su parte de oscuridad.

MICHÈLE PETIT

Marco Polo en sus viajes imperecederos hacia el Oriente lleno de misterios y aventuras. Cristóbal Colón descubriendo el Nuevo Mundo, un mundo tan antiguo como el otro, pero hasta entonces desconocido para los hombres «civilizados».

¿Qué leyeron en su infancia ambos, acaso las aventuras de Simbad el Marino? ¿A su vez, Simbad el Marino qué pudo haber leído si sus viajes le hubieran dejado tiempo para ello? ¿Tal vez la historia de una muchacha llamada Sheherezade que inventa historias para salvar su vida de una muerte segura? Sí, ¿pues para nosotros no resulta tan real y tan vivo el perseverante sobreviviente de los siete viajes como lo son el marino genovés o el mítico buscador de tesoros en las tierras del Gran Kan? Verne imaginando horizontes desconocidos, mientras Salgari se enrolaba en la nave del Corsario Negro y Jack London huía hacia el Klondike. Michael Ende escapando de su revulsiva realidad alemana de los años sesenta para esconderse en FANTASÍA junto a sus creaciones Atreyu y Bastian.

¿Qué papel jugó el acto de leer en las vidas de cada uno? ¿Qué papel ha jugado el leer en la existencia de aquellos seres que, como Momo en su lucha por devolver el tiempo a los seres humanos —firmes, obcecados,

rebeldes, inconformes, subversivos, inadaptados, sedientos, desventurados, imagineros y soñadores— un buen día se proponen dominar, cambiar el mundo, al escribir o editar lo que creen será un buen libro?

Quizás Colón no solo conociera las aventuras de Polo y Simbad, sino que leyó (o escuchó de sus nanas) otros muchos cuentos o leyendas que despertaron su confianza en el acto de fe que significó —con una tropa de peligrosos carcelarios—, reivindicar económicamente a la Europa del siglo XV en base al «descubrimiento», el dominio y conquista que trajo la destrucción de la rica cultura americana, también llena de héroes viajeros y personajes mitológicos, como el mítico serpiente emplumada, Quetzalcóatl para los aztecas, Kukulkán para los mayas quichés.

El acto de leer viene pues, marcado desde siempre por una ruptura, una contradicción, una paradoja bien evidente, la que significa no aceptar nuestra realidad inmediata y, en cambio, adentrarnos, sumirnos, en otra distinta, aquella desconocida e intangible que se esconde tras las páginas de un libro.

El acto de leer, más que una praxis de (de)construcción semántica, lingüística o dramática, es un acto de amor o de rabia, de rebeldía innata. Aunque leyendo seamos libres, paradójicamente a la vez resultamos cautivos. Libres de nosotros mismos y nuestras penas o anhelos. Cautivos de otro (y otros muchos tantos, que no alcanzamos a adivinar siquiera) y que intervienen en el proceso creativo de ese hecho cultural y de comunicación llamado LIBRO. Somos libres en tanto elegimos esa senda alternativa de vidas paralelas; cautivos en la medida en que nos vamos adentrando en una historia otra para irnos lejos, tanto y más quieran aquellos que la inventaron o editaron.

En apariencia, nuestros más simples captos pueden ser una trama bien contada, un personaje atrayente y seductor, una acción que se concatena a

otra... Pero, en realidad, detrás de cada libro —aunque diga muchas verdades— hay montón de engaño y artificio.

Existe un autor, existe un editor (visto genéricamente, pues el editor engloba montón de profesionales que confluyen en ese suceso cultural-mercancía que es todo nuevo libro que asoma su rostro al mundo), quienes manipulan a su antojo el contenido de un libro.

El montón de engaño y artificio está dado por el innegable hecho de que un libro nos convence de algo que en realidad no existe (o, al menos para nosotros, no existía hasta ese momento mismo de abrir la página) y lo mejor o peor que esté contado, diseñado, ilustrado, empaquetado y hasta vendido generará que de veras sus posiblemente fieles lectores sucumban a esta magia y a este engaño. Esta aseveración no quiere significar, por supuesto, que cada editor se proponga engañar de facto a su posible lector, sino que los actos de editar y escribir parten siempre de un entarimado ficcional cuyo mejor fin es apartar a las personas de cualquier otra actividad y obligarlas a leer, esto es, a comprar lo que van a leer. Por eso, mientras más y mejor leamos, seremos más libres, y más cautivos a la vez. Aunque la otra paradoja es que, en ocasiones, la lectura consigue hablarnos más y mejor (y hacernos ver lo invisible a nuestros ojos) que la propia realidad cotidiana. Entonces editar ha sido siempre un acto mágico y la magia está llena de ilusión, cierta mística, recursos secretos y cuasi ancestrales dispuestos de tal modo que convenzan al lector de su veracidad, o al menos verosimilitud, de lo que va a leer o adquirir para su lectura.

Desde siempre, autores y editores eternamente fueron víctimas y victimarios en una alianza recíproca llena de complicidades inconfesadas: el acto de publicar.

Tiene el autor la capacidad de imaginar una realidad y con su oficio recrearla de modo que se haga creíble a alguien, en primera instancia, a su

posible editor.

Tiene el editor la potestad de —cómplicemente— propiciar la envoltura más adecuada a esa historia (entiéndase asimismo poemario, pieza teatral, etc.) que luego deberá vender a otros muchos como un producto de primera. En tal acto de complicidad no solo hay afecto sino desavenencias, no solo hay entrega desinteresada sino «pactos entre caballeros», no solo hay sacrificio —en ocasiones de ideas, modos, estéticas— sino incontables ganancias para ambas partes.

Independientemente del innegable papel que suele jugar el azar en la edición o distribución de cualquier libro, el editor posee la impronta adecuada para conseguir que determinada obra constituya un suceso o permanezca durmiendo de un tedio eterno en el estante de una ignota librería.

Por eso, desde siempre, editar ha sido una estrategia, una estrategia tan bien concebida en función de oferta y demanda y tan llena de tácticas y maniobras como la mejor de las guerras posibles.

La historia de la literatura universal muestra incontables ejemplos de las alianzas —más o menos fructíferas— entre autores y editores en cualquier género. También nos habla del modo en que avezados editores han conseguido al autor que necesitaban en base a ir moldeando las ideas, el oficio y hasta las actitudes de quienes trabajan para su catálogo. Este proceso de orientación ha dado excelentes frutos para ambas partes, pero, sobre todo, para el editor (que es quien en definitiva apuesta su dinero o el de su empresa y gana a la postre en reconocimiento y dividendos). Un editor saca del anonimato al autor que integrará su nómina, pero ya entre ambos se establece un compromiso tácito estructurado en base a un diseño determinado, ya sea una colección, un plan de presentaciones, una política editorial.

Precisamente por eso, aunque muchos lectores piensen lo contrario (o siquiera piensen en ello), la historia que llevan a sus manos y devoran sus ojos significa un compendio de voluntades puestas en función de ese soporte comunicativo que es el libro. Si obviamente, reparamos en la cantidad de ojos que suele tener sobre sí la llamada literatura para niños y jóvenes (o infantil y juvenil), entonces se comprenderá que tal conjunto de voluntades participantes en la creación de cada volumen que sale al mercado es más férreo y evidente en este a veces llamado género menor que es la LIJ.

El toma y daca tácito que ha existido tradicionalmente entre autores y editores, editores y editores o entre los propios autores y los editores, evidencia todavía más los artilugios no confesos en que se mueve la praxis de escribir y editar. Todos los grandes de la antigüedad bebieron antes de otros para concebir sus historias y eso se mantiene hasta nuestros días. Charles Perrault y los hermanos Grimm tomaron de las ancianas contadoras de su tiempo, e incluso muchas de sus historias ya estaban tratadas por el italiano Jean Batiste Bassile. Andersen hizo otro tanto al recrear las sagas nórdicas escuchadas de los marinos de Copenhague o al inspirarse en relatos de *Las mil y una noches árabes*. Martí se alimentó para su breve, pero trascendente obra dedicada a la infancia, del propio Andersen, de Laboulaye, entre otros. Cuantos escribimos, de algún modo recreamos una realidad existente (al menos para nosotros) pero a la vez estamos acudiendo a un arsenal histórico que legaron nuestros antecesores, así nuestra voluntad más evidente sea la de renovar y subvertir.

Si bien miramos, la supuesta originalidad de un producto de masas como fue a fines del pasado siglo XX la aparición de los primeros tomos de las célebres aventuras del niño mago Harry Potter, no es más que un bien estructurado ajiaco de personajes más o menos reales, de mitologías,



cosmogonías y seres muy antiguos dentro del folclore universal, arrojados en un aire de modernidad que transita por la crítica al adulto, el juego de roles dentro de una pandilla y la eterna (y siempre enaltecida o edificante) lucha del bien contra el mal. Eso, descontando la bien estructurada maniobra comercial que se instaura luego del éxito más o menos casual de los primeros dos tomos de la saga.

Pero no es nada desdeñable el fenómeno cuando de lectura se trata, como en la vieja fábula de la antigüedad, no vale la pena desdeñar las uvas (el misterio) que ha significado el innegable hecho de que esta obra, de la noche a la mañana, volviera lectores a miles de niños y adultos en el orbe. Si bien Harry Potter vino a demostrar lo incierto de una traída y llevada crisis de lectura a escala universal, también evidenció —y quizás eso sea lo más trascendente de tal suceso de masas— cómo un libro para niños podía constituirse en acontecimiento social y planetario. Una inexperta e imberbe autora como la Rowling jamás pudo imaginar lo que su historia vendría a desencadenar en el mundo de las ediciones y de la lectura como praxis de miles de personas. Para ser parcos en el tema, únicamente hablemos de la vuelta a un tipo de literatura más fantasiosa ya abandonada desde décadas anteriores en muchos contextos y que, por su desmedida operación comercial, reivindicó a verdaderos clásicos como las sagas de Narnia o de *El señor de los anillos*, casi echadas al olvido desde mucho tiempo atrás. Si editar ha sido siempre una especie de parto forzoso, arriesgado y traumático para quienes en él intervienen, creo que, a la luz de las últimas décadas, se convierte, cada vez más, en un acto a veces suicida y en otras ocasiones en un verdadero suplicio. Precisamente porque editar es una lucha de contrarios que pugnan por ocupar un lugar cimero entre los lectores, porque mantenerse en el primer lugar del mercado es el reto que hoy —sin otra consideración más culta o estudiada— se plantean montones

de editores en cualquier latitud. ¿Qué le gusta leer a la gente y qué vamos a darle para que le guste leer más?

El editor serio, aquel que independientemente de concienciar la necesidad de vender su producto, cree en el poder transformador y renovador de la palabra, en el acto de fe que puede significar leerse un excelente libro y luego pensar diferente, en el papel subversivo que este hecho de transformación pueda significar, se las ve muy negras en un mundo editorial que tiende a la globalización y a la entronización de una media aplastante que solamente se rige por los vaivenes del mercado. Y si para el editor resulta a veces traumático escoger entre cuanto debe leer y a veces no elegir eso que más satisface a su ética personal (sino precisamente cuanto le pautan los comerciales de su editorial), imaginemos lo doblemente difícil y traumático que debe ser para un autor el ser editado bajo semejantes condiciones.

Se hace entonces más evidente el matrimonio (en oportunidades divorcio) entre ambas partes gestoras en la creación de ese valor cultural-comercial que es un libro. ¿Cómo consigue el autor situarse en el mercado sin traicionar su estética o su ideología? ¿Cómo logra el editor vender aquella literatura en la que más cree sin hacer que su empresa quiebre? ¿Qué recibe aquel lector (niño o adulto orientador de lectura) de cuanto se publica diariamente? ¿Cómo escoger lo más adecuado, trascendente, enriquecedor, en el inagotable fárrago de ediciones que pululan por todas partes? ¿Cuál, el destino de tanto libro que a diario se escribe y se publica y va a parar solo Dios sabe a dónde? ¿Se lee en verdad todo lo que se publica y se compra en cualquier parte? ¿Está la respuesta en aquellos clásicos de siempre, a los que autores, editores y lectores solemos regresar, una y otra vez, con el ansia inconfesada de encontrar en la aventura ancestral la savia que alimenta nuestras vidas?

¡Quizás con un pase mágico de su lámpara maravillosa, al menos Aladino consiga brindarnos un poco de luz! Tal vez solo entonces sepamos emplear adecuadamente esa magnífica alfombra voladora que puede ser todo buen libro que cada amanecer viene al mundo...

# Práctica social, lectura y literatura infantil

No existe un mundo civilizado en tanto haya millones de niños muriéndose de hambre. Pero junto con el hambre física, hay otra hambre: los niños no alargan sus manos pidiendo solo pan, sino también libros. Las dos hambres están muy estrechamente unidas. En noches de insomnio veo a millones de niños que carecen todavía de libros, si no ya —lo que aún es peor— con libros inadecuados en sus manos. ¡Cuán a menudo los niños leen libros —incluso en la escuela— sin apenas rastros de paz y comprensión!

JELLA LEPMAN

Para iniciar de alguna manera estas reflexiones sobre el tema práctica social, lectura y literatura infantil, comencé citando estas vigentes palabras de quien fue, en su momento, una de las abanderadas por establecer en la llamada literatura para niños un nuevo orden mundial más orientado a la apertura y la democracia de las ideas: la judeo-alemana Jella Lepman, fundadora de la Biblioteca Internacional de la Juventud (*Internationale Jugendbibliothek*) y del IBBY (*International Board on Books for Young People*, en español, por consenso, Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil), organización que en el 2003 cumplió su medio siglo de vida, con el mantenido propósito de buscar a través de los libros infantiles una vía de cooperación internacional, entendimiento, paz, solidaridad y tolerancia para nuestro universo.

Se ha dicho que 1945 fue un año que en el siglo XX marcó el final de una época y el nacimiento de otra bien diferente en los libros para niños.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el planeta Tierra y sus habitantes no podían seguir siendo los mismos, pues la cuota de muerte, terror y otras lacras heredadas de semejante conflagración bélica, amén de cambiar la fisonomía de Europa, necesariamente produjeron una mudanza en la forma de ver la vida y edificar el futuro.

Casi coincidiendo con ese telúrico mundo de posguerra, de numerosas ilusiones perdidas y muy pocas recuperadas, hondo desaliento y nuevos bríos para emprender la reconstrucción de numerosos estados y, a la vez, la todavía más difícil reconstrucción del entendimiento y memoria de la especie humana, aunque parezca increíble, la literatura para niños que se venía haciendo sobre todo en Europa, sufrió en esos años una especie de colapso ético y estilístico y, a partir de entonces, se muestra portadora de una nueva faz. Una faz menos engañosa y pueril que otrora, y más profunda, verídica y con deseos de transgredir sus propios moldes, aspiraciones y entornos.

Sin referirse a la guerra, un libro como *Pippa Mediaslargas*, de la sueca Astrid Lindgren, propone precisamente a una anti heroína infantil con un renovador e iconoclasta ideal de autodeterminación e independencia para el niño, ideal que luego será rescatado en muchas partes por numerosas obras destinadas al público infantil y juvenil.

La propia Jella Lepman, amiga personal de Astrid Lindgren, la creadora de Pippa, o de figuras como Erich Kaestner y Liza Tetzner, se encargó de nuclear bajo sus proyectos a aquellos autores que por entonces se dieron a la tarea de demostrar a la infancia —y demostrarse ellos mismos también, en su nueva concepción de hacer libros para esta infancia— que literatura y lectura, más que un simple divertimento o evasión, podían constituir las mejores formas de conocer nuestras realidades —aun por duras que estas fueran— y, por supuesto, entenderlas mejor e interactuar sobre ellas.

Precisamente surgirán entonces una serie de obras —supuestamente escritas para niños— que no solo se ocupan de abordar la cruda realidad bélica — pensemos en la creación de los alemanes Úrsula Wölfell y Peter Härtling, la inglesa Judith Kerr, la griega Alki Zei y hasta alguien tan prolífico y a la vez comprometido con el eterno ideal de justicia para la infancia desvalida

como la austriaca Christine Nöstlinger—, sino que también bucean en los aún peores tiempos de la reconstrucción y posguerra y proponen a su vez un nuevo ideal de tolerancia, entendimiento, paz y hermandad entre los seres humanos, independientemente de su nacionalidad, raza, filiación o creencias. Es precisamente por eso mismo, que ya el concepto de lo que van a leer los llamados «menores de edad» irá variando considerablemente en esta Europa todavía convulsionada por las guerras mundiales.

Harían una larga lista los autores que a partir de la segunda mitad del siglo xx y valiéndose de la llamada «Literatura Infantil»<sup>5</sup> motivaron con sus libros que esta emergente modalidad de aprehender realidades más o menos visibles en el ámbito social —pero también explorando con audacia entornos familiares, escolares y hasta psicológicos—, experimentara notables virajes vinculados a la Historia y, por ende, a la praxis social de aquellos momentos.

Es entonces cuando surgen los primeros libros sobre las diferencias generacionales entre padres, hijos y abuelos; las crudas novelas que abordan el racismo, la discriminación de los judíos y otras etnias, el alcoholismo, los divorcios, el maltrato y abuso infantil, el trabajo casi esclavo de algunos niños pobres, la muerte, el abandono filial, etc.

Estos libros, escritos para niños, abogan, sin embargo, por una lectura más desprejuiciada que hasta entonces: el universo de problemas que presentan va más en busca de un lector integral y desprejuiciado del tópico etario, y pretenden calar en todos los lectores posibles, para tratar de lograr un dialogo entre ellos, dialogo abierto y constructivo, que deje más preguntas que respuestas.

Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial —y al polarizarse el mundo en dos regímenes: de una parte un capitalismo monopolista de estado en ascenso y con fuertes ansias expansionistas y, de la otra, países con

determinada orientación izquierdista y que, bajo la égida de la URSS, se proponen edificar un socialismo a veces sobre bases más utópicas y sentimentales que ateniéndose a regularidades económico-sociales— progresivamente esta «literatura infantil»<sup>6</sup> abre de forma notable su espectro al problematizar nuevos asuntos, complejizar sus técnicas expresivas o formales y crecer en valores humanistas e ideológicos por sus alegorías éticas y hasta de índole política.

Por esta misma polarización<sup>7</sup> ideológica en dos sistemas fundamentales, principalmente en Europa, toda la literatura (y también la llamada «infantil») recorre diversos cauces expresivos, coherentes a nuevas alternativas de pensamiento social.

Desde los años 50, las políticas de los países del Este, colapsadas abruptamente a fines del siglo XX tras el derrumbe de la propia URSS — que siempre fue a la vanguardia de un movimiento no exento de diversas contradicciones que le lastraron—, en aras de un ideal de justicia colectiva, de alguna forma frenaban la individualidad y, a la vez, promovían de manera institucional obras aprobadas bajo el canon de lo establecido, libros laudatorios al sistema y engañosos en cuanto a sus puntos de vista y proyecciones en el lector.

En el caso de los libros para niños, esto se manifestó en un abuso desmedido del animismo y el antropomorfismo, en argumentos historicistas que eternamente ensalzaban las virtudes del ejército antifascista, de una parte, o en textos de índole más tradicional que solo se proponían rescatar el folclore y poblaban el universo infantil de osos, raposas, lobos y niños modélicos, pero no rascaban en los asuntos del presente.

Pese a esta tendencia imperante por una praxis editorial que silenciaba a otras voces más críticas, de manera tácita e inconscientemente para muchos gestores de ediciones, fueron surgiendo obras contestatarias que, de forma

subterránea, se abrieron paso en el panorama literario mundial y calaron en los modos de hacer, tanto en uno como en otro régimen. Vale recordar a dos significativos autores eslovacos que representan hitos aislados en todo un engañoso movimiento tendiente a moralizar a partir del socialismo:

Bohumil Riha, con su obra *El Nuevo Gulliver* y Klara Jarunkova, con sus novelas *La única* y *El hermano del lobo taciturno*,<sup>8</sup> que reflejan las contradicciones y búsquedas de un sistema que distaba de la anhelada perfección. Estos libros revolucionarios y transgresores de cualquier cimiento social, dieron paso a otros en una cadena infinita e inacabada. Todavía en la actualidad, mientras la sociedad moderna se torna más agresiva en todos los órdenes, la llamada literatura «infantil» es menos «infantilista», más abierta al tabú y se hace más trascendente estilística y formalmente, desprejuiciada frente a amplios públicos.

De esta manera, el libro y la literatura infantil, en épocas anteriores de exclusivo patrimonio eclesiástico o escolar, en oportunidades se van constituyendo en suceso social por sus dimensiones de crítica a determinado entorno, su alcance entre amplios sectores de la población (y no solo el supuesto público «menor» al cual van destinados) y lamentablemente se convierten hoy en cotizada, poderosa mercancía — incluso en tales predios— y sus renovados cánones aportan hitos con posibilidades expresivas y catárticas ideas a escala social.

No obstante, cuando por trascender al niño, esta literatura se torna en mercancía de un público amorfo, peligrosamente puede volverse estereotipada y este hecho se hace evidente cuando determinadas colecciones cultivan mecanismos censores que velan la inviolabilidad de su estrecho perfil en aras de proteger a un supuesto público lector, establecido de antemano por una praxis de vender al por mayor.



Si, junto a lo inamovible de ciertas ideologías literarias que aún prevalecen en determinados puntos del orbe, tales resortes del *marketing* son poderosos, frecuentes y harto aniquiladores de lo que podríamos denominar voces auténticas en un contexto sin muchos referentes diversos, el autor comprometido (defensor de lo original, alternativo y justiciero) en sentido general queda proscrito, aunque —por esos impredecibles vaivenes de la suerte o la casualidad—, en algún momento quizás trascienda y domine, aún ante el riesgo de que luego sus aportes sean imitados como posible fórmula de ventas.

Se produce, por ende, una nueva paradoja en el tradicionalmente ya de por sí paradójico y contradictorio mundo de los libros «para niños»: aquello que en su momento fue renovador, anticonvencional, trascendente y hasta casi agresivo ante un determinado contexto cultural y social, en definitiva sucumbe a las propias reglas que dicta dicho contexto, sobre todo cuando es absorbido como un mero producto de venta, un producto más.

Quienes estudiamos los libros para niños somos testigos de este fenómeno singular que más o menos en cualquier parte se ha acuñado de similar manera: ¿Cuántos libros no se han escrito sobre las guerras y dictaduras nacientes o aquellas que fenecen y han sentado cátedra en el instante de su surgimiento, para luego verse eclipsados por las inevitables andanadas de imitadores que, partiendo de aquello que fue original y sorprendente, establecen un producto estudiado, a manera de fórmula y que inevitablemente se torna cotidiano y gastado?

Hablando de la práctica social vinculada a la LIJ y, por ende, a la lectura, no es posible sustraerse a la referencia sobre un contexto muy cercano por ser el que me ha visto nacer como autor y estudioso de esta disciplina.

Cuba tiene una historia reciente en cuanto a libros para niños. Hay que contar con un antecedente glorioso como significó en el siglo XIX la

publicación de una obra con largo alcance: *La Edad de Oro*, de José Martí. En esta revista luego devenida libro, el intelectual y político cubano sentó las bases de lo que sería un decálogo para numerosos autores de cualquier época: desterrar de una obra destinada a los niños todo atisbo de mentira, temas tabúes o intereses de domeñar el libre albedrío de la infancia.

Tras Martí se produce en las primeras décadas del XX un largo silencio apenas interrumpido por una autora hoy trascendente como Hilda Perera quien, con sus *Cuentos de Apolo*, renovó el patio de los libros infantiles en la isla caribeña.

Con el giro diametral que da el país en enero de 1959 y las primeras reformas culturales de la Revolución cubana, praxis social y literatura para niños se dan la mano como nunca antes en el contexto americano: crece la publicación de obras claves de la literatura universal vendidas a precios irrisorios, masivas campañas de alfabetización, escolarización e instrucción de amplias capas de la población, dotación al país de numerosas bibliotecas públicas y escolares, nutridas en gran medida por la dominante editorial de España en aquel entonces: las colecciones Doncel, Aguilar, Molino, Juventud y Noguer, que fueron marcando con su estilo cosmopolita las ansias nunca satisfechas de un público lector y ávido comprador de libros. Sin embargo, son pocos los epígonos dignos de destacar en el ámbito nacional de las obras para niños en aquellos años. Se publican libros significativos, pero en general referidos a la historia, las gestas patrióticas, los valores políticos que se deseaban divulgar entonces entre la niñez y la juventud.

En los años 70 y, tras la celebración de un fórum sobre literatura infantil, educación y lectura y, tomando como argumento las palabras de la destacada intelectual cubana Mirta Aguirre (1912-1980), la literatura para niños se convirtió en Cuba en un fenómeno de carácter casi masivo, con la

proliferación de concursos y el establecimiento de Gente Nueva, la editorial especializada en el tema que ya se había fundado en 1967.

Sin embargo, como bien dice el refrán: esos polvos trajeron estos lodos, y con una política de promoción algo paternalista y peyorativa se estableció el precedente de numerosas obras triviales, engañosas y con falsos valores supuestamente patrióticos, históricos, educativos. Salvo algunos hitos que se pierden entre la hojarasca, no abundaron libros verdaderamente significativos.

No será hasta finales de la década de los ochenta y principios de los noventa que, coincidiendo paradójicamente con el peor período editorial cubano por la acelerada crisis que tras el derrumbe del campo socialista vivía el país, de forma gradual se fue estableciendo una literatura menos cómplice hacia lo establecido y más abierta y detonadora en cuanto a abordar, como nunca antes, temas difíciles, realidades duras y problemas eclipsados incluso en los libros para adultos. Aunque vale destacar que, por esos mismos avatares, esta literatura apenas fue consumida por su destinatario ideal, o sea, el niño, ya que, en virtud de ediciones mínimas o ediciones para el mercado en divisas, que se hacían por entonces, hubo casi un lustro en que apenas se veían libros para niños. Es el momento, casi a fines de los 90, en que surgen como una alternativa, la mejor posible, los centros provinciales del libro y las primeras casas editoras fuera de la capital que van dinamizando y democratizando un panorama de indigencia no solo en cuanto a cantidad, sino calidad.

Esta literatura más comprometida, novedosa en nuestro contexto tan lógicamente permeado otrora de animalitos y desdibujados niños modelo, se propone ex profeso emular con grandes autores que también por esas décadas y de la mano de la colección Alfaguara Infantil llegan de manera casi subversiva hasta nuestras manos.

Para mis colegas y para mí resulta un deslumbramiento descubrir un poco tardíamente —no de niños, sino ya como autores— a María Gripe, Lygia Bojunga Nunes, Tormod Haugen, Christine Nöstlinger, Catherine Paterson y tantos que han marcado el contexto más vanguardista y comprometido (por llamarle de algún modo) de las letras universales para niños.

Quizás todavía hoy, de modo tardío muchas veces, los jurados y las editoriales van aceptando paulatinamente los libros difíciles que surgen de nuestras mentes y manos. La aguda dinámica social de estos años, marcados por un recrudecimiento del bloqueo y las agresiones de los poderosos vecinos del norte y un aislamiento casi del mundo entero, el éxodo masivo de numerosas personas que de forma legal o clandestina abandonan la isla tras el espejismo promisorio de una vida mejor, motivan que varios autores debutantes establezcan un discurso más realista, amén de que la fantasía y lo mágico siempre están presentes en nuestras producciones.

Por primera vez se asoman a la literatura infantil cubana los auténticos rostros de niños que carecen de muchas cosas, hijos de padres divorciados, los pequeños balseros, la soledad y el abandono de familias divididas por el exilio o las ideas políticas antagónicas, la crítica a un estilo educativo algo paternalista, retórico y a veces empeñado más en repetir que en razonar o la muerte, el SIDA, la droga, prostitución, el poder corruptor del dólar y otros males evidentes en nuestra sociedad y que tanto distan del idílico modelo establecido en los primeros años o del todavía acariciado ideal de un mundo perfecto para nuestra infancia.

«No son niños que puedan ser criados bajo campanas de cristal que los aíslen del conocimiento de la existencia del engaño, de la astucia, de la crueldad, de la maldad. Estos niños deben y tienen que aprender que hay lobos que se disfrazan de inofensivas abuelitas».

«Por eso, respetando el criterio de quienes puedan pensar que es mejor otra cosa, votamos porque no se tema demasiado a que la literatura infantil y juvenil muestre los costados feos de la vida; no hemos terminado con ellos nosotros, y falta mucho para que se terminen en todas partes, siquiera sea en sus más graves manifestaciones».

Tomando como emblema las anteriores palabras de aquel histórico discurso de Mirta Aguirre, los autores cubanos de estas generaciones hemos ido marcando cada vez con más fuerza un viraje diametral, un cambio de signo, un tono más agresivo y renovador en nuestra producción para la infancia, desde la divisa de crear obras que no solo estén dirigidas al lector infantil, sino que dialoguen con el mundo adulto, teniendo en cuenta la responsabilidad de los mayores (entiéndase familia, escuela, dinámica social) en la formación o (de) formación de una infancia cada vez menos dócil y más indomesticable, por el lógico devenir de una época de convulsas transformaciones en el panorama mundial.

Aunque todavía persisten los libros de la vieja usanza, por mi experiencia como jurado o editor, atisbo que aún estamos en un momento de búsquedas constantes. Si preocupante es una literatura que no diga nada y se empobrezca en lo manido, del mismo modo puede resultar negativa una literatura contextual, expresamente cercada en temas y circunstancias que desea denunciar (combatir o al menos comentar) pero que, en definitiva, carezca de la calidad, la garra, el ángel mágico de la creación. Aunque estos años nos dieron obras significativas y hay algo más de una treintena de autores con un estilo definido, resulta evidente que aún no salimos del período de búsquedas o tanteos y bajo la etiqueta «literatura para niños» se enmarcan textos que siquiera son literatura, sino apenas ejercicios de apurada redacción.

No deben preocuparnos del todo las búsquedas, sin embargo, porque de ellas saldrán los hallazgos. Al menos ahora, ya muchos autores han despertado y se proponen una perspectiva literaria diferente, más abierta y menos convencional, bien lejana de aquella que constituyó una dominante en los años setenta.

Con su pubertad acelerada por el clima tropical, su alineamiento en una dinámica social que tal vez les hace crecer y madurar demasiado pronto, también los niños de hoy sueñan, sin embargo, con leer aventuras al estilo de Harry Potter, quizás en un ansia de emancipación, aventura y fantasía que a veces extrañan en las obras y planes de estudio supuestamente destinados a ellos. En verdad, parecen estar algo cansados de una prédica escolar que suele hablarles de buenos modos y maneras que no ven en la vida cotidiana, o de próceres impolutos (y por ello menos humanos y creíbles). Ansían algo más, sí, ser entendidos, errar y que les perdonen, tal vez a veces copiar un modelo de vida ideal que no les pertenece ni por sus raíces históricas o culturales, pero que les aleja de un gastado canon moral que les resulta obsoleto, reiterado, aburrido y empobrecedor. Viendo a los niños de hoy, con sus gustos y aptitudes cotidianas, muchas veces quienes escribimos literatura pensando en ellos solemos preguntarnos con inquietud y desasosiego si realmente nuestras obras son las que esperan de nosotros o si acaso desean algo muy diferente de lo que anualmente se publica.

Entonces, no podemos dejar de preguntarnos también: ¿Qué perspectivas nos abre este siglo veintiuno en cuanto a cánones temáticos y estéticos? ¿Irá la literatura infantil junto, a la zaga o por delante de la a veces convulsa dinámica social? Resulta difícil responder. La praxis literaria y social del mundo en el medio siglo que sucedió a la Segunda Guerra Mundial, nos informa todo el tiempo de una cambiante dinámica que en diversas

ocasiones fue captada, antecedida o sucedida por el movimiento literario y editorial.

En un universo donde compiten soportes tan antiguos como el libro, con sofisticados medios modernos y de la envergadura del Internet, es duro prever cuáles serán los monumentos literarios de esa literatura comprometida (y no circunstancial, mercantilizada) que nos pueda deparar el futuro. Cabe esperar que, como ha ocurrido a través de cualquier época, siempre habrá epígonos, imitadores, árboles enhiestos y bosques enmarañados.

Justo desde mi ventana como escritor y amante defensor de los libros para niños y de una lectura que enriquezca y deje más preguntas que respuestas, quisiera concluir estas reflexiones citando a nuestro Martí con esta máxima que preside los afanes de cuantos —desde los más disímiles estilos, corrientes, puntos de vista o estéticas— pensamos en dotar a la infancia de libros mejores, más humanos, edificantes, libros que, en definitiva, les hagan crecer y entenderse a sí mismos: «Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo».

# Por una lectura de la no-violencia

En el breve espacio de tiempo que tenemos,  
decir tú y yo  
y no tú o yo,  
es un paso de avance  
en el largo camino hacia el futuro.  
BERTOLT BRECHT

La violencia es, por desgracia, no solo un tema que nos preocupa a nivel teórico, sino una cruel realidad cotidiana y que, lamentablemente, se ciñe de modo creciente sobre nuestras vidas en el mundo de hoy.

La famosa escritora austriaca Christine Nöstlinger, galardonada en 1984 con el premio Hans Christian Andersen o Nobel de las letras para niños, ha dicho: «Muy pocas cosas en el mundo son como debieran ser. Casi todo es como no debiera ser. La vida es buena solo para unos cuantos. Para la mayoría de la gente, la vida es mala. Y donde los adultos están mal, los niños están aún peor».

En aquel Mensaje por el día Internacional del Libro Infantil, cumpleaños de Hans Christian Andersen, esta autora tan comprometida con los derechos ultrajados de la infancia, alertaba de una verdad cierta e inquietante: en un mundo en que los adultos andan mal, los niños van peor, y siguiendo su pensamiento podrá deducirse que, en un ámbito de violencia, la dosis que de esta sufren los menores se duplica y triplica con cada acción de los adultos.

Los niños chocan contra una violencia expresada de infinitas maneras, que les llega a raudales, en oleadas que mucho nos cuesta creer sean capaces de digerir y, además, salir ilesos del trance. Hay violencia en los medios de comunicación de todo el orbe —que reproducen o magnifican cada acción



violenta de cualquier punto del universo algunas veces en mero afán sensacionalista—; mas también existe la violencia callejera, la social que en algunos países es francamente insoportable, la hogareña de la cual pocos niños consiguen huir sanos física y mentalmente, la escolar —que suele ser más sofisticada y eufemística y, por ende, imposible de detectar o denunciar— y, por supuesto, la telúrica violencia establecida por una dialéctica mundial donde las guerras pululan como gérmenes, en cualquier longitud o latitud de la, a veces peligrosamente cercana, geografía terráquea.

¿Qué papel nos corresponde jugar a los creadores literarios, a los editores y a los promotores de lectura cuando tomamos como punto de partida y confín a la infancia? Infinitos son los caminos, divergentes las sendas que unos y otros recorren, desencontrados los puntos de vista que en oportunidades alientan las obras artísticas o literarias destinadas a la niñez. Se suelen dar —como sabemos— dos tendencias, una más escapista y que aboga por preservar a los muchachos de sus crueles realidades y que la escritora y teórica argentina Graciela Montes llamaría «el corral de la infancia», otra más abierta y desprejuiciada y para la cual no hay tapujos o mentiras en cada tema, argumento o situación que se destine al conocimiento (y enjuiciamiento) del hecho artístico-literario.

Ya lo decía hace más de dos décadas la insigne intelectual cubana Mirta Aguirre, en sus ansias de establecer un poco de luz en un proceloso paraje literario que tendía a lo falso e insincero: «Por eso, respetando el criterio de quienes puedan pensar que es mejor otra cosa, votamos porque no se tema demasiado a que la literatura infantil y juvenil muestre los costados feos de la vida; no hemos terminado con ellos nosotros, y falta mucho para que se terminen en todas partes, siquiera sea en sus más graves manifestaciones». Sostenía, asimismo, que «Estos niños deben y tienen que aprender que hay lobos que se disfrazan de inofensivas abuelitas», certeza también

reafirmada por esta cita del desprejuiciado editor francés Francois-Ruy-Vidal: «Siempre hay lobos a nuestro alrededor... No se logran adultos equilibrados dando seguridad a los niños, sino por el contrario, exponiéndolos progresivamente a la vida».

El escritor alemán Peter Härtling, abanderado desde los años sesenta del siglo XX del realismo crítico para la literatura infantil, ya aseguraba durante un foro de esta disciplina: «Se echan de menos libros infantiles con referencias directas al entorno que hagan a los niños conscientes de los hechos sociales y políticos y que les estimulen a pensar también sobre ellos [...] Existe una literatura infantil, cuyo hábito de mentir resulta ofensivo. La literatura para niños es también la realidad de los niños». Opinión que quizás ilustre como ninguna otra uno de los aspectos más debatidos cuando se habla de «Literatura Infantil» en cualquier evento, revista o cátedra: ¿Hasta qué punto debemos o no los creadores abordar la realidad de los niños? ¿Debe la creación artístico-literaria para niños y jóvenes ocuparse de los temas otrora considerados tabú?

Sin embargo, el mundo ha cambiado y cambia más cada día, desde los años sesenta. Aunque aún persistan ciertas tendencias literarias conservadoras, hoy por hoy son cada vez más frecuentes las obras que se comprometen con una defensa a ultranza de los valores de la infancia. Incluso hasta en las que resultan muy comerciales, es posible advertir las más severas críticas hacia el «paraje habitable» que los adultos (entiéndase padres, maestros, gobernantes, etc.) destinan al menor.

Ya lo ha dicho Graciela Montes: «El horizonte ya no es tanto ese “niño ideal”, el niño emblemático que nuestra cultura ha ido dibujando y oficializando con el correr del tiempo, sino más bien la memoria del propio niño interior, el niño histórico y personal que fuimos —que somos—, mucho más cercano a los niños reales —posibles lectores— que esa imagen

impostada y arquetípica. Ese cambio de horizontes supone muchos otros cambios puesto que será con el lector y no hacia el lector que fluirá el discurso».

De seguir estos criterios al pie la letra, en las obras para la infancia solo deberían abundar realidades otrora impensables. Denunciar las aristas duras de la vida, como también pedía Mirta Aguirre, parecería el único modo de alertarlos para cuanto les pueda sobrevenir en su existencia presente o futura, de prepararlos para que sean capaces de enfrentar con entereza y valor aquello que, las lacras de la sociedad moderna, deja al alcance de sus ojos y su entendimiento.

Entonces, para los creadores de literatura y libros y los promotores de lectura, no solo se tratará de denunciar males ya conocidos. Más interesante aún podría ser la búsqueda —en nuestros escritos, letras de canciones, ilustraciones, imágenes, gestos en la escena y en la convivencia diaria— de que cada obra humana destinada a la infancia, constituya una pieza respetable por sus valores intrínsecos, capaz de abrir nuevos caminos a su entendimiento, de sentar pautas de aceptación y tolerancia recíproca.

En un mundo violento, matizado por aquel desmedido interés general de este siglo que no genera más que violencia de cualquier índole, la literatura que promovamos, deberá abogar cada día más por la mayor espiritualidad y el mejor conocimiento y la adopción de aquellos altos sentimientos del ser humano.

Leer no deberá ser nunca un acto evasivo o complaciente, tampoco un sumirse en esa literatura pedestre que solo busca entretenimiento *per se*. Leer deberá ser siempre un acto edificante: hay que interesarse, reír, llorar, investigar, emocionarse, suspirar, instruirse, meditar, pero todo desde el valor de un crecimiento humano progresivo. Ya lo ha dicho un conocido

eslogan al que siempre acudo: *Leer es crecer* y leyendo más creceremos mejor, se podría agregar.

La propia Christine Nöstlinger recordaba en aquel texto emblemático una frase con la que pretendo concluir estas reflexiones: «Los libros —y debemos hacerlo extensivo a cualquier obra de arte— te pueden ayudar a encontrar qué gritar, por qué luchar, con quiénes asociarte y dónde puedes comenzar a cambiar las cosas. Ellos pueden ayudarte de una manera tal como no puede nadie más».

# La espiritualidad en los libros para niños en el siglo XXI: ¿nuevos retos para un nuevo siglo?

Eres lo que tu más profundo y vigoroso  
deseo es.

Como es tu deseo, es tu voluntad  
Como es tu voluntad, son tus actos.

Como son tus actos, es tu destino.

*Brihadaranyaka Upanishad IV.4.5*

Un buen libro es preciosa sangre de vida  
de un espíritu magistral, embalsamado  
y atesorado con el propósito  
de dar vida más allá de la vida.

MILTON

¿Implicará el advenimiento de este nuevo siglo un cambio de signo en la creación literaria que se supone dirigida a niños y jóvenes?

¿Se volverá la vista a modos de hacer tradicionales o, por el contrario, se experimentará a tal punto que lo escrito no parezca obra de humanos?

¿Estaremos preocupándonos en verdad por algo que quizás, a la vuelta de un siglo ya no exista?

Es obvio suponer que, de algún modo, la dinámica de una época movida cada vez más por el desarrollo científico técnico, por el ámbito del ciber espacio y las computadoras que casi piensan o por conceptos contrapuestos como masificación vs globalización de la cultura y nacionalidad vs aldea global, impliquen una redistribución de valores, otra dinámica más compleja en el ejercicio de la difusión de ideas y sentimientos.

¿Pero cambiarán con este nuevo siglo cuya primera década hemos consumido, o quizás en los venideros, esos valores consustanciales a la

esencia humana, aquello que precisamente nos puede distinguir y separar de los seres irracionales o de las propias máquinas que para (y por) nuestro propio desarrollo hemos creado?

Podría parecer muy sencillo para algunos y a la vez difícil de predecir en opinión de otros. ¿Por qué? Precisamente por esa frontera invisible y a veces infranqueable que nos puede diferenciar de los animales o las máquinas: la espiritualidad.

Desde los albores de la vida, de la especie misma, al ser humano se le han concedido dones muy especiales y sutiles que pocas veces ha sabido aprovechar, inmerso lógicamente en su supervivencia y luego en la dinámica restrictiva de las leyes que dictan las sociedades en que le ha correspondido vivir —y precisamente— en una asintonía abismal con las plantas, animales y hasta el espacio sideral.

A veces, al mencionarse la palabra espiritualidad se suelen motivar lamentables equívocos. En sentido general se le asocia a las religiones, a lo místico y hasta al ámbito del ocultismo o lo esotérico. Pero la espiritualidad va mucho más allá pues, más que un culto a uno u otro Dios, a determinadas tendencias o prácticas adivinatorias, la espiritualidad es en verdad una actitud del ser humano ante el prójimo, ante el universo, ante la vida.

Pero estamos hablando de Literatura para niños y jóvenes y de lectura y será precisamente en los llamados «libros para niños» —término por demás bastante discutible y discutido— donde muchas veces se aprecie más la ausencia de un acercamiento adecuado —en oportunidades siquiera existe un acercamiento, sino más bien una lejanía sin horizonte— a la esencia espiritual de la personalidad infantil, al alma, el ánimo de ese ser humano que nos complace ver y llamar «pequeño» y que en realidad puede esconder

dentro de sí un espacio tan vasto e inexplorado, y todavía mayor, que aquel que llevamos adentro de nosotros mismos.

De ahí la gran responsabilidad y el enorme reto que se asume cuando uno decide aventurarse en el ignoto y riesgoso camino de escribir un libro para niños o quizás para adultos, pero desde la también arriesgada perspectiva de asumir la realidad de los niños.

No vale detenernos ahora —no es momento ni objetivo— en cuestiones de género, motivaciones, mercados, ideologías o morales, al tratar argumentalmente cualquier historia destinada a ese hipotético usuario. Sin embargo, sí se debe decir que generalmente se suele olvidar todo el caudal de emociones, vivencias y hallazgos que esconde lo no visible a simple mirada de una personalidad infantil.

Cuando se intenta sumir a los lectores en tramas inocuas —inocuas en verdad— se les arrebatan un mundo real de valores espirituales que ellos serían capaces de entender a la perfección y, en su defecto, se les lleva a un laberinto de falsas imágenes, gracias a las cuales quedan más confundidos que antes.

No en balde, ante libros o historias semejantes, el niño deja a un lado el libro en ese acto sublime de rebeldía iconoclasta que le autodefine y cambia de actividad u ocupación en busca de algo más placentero y que en verdad esté de acuerdo con sus más genuinos intereses. De nada valdría la mejor acción promocional frente a un libro que de por sí no gusta a su promotor y que luego, por supuesto, será dado de baja de ese inventario de asombros que todo niño cabal posee del mundo circundante.

Hay tanto libro de este tipo, que sería preferible ver a muchos niños dedicados afanosamente al deporte, trepando sobre los árboles o inventándose sus propias metas, antes que encontrarles sumidos en una lectura empobrecedora por sus limitados derroteros o cómplice confesa de

tendencias moralistas, falsamente educativas o manipuladoras, de aquellas que, con tan buenas intenciones, suelen iniciar los adultos sus cruzadas para educar —domesticar es más exacto— a una infancia tan irredenta como indomesticable.

Pero de ¿qué hablamos en realidad? ¿De lectores? ¿Y qué hay de los artífices de la lectura? Si es bien conocido que de maestros o padres que no lean —o muy atemporalmente quizás— jamás se conseguirán niños lectores, también se podrá colegir que de autores de LIJ o promotores de lectura que no lleven dentro de sí esa llama de transmitir un mensaje diferente, un auténtico sentimiento encaminado al mejoramiento humano, al altruismo, el servicio al prójimo, a una causa suprema, el deseo de arramblar con un mundo de prejuicios y tabúes atávicos, difícilmente aflorará en sus historias esa rara avis de la que estamos hablando: la llamada espiritualidad.

Cada quien predica, no solo con su obra, sino con su propia vida y quien en su existencia esté signado por pasiones ególatras, intereses creados, intriguillas palaciegas, meros alardes triunfalistas, o deseos muy pegaditos al suelo y vastas ambiciones de llegar —todavía sin haber partido— no podrá parir —sí, parir, ¿qué mejor manera de decirlo?, que cada libro en sí mismo en un acto maravilloso de alumbramiento—<sup>9</sup> una historia que lleve a sus lectores mucho más allá del camino que el creador se ha trazado a sí mismo. Y por determinista que parezca el postulado, un viejo refrán vendría a patentizarlo: No se pueden pedir peras al olmo.

Amén de la calidad literaria de una obra, de su bagaje argumental, del carisma que su autor le imprima, en ocasiones nos tropezamos con argumentos que muy poco o nada aportan en cuanto a enaltecer los valores del ser humano, llámese niño o adulto; son historias que se pierden en el anecdotario, que nos arrastran por un mundo de imágenes, que presentan un



círculo cerrado muchas veces imposible de esquivar y que no permiten al lector ir un poco más allá, extraer sus propias conclusiones y enriquecerse de la vivencia espiritual que se podría dar entre líneas.

Tamaño compromiso —me digo una y otra vez cuando inicio una historia nueva— el que asume quien pretende —no ya dirigirse a un público determinado— sino dirigirse, con sinceridad y sin afanes protagónicos, a la página en blanco intentando trascenderla y trascenderse a sí mismo.

Hay quienes desconocen la relevancia de algo tan equívoco como la espiritualidad. ¿Y de qué se trata? Pues, más que un hábito, es una actitud ante la vida, medio y fin a la vez de vivir mejor y de mejorar el vivir de los demás con un acto desinteresado, un consuelo oportuno, una palabra sensible, un presente de amor, una posición ética, justa y racional ante lo inmerecido y el merecimiento propio o ajeno.

Habría mucha tela por donde contar si nos adentráramos a descubrir entre líneas cuanta espiritualidad nos han transmitido autores de todas las latitudes y momentos. Martí, quien en cada escrito denota un sentimiento ecuménico que va más allá de cualquier causa, quien en cada idea da uno y mil pensamientos encontrados en un discurso que predica siempre — inexorablemente— en pos del bien y el mejoramiento humano, es un ejemplo cimero y por desgracia apenas superado en tal sentido.

Él nos enseñó a sumar y a querer, diciéndonos que los hombres van en dos grupos: «los que aman y fundan, los que odian y deshacen». Para él, cuya única verdad y fuerza en esta vida es el amor, porque en él está la salvación y en él está el mando. El sacrificio no era más que amor, la amistad no era más que amor. Y con ese mismo amor sin distancias transitables asumió toda su obra creativa infinitamente vinculada —no a la prédica vana y oportunista—, sino a la praxis constante de su ejercicio vital.

Asegura el tan traído y tan llevado<sup>10</sup> escritor brasileño Paulo Coelho, que en un texto anónimo de la tradición se dice: «que cada persona, en su existencia, puede tener dos actitudes: Construir o Plantar: Los constructores pueden demorar años en sus tareas, pero un día terminan aquello que estaban haciendo. Entonces se paran y quedan limitados a sus propias paredes. La vida pierde su sentido cuando la construcción acaba. Pero existen los que plantan. Estos, a veces, sufren con las tempestades, las estaciones y raramente descansan. Pero, al contrario que un edificio, el jardín jamás para de crecer. Y al mismo tiempo que exige la atención del jardinero, también permite que, para él la vida sea una gran aventura. Los jardineros se reconocerán entre sí, porque saben que en la historia de cada planta está el crecimiento de toda la Tierra».

En la medida en que cada uno de nosotros reconozca que la planta sembrada por el otro es tan o más valiosa que la nuestra, en la medida en que sepamos regar, abonar y cuidar con amor desinteresado de esa planta como si fuera —o perdón, más que si fuera— nuestra, se estará propiciando la existencia de un jardín duradero e inmune a cualquier tormenta. En la medida en que nazcan más plantas y a todas se las mire con el mismo amor y deseo de que crezcan sanas, será más grande, fuerte y acogedor nuestro bosque y juntos, podremos todos recoger sus frutos.

Cuando los autores de libros para niños —y quienes siguen ese largo proceso que acerca o aleja a una historia de su posible lector y pienso en editores, críticos, libreros, pedagogos, funcionarios, estetas— seamos capaces de verlo así, y no boguemos altaneros y solitarios en naves aisladas dentro del tumultuoso mar de las ediciones, lograremos que nuestra literatura adquiera un carácter nuevo, aspire a modificar un ápice la conducta futura de nuestros lectores y aporte, aunque sea un mínimo granito de arena —nunca insignificante, sino necesario, vital— en una lucha

hermosa e impostergable, pero a la vez larga y todavía inacabada, la lucha en pro del ansiado y casi mítico mejoramiento humano, del cual nos encontramos —lamentablemente— tan lejos todavía.

# Escribir y leer desde la soledad del escritor para niños

La literatura no da respuestas  
pero mantiene vivas las preguntas.  
GUSTAVO MARTÍN GARZO

En cierta ocasión, cuando en el Centro de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso, que dirige Eduardo Heras León,<sup>11</sup> impartía una conferencia sobre las técnicas en la literatura para niños y jóvenes, varios jóvenes autores me preguntaban sobre si un autor de libros para «estas edades» debía ubicarse en su potencial «lector infantil», extraer experiencias de su pasado o del niño que fue o presumiblemente olvidarse de todo posible destinatario al escribir.

Aunque la pregunta es, obviamente, bastante difícil de responder, con las armas de mi experiencia traté de dejar satisfecho a mi entusiasta e interesante auditorio. Lo que a la luz de nuestra conversación de aquel día surgió, me motiva a escribir estas reflexiones.

En realidad, si se mira bien y nos atenemos al célebre epitafio de Ernest Hemingway, el oficio de escribir es uno de los más solitarios que existe, pero en el de escribir para niños esto se puede multiplicar hasta la enésima potencia.

Aunque pretendamos ignorar la edad de nuestro posible destinatario —que en muchos casos se ve como una categoría bastante amorfa, sobre todo cuando se olvida que hay diferentes etapas lectoras, edades y tipos de niño en cuestión— de cualquier manera, suele pesar en nosotros como autores la idea (y la responsabilidad también) de que estamos entretejiendo una

historia que van a leer personas en un proceso de formación, no solo literaria, sino ética y humana.

De ahí la innegable responsabilidad que se adquiere cuando alguien se aventura a tejer en las blancas páginas un argumento que presumiblemente se está dedicando a un lector infantil (utilizo la palabra en el sentido de la edad y no en el de su calidad como lector).

Si solitario es el oficio de escribir, como ya recordaba, mucho más solitaria será todavía la experiencia de escribir para estas edades puesto que —por la presencia de tantos mediadores adultos como suele haber entre el lector y nosotros—<sup>12</sup> el entorno al cual nos dirigimos se desdibuja de continuo en una imprecisa frontera que tiende a confundirnos (y hasta enajenarnos) si no somos ya capaces de hacer que, por encima de cualquier otra consideración posible, que sobre todo prevalezca el deseo más genuino de contar una historia, sin más condicionamientos o consideraciones que nos aparten de ella.

En tal sentido, la praxis ha demostrado más que fehacientemente que, mientras menos se preocupe el autor por su auditorio, de manera más segura estará apostando por legar una obra original, trascendente y de calidad probada como para ser disfrutada por cualquier lector, con independencia de su edad, formación, intereses, etc.

Es conocida la automarginación en que suelen caer las historias para niños, mientras más infantiles pretendan ser ateniéndose a condicionamientos extraliterarios, como pueden ser la formación de valores de cualquier tipo, el cultivo de aptitudes y actitudes hacia determinadas cuestiones o el regodeo en un entorno ciertamente empobrecedor.

Pero si nos remitiéramos a los propios autores, es decir, los artífices mismos del hecho literario en sí, encontraríamos, pues, tantas opiniones sobre este

hecho, como libros se han escrito a lo largo y ancho de la árida historia universal de la literatura para niños, adolescentes y jóvenes.

Entrevistando sobre este punto a un grupo de colegas escritores latinoamericanos —y a la pregunta de ¿Eres tú parecido a alguno de los personajes de tu obra?— dieron las siguientes respuestas:

«Estoy regada en características de muchos personajes. Cuando Marcolina habla o recibe a la gente en su casa, cuando la casa es como una Meca donde todo el mundo va a conversar, es un poco lo que fue mi casa cuando vivía en Nuevo Vedado. O el personaje del cuento “Mami Majomía” que se enamora del extraterrestre. ¡Porque en realidad, yo me he enamorado de seres muy extraños! A veces no soy yo misma, sino tomo de mis padres, de mi abuela». (Ivette Vian, Cuba)

«Cuando un escritor escribe lo hace con toda su mochila de vivencias, creencias, recorridos literarios, como dije anteriormente, ideología y preocupaciones... Puedo asegurar que lo que escribo no es autobiográfico, pero me parezco (aunque suene contradictorio) a todos mis personajes, debo admitirlo. A veces me doy cuenta cuando lo escribo, otras, mucho después». (Sandra Comino, Argentina)

«Sin duda. Soy un poco de todo lo que he escrito, porque lo hago a partir de todo lo que me corre por las venas, no solo por las mías, sino por las venas de tantos seres y parajes que he conocido en estos 52 años y que he incorporado a mí, a mis sueños, a mi imaginario, a mis amores, a mis afectos, a mis dolores, a mis perversiones, a mi ser, en últimas instancias. Ahora, desde el punto de vista de las imágenes que ilustradores que ni siquiera conozco han elaborado sobre mis libros, soy, sin duda —esto es lo que dicen los niños—: El Gran Abuelo de las Barbas de Nieve de *La batalla de la Luna Rosada*, a veces El Tío Pepillo de *Catalino Bocachica*,

otras Fortunato, con su deseo de beberse la naturaleza del planeta y siempre Anacaona, sensual y libertario». (Luis Darío Bernal Pinilla, Colombia).

«El primer consejo que me dieron cuando era joven fue que mi vida no le importaba a nadie, y que no me creyera tan importante a los 18 años como para querer explicar “cosas personales” en mis novelas. Lo he seguido. Hay algo de mí en muchos personajes, mis ideas, mi lucha, mis ganas de hacer cosas, pero eso es todo. Pinceladas. Solo salgo con mi nombre en dos obras, y es para reírme de mí mismo». (Jordi Sierra i Fabra, España)

«Pienso que es difícil que un escritor pueda aislar su íntimo mundo psíquico-mental del estado emocional, especial, que es el momento de concebir el cosmos y microcosmos con el perfil de las criaturas que accionarán las historias; entonces por antipatías o simpatías estará el autor (o autora) con las vibraciones de su pasado, presente o futuro, en cada historia que hilvana». (Rosario Quiroga, Bolivia)

«Creo que cuando escribo para niños comienzo por ponerme en el lugar de la niña o el niño, y eso significa retomar a la niña que fui y parece andar todavía por allí. Probablemente cada uno de esos protagonistas, hembras o varones, tienen algo de mí misma, o de gente cercana que quiero o conozco. Pero mientras escribo no es una premisa consciente. Solo el lector que me conozca personalmente puede saber si me parezco a alguno de mis personajes». (Laura Antillano, Venezuela)

Todas estas opiniones vienen a demostrar que, de cualquier modo, la originalidad, el mayor atractivo de una historia y su poder de granjearse el favor del público vendrán de la mano de la sinceridad de su autor, el modo en que este sea capaz de aprehender su propia realidad, transformarla y hacer que esta realidad, además de creíble, aporte caminos al entendimiento, la emoción y hasta la posible catarsis de su lector.<sup>13</sup>

Por eso, resumiendo y para responder de alguna manera a cuantos suelen preguntar reiteradamente sobre este tema podría repetir algo que ya antes he escrito: «cada nuevo libro es una excelente *aventura*, aventura en la que se olvidan las frecuentes *desventuras* en que alguna que otra vez nos hacen sucumbir algunos editores y a la que el autor se lanza *venturoso*, dueño de sí, en cada obra que empieza. Cuando escribe, el autor es simplemente una mente, un par de manos, todo un ser, puesto en función de fuerzas que necesitan expresarse para cobrar forma. Entonces, no piensa en posibles lectores, en los avatares con las editoriales, en si sus libros son políticamente correctos, en nada terrenal. Entonces, el autor es un creador, la creación misma, el dharma de poner en función de un afán justiciero su vocación más personal. Ese privilegio, hermoso, extraño, inigualable, rara vez puede ser sustituido por nada en este mundo. Créanme, nada en esta vida —ni nadie— puede arrebatarse a un escritor el inefable placer, la aventura enorme e inconmensurable, de enfrentarse continuamente a la página en blanco. Ni críticas ni elogios, ni premios dados o quitados, ni tiradas exiguas o millonarias, ni pobres o lujosas ediciones. En el momento de la concepción de un libro es que se encuentra totalmente, de verdad y para siempre, el *summun* de la aventura literaria. No antes. Nunca después». Queda por agregar que si luego de este tránsito desde la emoción hasta la página en blanco y de esta a la editorial, además, se consigue que alguien lea nuestro libro y se identifique con su prédica, entonces se habrá producido el milagro tan ansiado.

Cuando el autor, el ser más solitario que existe y puede existir sobre la faz de la tierra, recibe del más desconocido lector algún mensaje, testimonio de adhesión, muestra de aprecio, elogio o quizás alguna simple opinión de que su libro ha llegado al alma de alguien, definitivamente se rompe un poco ese hechizo —más bien maldición— de vivir y crear desde la soledad y se



produce un proceso comunicativo enriquecedor para ambas partes. Por desgracia, esto ocurre tan pocas veces que casi nunca público y autor tienen la posibilidad de relacionarse y, mucho menos, de tener un dialogo trascendente.

Quienes escribimos solemos pensar que del otro lado hay una enorme masa de personas desconocidas, ajenas y anónimas a las que quizás logremos enviarles algún mensaje desde un libro. Para el lector somos esos seres inalcanzables, quizás refugiados en nuestra torre de cristal y entre libros, seres especiales, diferentes e inalcanzables.

Pero nunca deberá olvidarse que, si solitario es el acto de la escritura, solitario en sí mismo lo será también el placentero y misterioso acto de leer, un acto que reivindica al ser humano en la medida de su evolución y crecimiento y que dignifica más al creador cuando su obra trasciende gustos, épocas y fronteras.

# Coincidencias y destinos. ¿Existen las casualidades literarias?

Con los libros pasa lo mismo que con las personas,  
que unas empiezan a hablarte de otras  
y se va tejiendo y ampliando una red  
de conocidos de amigos, y amigos de conocidos,  
a la que se acaba conociendo por curiosidad o por azar.

CARMEN MARTÍN GAITE

El hallazgo afortunado de un buen libro  
puede cambiar el destino de un alma.

MARCEL PROUST

La lectura de un buen libro es un diálogo incesante,  
en el que el libro habla y el alma contesta.

ANDRÉ MAUROIS

Muchas veces me he preguntado si, como ocurre con otras tantas criaturas que pueblan la literatura universal, es Sheherezade un personaje imaginario o un ser real. Es tal la fuerza de su discurso en aquellos cuentos de *Las mil y una noches árabes*, tal la vigencia del drama de cada historia, de tal modo llega hasta nuestros días su lucha por la supervivencia, ese deseo tan ancestral de salvarse de la muerte y redimir a su género..., que uno la siente viva, indeleble, renovada en cada tiempo.

¡Cuántos no escucharon o leyeron estos cuentos nacidos en el Oriente mismo, en la cuna de los tiempos! ¿Acaso el italiano Bassile, que evidentemente también bebió de ellos? ¿Quizás alguien como Charles Perrault, el inspirado político francés, cortesano del reinado de Luis XIV, académico, ser contrastante y envuelto en el misterio de los velos del

tiempo, que él mismo fomentara al publicar con el seudónimo de Pierre Darmanmcour (nombre de su hijo)?

Con la edición en 1697 de sus *Cuentos de antaño* (obra conocida también como *Cuentos de mamá Oca*) Charles Perrault inmortalizó una serie de personajes que hoy son arquetipos; cada una de estas historias se relata hasta nuestros días en una y muchas versiones, no solo cinematográficas sino literarias. Es por eso que puede considerárseles una relectura obligatoria, desde la antigüedad hasta hoy.

El carácter dramático de cada uno de estos cuentos les ha legado un lugar en la posteridad, como mismo sucede con las creaciones del dramaturgo inglés William Shakespeare, cuyos argumentos viven y pervivirán por siempre en virtud de la manera que tienen de acercarse a conflictos humanos que son eternos.

¿Pero de cuántas relecturas no está poblada la historia de la literatura universal?

¿Y los hermanos Grimm? Jacob Ludwig y Wilhem. ¿De dónde bebieron para sus maravillosas historias de hadas, princesas, campesinos elevados a la categoría de nobles y pillos pobretones reivindicados por la buena suerte? Jacob era filólogo y Wilhem poeta, pero ambos supieron dotar a sus cuentos de una belleza tal, que todavía consiguen cautivar por la maestría de su trazo narrativo. Independientemente del legado tradicional de que fueron tomados, hay en ellos una sensibilidad más que evidente, un gusto por el trabajo con la palabra y el deseo de comunicar.

Se cuenta que, auxiliados por sus mecenas, los Brentano, recopilaron leyendas que les fueran contadas por la anciana Dorotea Viehmman, una de esas sabias voces populares, llena de consejas y con el sabor de lo auténtico, lo de antaño.

Los Grimm publican sus *Cuentos de niños y del hogar*, que rápidamente les deparan fama entre los lectores. Se les considera con toda justicia unos verdaderos maestros del Romanticismo, amén de que legaron textos que aún encantan (pese a las mutiladas versiones de que son objeto por editoriales que apuestan por lo fácil) a generaciones de lectores de cualquier edad.

Andersen fue otro de aquellos que, nutriéndose de las sagas de su tierra y con una formación libresca que le propiciaron sus mecenas y esa pertinaz y exaltada vocación literaria cultivada desde la más tierna infancia, resultó artífice de toda una tradición de narrar, edificada a partir de sus magníficas colecciones de cuentos de hadas. De hecho, la influencia de las historias que Sheherezade contaba al sultán se advierte en más de uno de los relatos del llamado «Príncipe de los cuentos infantiles».

José Martí, en medio de su bregar revolucionario, también evidencia haber sido un asiduo lector de cuentos de hadas. Laboulaye es uno de los que más le influye sobremanera, sobre todo cuando redacta sus excelentes versiones de Meñique (Poucinet) y El camarón encantado (L'écrevisse), ambos tomados de las recopilaciones que hiciera el francés, especialmente de sus *Cuentos azules* de 1864.

Poco cuesta imaginarse al apóstol cubano enfrascado en la grata redacción de las historias que luego aparecerían en su célebre revista *La Edad de Oro*. Pero su fina sensibilidad le hizo también muy cercano a Andersen, sobre todo en su versión del cuento del Rruiseñor. Es tal la exquisitez de su trazo, que a veces cabe imaginar más de una coincidencia en el tiempo. ¿Sintieron ambos autores lo mismo, para detallar de ese modo cada momento o conflicto de la historia? ¿De haber escrito Martí primero este cuento y de ser leído por el danés —su antecesor en el mismo siglo— este lo hubiera glosado del mismo modo, intentando sobre todo respetar el original, pero

realizando aquellas situaciones y mensajes que más le interesaban en su ideario humanista y literario?

Sí, la historia de la LIJ universal está verdaderamente llena de coincidencias que mucho marcan el destino de sus más grandes autores y no es solo el recuerdo de una niñez feliz o triste lo que motiva a muchos de ellos a la escritura, al acto (y el arte) de conjurar con palabras cada momento vivido o soñado. Hay más, una ética y, sobre todo, un toma y daca con quienes antes le precedieron en el oficio.

Si bien es cierto que Astrid Lindgren se asoma de modo casi telúrico al mundo de los libros escribiendo lo que sería su éxito mayor: *Pippa Mediaslargas*, tras escuchar los delirios imaginativos de su hija enferma, que le pedía contara de ese personaje inventado por ella, hay mucho allí de la herencia benéfica de una Selma Lagerloff, autora que con su magisterio escritural marcó a generaciones de escritores y lectores.

La historia de Pippa no quedó ahí. Además de pautar un hito en la LIJ universal por su impronta misma, fue motivo de inspiración para otros tantos autores como la también sueca María Gripe o la norteamericana Catherine Paterson. En María Gripe influye por el tono humorístico de algunas de sus primeros argumentos, que se desarrollan en entornos más bien bucólicos y campestres. A la Paterson, por supuesto, en una historia como la de esa niña vagabunda, hija de *hippies* e incomprendida que es *La Gran Gilly Hopkins*. Incluso, una creadora italiana como Bianca Pitzorno, se considera más heredera de Lindgren y más cercana al tan terrible y a la vez inefable Roald Dahl, que a otros autores de la tradición de su tierra. ¿Pero, a la vez, cuántas de estas autoras de LIJ no habrán leído, además, las fascinantes aventuras de Tom y Huck, del corrosivo y proverbialmente alegre Mark Twain? Es más que obvio que los caracteres de unos personajes

influyen en otros y, por ende, en los destinos, las vidas apacibles o apremiantes de cada autor en cuestión.

Solamente un romántico del siglo XX como Alain Fournier pudo ser capaz de escribir un libro tan misterioso y sin igual como *El Gran Meaulnes*.

¿Cuánto no hay del castillo donde transcurrieron los días de su infancia en ese paraje bucólico y sensual donde Meaulnes y sus amigos desgranaban emociones en una fantasmal fiesta nocturna en pos del amor soñado que luego evocarán su vida entera como inalcanzable e imaginado fénix?

Otro francés casi de leyenda, también desaparecido mientras piloteaba un avión durante la Guerra Mundial, Antoine de Saint Exupéry, legó un libro tan polémico como el que más, sobre todo por la cantidad de emociones encontradas que ha despertado a su paso por el mundo: Es *El Principito*, una obra más llena de inquietudes que de certezas, que nos convoca más a la pregunta y al sentimiento que al razonamiento puro o exacto. Como los personajes de Perrault, la obra de Exupéry conoce imitadores y versiones. Su nivel de alegorías al universo real y al que todos llevamos dentro no da para menos.

Todos los escritores que en el mundo han sido son parte pues de una misma herencia colectiva que les sobrepasa mucho más allá, incluso hasta donde no son capaces de alcanzar a imaginarse, una herencia atávica pero que mucho asienta sus hondas raíces en el acto mismo de la lectura o en el no menos intangible arte de escuchar historias contadas.

En cada uno de nosotros late bastante de nuestros contemporáneos, de nuestros antecesores y hasta es posible que de aquellos que no han nacido y que en el futuro marcarán con su impronta los aires del mañana.

Las coincidencias en nuestras obras no son tales si se las mira bien. Todos procedemos de un mismo árbol de la palabra lleno de mágicas e incontables ramas, ramas evidentes, otras invisibles, ramas endebles o vigorosas, ramas

de las que cuelgan frutos, espinas o flores, ramas que se enfrentan a los vientos más fuertes o que por ellos se dejan doblegar.

Un mundo de hallazgos o desazones. Un ámbito de confluencias o querellas. Un predio público o secreto. Poco importa. Venimos de la misma tierra y en definitiva hacia ella solemos ir. Somos los artífices de esa obra que nos redime y nos atrapa. Ella, nuestra proa. Ella nuestro primer y último destino.

También el lector lleva dentro de sí una herencia ancestral e incalculable de textos que de alguna manera se van interrelacionando en apretada urdimbre que le permiten comprender, cual peldaños de una escalinata interminable, las historias que será capaz de leer antes y después.

En el aprendizaje vital de todo ser humano la lectura juega un papel esencial y definitorio y, en la medida en que se lea más, más se necesitará leer, en una relación directamente proporcional que nunca cesa.

Quien de niño no conoció a Tom y a Huck, ni sufrió sus miedos y sus afanes, ya de grande no podrá simpatizar con Pippa, Momo o Sippi, Suri y Do Mayor, protagonistas de la disparatada historia *Los niños más encantadores del mundo*.<sup>14</sup>

Precisamente por eso, sin pensarse descubridores de un paratexto que en verdad ya hace mucho tiempo existe y del cual todos somos tan contribuyentes como legatarios, tanto escritores de LIJ como lectores deben ejercer su derecho y su oficio de lector con el rango de un conquistador, siempre prestos a descubrir nuevos horizontes, a mover las metas de sitio y a mirar, sin detenerse jamás, hacia el mañana.

# La lectura es un viaje en barco

Ninguna otra fragata nos lleva a todas partes como el libro.

EMILY DICKINSON

La literatura nos puede llevar a todas partes,  
a condición de que empecemos a andar.

ABEL F. VILLEMAIN

Hace un tiempo, durante un largo viaje en ómnibus, casi interprovincial, un buen amigo me comentaba su apreciación de que en la literatura para niños «el viaje» es como una eterna constante, de libro en libro, una especie de *leit motiv* hartamente repetido por espacio de épocas, escuelas y, por supuesto, numerosos autores de cualquier latitud.

No pensemos solamente, claro está, en los paradigmáticos libros de aventuras. Tampoco, en las obras de anticipación científica o de ciencia ficción. Mucho menos, en los relatos de caballería, donde siempre algún pobre vagabundo iba en pos de lavar la honra de alguien. No hay que remitirse a los cruzados, ni a la épica naval de fenicios, vikingos, romanos o celtas en pos de territorios enemigos que conquistar o puertos sitiados que defender.

No nos remitamos tampoco al conocido esquema de los valores del cuento tradicional que sagazmente nos legara el teórico ruso Vladimir Propp y en el cual todo comienza con el traumático abandono del hogar por el joven protagonista —es decir, un posible viaje—, el reto de una empresa difícil y el crecimiento que representa el inicio de un largo viaje hacia lo incierto, sea promisorio o nefasto.

Razonemos únicamente en el inconmensurable caudal de libros que se han escrito para niños y para grandes, casi desde que la infancia existe como



entidad reconocida en sí misma y que toman al «viaje» como punto de referencia o que, sin tomarlo, de alguna manera dan indicios de que cada acción emprendida por el personaje protagónico (ya sea infantil o adulto) que enfrenta fuerzas y presiones externas, representa en sí misma un posible viaje hacia el auto-reconocimiento o sencillamente un viaje para domeñar el espacio circundante.

Los niños, inquietos por naturaleza, viajan todo el tiempo. De una idea a otra. De un juego al siguiente. De la búsqueda de un amigo al amigo soñado o intuido que aún no han sido capaces de conocer.

Viajan de la casa al barrio. Del portal al tejado. Del almendro a la playa. De la playa al bote. Del bote a la patineta. Del muro a la bicicleta. De la computadora al televisor.

Su vida es un viajar constante, no solo de acciones sino de ideas, siempre apuradas, siempre signadas por el desespero de adueñarse de todo. Cada nueva experiencia les seduce como un viaje en sí mismo. Cada desconocido que atisban significa una promesa. Cada paraje inexplorado un territorio de conquista.

Cada cielo de otro amanecer que arriba es como descubrir el Nuevo Mundo y significa el milagro de que la vida empieza otra vez, cada día. Cada noche, el viaje hacia el misterio más grande, insospechado y tenebroso. Cada afecto... el más inquietante viaje. El amor, eso de que tanto escuchan hablar y apenas conocen, es para la infancia y la adolescencia el más temido (y anhelado) de todos los viajes posibles.

Sin embargo, volviendo a la letra impresa, vale recordar que han sido muchos los autores que centraron en el viaje su objeto de atención, sobre todo al escribir obras que marcaron la historia de la literatura universal.

Verne, London, Salgari, Twain, Swift, Defoe, Hemingway fueron escritores capaces de *viajar* y hacernos *viajar* por espacios sin límites con su

desbordante imaginación y sus nunca satisfechas ansias de saber en pos de las geografías más remotas y exóticas, que en el estilo de cada uno de ellos adquirieron la sutileza, el candor de su visión personal y nos legaron historias irrepetibles y cuyos argumentos nos marcan por una eternidad. Pero no debe ser secreto para nosotros que, para hablar o escribir de viajes, mucho antes debieron viajar ellos bastante entre las páginas de cientos de libros escritos antes que les significaron uno y muchos viajes, sobre todo en pos del saber.

El propio Edgar Allan Poe, quien nunca dejó de ser un atormentado, con los avatares de Arthur Gordon Pynn nos regaló un inigualable relato de viajes, con tantas aventuras como el que más, pero también con todo el horror inherente a su vasta y reconocida obra literaria, émula en el horror de ese otro atormentado que fue Howard Philip Lovecraft.

En los libros para niños está más que demostrado que siempre hay un viaje en perspectiva y aquí se cumpliría la sana divisa de que leer (y cada libro nuevo que leamos) significa un viaje posible hacia mundos imposibles y remotos. El viajar es algo inherente a la razón de ser de estos relatos, ya sean de puro entretenimiento o cuando penetran en los más intrincados vericuetos de ese ser desconocido e intocado que es todo niño o adolescente.

El viaje puede ser al sitio más lejano, pero, asimismo, hacia adentro de uno mismo. Se viaja por placer o por necesidad. Por temor a algo o precisamente en la búsqueda del excitante temor que algo nos pueda brindar.

Se viaja todo el tiempo, incluso desde un día hasta su noche, desde una idea hasta la realidad que pudo sustentarla, desde el conocimiento de un personaje (imaginado o real) hasta la visión que de él somos capaces de formarnos.

Siempre se viaja porque nada es inamovible o perdurable. Todo fluye. Todo cambia. Cada minuto gesta otro muy diferente. Cada acción genera su pronta respuesta. Cada persona que conocemos interactúa sobre nosotros del mismo modo que nosotros influimos en sus ideas, actitudes o conductas. Por eso «viaje» y «conflicto» son categorías inherentes a los libros para niños, adolescentes y jóvenes. El viaje genera un conflicto o determinado conflicto genera un posible viaje. Todo depende de los personajes, de su esencia, su praxis vital o del modo en que desean adentrarse en lo desconocido de un mundo que les seduce al tiempo que es capaz de aterrizarles sobremanera.

Podríamos pasar horas enteras rescatando de la memoria, objeto siempre evocador y entrañable por antonomasia, las incontables escenas de viajes (más o menos evidentes) en todos esos libros que algunas (o quizás en muchas ocasiones) marcaron nuestras horas e ideas de infancia.

Fueron libros que siempre nos hicieron crecer, adentrarnos en el mundo y apostar sin miedo (o ¿por qué no?, también con cierto miedo) por el futuro. Mucha página impresa que nos permitió viajar por ella como en un mar de sargazos, un espacio sideral infinito, una selva interminable o un laberinto sin fin.

Desde las aventuras de pandillas que se iban de vacaciones y les ocurrían cualquier cantidad de percances inusitados —y hasta tenebrosos en oportunidades—, hasta el peregrinar sin rumbo por las abisales profundidades marinas de un solitario y amargado capitán Nemo.

Desde Alicia penetrando al País de las maravillas que domina una tan frágil como terrible Reina de Barajas hasta Holden Caulfield vagabundeando errático y errante por una ciudad que le aterriza y seduce al mismo tiempo. Desde ese Principito que trata de entender el universo navegando por un espacio sideral poblado de seres que se le hacen incomprensibles, hasta un

Gulliver que se siente distinto (un marginado por la diferencia) en cualquier país al que su nave accede.

Desde todos aquellos personajes que viajan al conocimiento de sus ancestros, hasta cuantos son capaces de atreverse a adivinar el futuro de la especie.

Todo es, eterna e irremisiblemente, un grande y promisorio viaje en pos de algo, algo intuido, visto, soñado, escuchado o nacido de lo más ancestral de nuestros más inconfesados deseos.

Por eso, la infancia misma es como el viaje, una marejada, un tsunami, un volcán en erupción, un cataclismo de sentimientos que no conocen freno, un errar sin sosiego ni meta a parte alguna, un proceso de iniciación constante a cuenta de ir dejando ideas, viejas costumbres, actitudes y aptitudes obsoletas e ir ganando en experiencias que unas a otras se superan.

Y si la infancia es en sí misma como un eterno viaje, evidentemente los libros para niños representan pues la nave (siempre proa a lo más desconocido del futuro o el pasado) en que deberemos adentrarnos por ese perturbador e inasible viaje que por toda una eternidad representará la excitante lectura de un buen libro.

Escribir es un viaje para el autor. Un viaje desde el sueño a la evocación más intensa, hasta la página en blanco que luego se cubrirá de insospechados, apenas intuidos, caracteres de imprenta. Un viajar constante desde él hasta su personaje, desde su vida hacia otra vida que también va siendo suya en virtud del tiempo de su existencia que le roba.

Leer es, sin duda alguna, el mejor y más insuperable de todos los viajes posibles, porque al estar concentrados en la lectura, todo nuestro ánimo y pasión se sumen a ese acto que leemos y en un viaje normal, deberíamos cuidar de nosotros mismos. En cambio, cuando leemos, nos dejamos llevar, libre y espontáneamente, sin más atadura que la página que se va abriendo

ante nosotros. La lectura representa pues, el viaje de efectos más perdurables y profundos. El viaje por antonomasia. El viaje entre viajes. El viajar en sí mismo.

Y ya dijo una escritora tan significativa como la norteamericana Úrsula K. Leguin, esta expresión que siempre me complace repetir: «Es bueno que el viaje tenga un fin, pero al fin es el viaje lo que importa».

# La lectura como (dis)gusto

Un buen libro es aquel  
que se abre con expectación  
y se cierra con provecho.  
LOUISE MAY ALCOTT

El mundo está lleno de libros preciosos que nadie lee.  
UMBERTO ECO

Los libros hacen libres  
a quien los quiere bien.  
VICENTE ESPINEL

Leer es ante todo un gusto. Un gusto y no un disgusto. Un placer inigualable y no una tortura. Un vicio sano y no una enfermedad. Una entrega y no una condena. Un amor y no un lazo. Una dulce cadena y no un ancla pesada que nos deja sin aire. Leer es un horizonte y no un confín. Y así mismo debemos plantearnos el acto de la lectura cuantos tengamos que ver con ella de un modo u otro.

Es frecuente que numerosos promotores de lectura se devanen los sesos buscando infinitas y —¿novedosas?— técnicas de hacer más viable para las personas, principalmente para los niños, el soberano acto de leer.

Nunca me canso (y espero no cansarme jamás) de repetir que la lectura es un acto soberano, una prédica de emancipación y libertad duramente conquistada por cualquier lector.

No se debería mandar a nadie a leer nada, me refiero a algo específico. Sino que solamente se debería sugerir la lectura como tal, cual ejercicio vital sano y enriquecedor, y, sobre todo, solo la lectura de aquello que nos ha

llenado la vida de emociones o de gratitud por el hecho magnífico de ser humanos y habitar este planeta sin nunca arrepentirnos de ello.

¿Se imaginan ustedes cuántos textos inútiles, pedestres, incoherentes, lacerantes, enervantes lee uno en la sociedad moderna, desde aburridos informes, memorándums, notas triviales, apuntes sin argumento, obligatorios panfletos empobrecedores que nos roban el precioso tiempo de leer algo mejor?

¿Se imaginan cuan terrible tiene que ser entonces para un niño, ávido de juego, de amistad, de cariño y de aventura, que le obliguen a leer algo que le suena francamente amenazador, sobre todo por el interés que su mayor ha puesto en obligarle a ello, algo que en su concepto nada le aporta a su sentido lúdico de la vida y que le sume más en un mar de dudas que en el benéfico aprendizaje o el acto reivindicativo que toda lectura debe significar?

Como es lógico suponer, en diferentes momentos de nuestra vida vemos la lectura de una manera antagónica: cuando apenas damos los primeros pasos y nos enseñan las letras, más que leer estamos aprendiendo, descifrando un código hasta ahora desconocido y ajeno para nosotros.

Nada supera esa infinita y suprema emoción de decir «A» y ver la letra «A», «con sus dos patitas muy abiertas al pasar», como rezaba una vieja e inolvidable canción que a todos nos enseñaban en nuestra infancia.

Es maravilloso descubrir que el matrimonio de dos letras produce una sílaba y más adelante que las sílabas se convierten en largas palabras, que estas forman oraciones con extrañas (y a la vez cotidianas) palabras llamadas «sujetos», «predicados», «complementos», «sustantivos», «adjetivos» y «adverbios», y aquellas, oraciones, párrafos, y los párrafos, descripciones o narraciones o diálogos..., y todo eso, las historias más maravillosas que podamos descubrir o conocer...

Admirable es descubrir asimismo que en todo esto que vamos leyendo, según la edad que tengamos, se nos cuenta de la vida misma, cómo es, o cómo a muchos se les antoja escribir que debería ser para que el planeta resulte un sitio mejor...

Por eso, cuando aprendemos a leer, es como si descubriéramos el mundo. Bueno, de hecho, con cada lectura emprendida hemos descubierto uno y muchos mundos nuevos para nosotros. El mundo, o los mundos de las palabras, de la palabra escrita, que nace de la palabra oral y vuelve a ser palabra oral cuando alguien lee para nosotros o nos toca leerle en voz alta a alguna persona.

Mágico, maravilloso y casi increíble proceso este de toma y daca entre la voz y lo escrito. Es en realidad un infinito y placentero andar que no termina nunca...

Pero, luego, nos acercamos a la lectura de una manera diferente. A través de ella dominamos el conocimiento de la ciencia, la geografía, la historia, la literatura y hasta la propia matemática. Entonces el acto de leer se ha hecho más complejo y menos maravilloso, pues está claro que todo cuanto leemos no nos propicia el mismo interés o similar placer.

Entonces la lectura puede ser francamente una carga pesada para nuestros ojos y nuestros corazones de lectores (y de humanos), sobre todo si no es bien dosificada, si nos llega como un castigo u obligación.

De quienes nos enseñen a leer de esta manera otra dependerá que aceptemos el reto de seguir adelante y adentro de las páginas que se abren para nosotros. Del mismo modo, cuando ya estemos entrenados, podremos ser capaces de descubrir que la lectura representa para nosotros una manera *otra* de enfrentar el mundo y la vida y, por supuesto, el propio acto de leer y hasta los mismos libros en sí.



La lectura nunca debe significar un castigo, sino el acto más placentero del mundo. Jamás debemos olvidar que cuando se lee uno renuncia a casi todo lo demás: deja de jugar, de correr, de andar, de hacer deporte, de enamorarse o hasta de viajar muy lejos. Sin embargo, la grande y maravillosa paradoja del acto de leer es que aquello mismo que en apariencia se nos quitó (al dedicarnos en cuerpo y alma solo al libro que tenemos entre las manos) con similar prontitud nos es devuelto luego, cuando hemos hecho «nuestra» aquella historia por la que avanzamos y avanzamos hasta llegar al final.

En una historia bien leída (y mejor disfrutada) nos reivindicamos hasta el infinito: somos el protagonista en pos de nuevos horizontes y aventuras, el galán o la doncella, el caballero en su corcel, el valiente que acaba con el dragón, el marino que surca los siete mares y el encantador de serpientes al que todos se rinden hechizados.

Leer es ante todo un gusto. Un gusto que una vez adquirido hace presa de nosotros y nunca más nos abandona. No importa cuán cansados, qué tristes, qué angustiados o deprimidos estemos. El leer aquello que da placer nos reivindica siempre.

Por eso, aunque parezca utopía, se debería establecer un decreto universal que regulara que, para todas las personas capaces, la mayor obligación de si desean leer sea «el mantenerse precisamente libres para siempre elegir aquello que en verdad más anhelan leer».

Hermoso decreto que, como ya ha demostrado con creces la historia de la literatura universal, únicamente conocen los niños desde su más tierna infancia. Ellos son capaces de elegir y decantar. De adoptar y proscribir. De criticar y discernir. De amar y odiar un libro con la misma vehemencia que a un amigo nuevo o una mascota.

Mis amigos niños, mis locos amigos mayores —esos que no han perdido la sublime capacidad de ser niños eternos—, me enseñaron hace mucho tiempo este secreto que hoy comparto con ustedes:  
La lectura siempre es un gusto y jamás un disgusto...

# Leer: acto de emancipación y de voluntad

En realidad es fácil darse cuenta de que todo lo que los grandes hacemos en torno de la literatura infantil (no solo cuando la escribimos, también cuando la editamos, la recomendamos, la compramos... o la subrayamos) tiene que ver no tanto con los chicos como con la idea que nosotros —los grandes— tenemos de los chicos, con nuestra imagen ideal de la infancia.

GRACIELA MONTES

Mientras que el mundo contemporáneo parece, según la apreciación de muchos, tornarse cada vez más enemigo de algo tan ancestral y valorado como el hábito de la lectura —sobre todo si tomamos en cuenta el acelerado desarrollo científico técnico y su consiguiente cuota de artefactos electrónicos y digitales que amenazan con ocupar el tiempo a todos los humanos—, paradójicamente, mayor puede resultar el interés de incontables personas sobre la práctica de este antiguo hábito que, desde el comienzo mismo de la humanidad, demuestra incluso haber movido las ideas de la especie y hasta el posible curso de la historia.

Es por eso que cada vez pululan más los encuentros, fórums, simposios, congresos y publicaciones que se cuestionan los métodos para hacer leer más y mejor a la gente, sobre todo desde las primeras edades. Y cada vez, resulta mayor, también, la incomprensión, el desconcierto y la disparidad de criterios en torno a un tema que no pierde su trascendencia, pues, si se mira bien, si un día dejaran de leer las personas ¿entonces qué sentido tendría seguir produciendo libros y más libros al por mayor?

Amén de que se hable de entrenamientos, aprendizaje, técnicas de perfeccionamiento o modos de aprehensión, leer es ante todo un gusto o un deleite como ya sabemos. Acto tan libérrimo no puede (ni debe) verse de otra manera.

Ya se sabe que esta actividad demanda de nosotros algo más que tiempo y atención. Se requiere de todo un bagaje precedente para hacer de la lectura un acto pleno y trascendente y no el mero recorrido de la vista por unas páginas más o menos dibujadas con signos inteligibles o jeroglíficos para su posible lector.

La lectura es una actividad en la que mayormente parece concentrarse solo uno de nuestros sentidos más apreciados, la vista, y se cree que en apariencia nos hace renunciar a todos los demás sentidos, aunque esto es pura ficción: leyendo, nuestros sentidos más íntimos y desconocidos se aguzan en ese combate que página a página se va produciendo adentro de nosotros mismos, sobre todo cuando, atrapados por el intrincado cauce de alguna historia, vamos renunciando al mundo circundante para sumirnos en ese mundo otro (y paralelo) que aflora desde las páginas impresas.

Por eso, para nadie debe resultar un secreto que la lectura (y siempre debería ser así) es un acto de emancipación y de voluntad. Emancipación porque nos permite acceder con entera libertad a predios que la vida diaria nos niega con su imparable cuota de cotidianidad. Voluntad, porque en teoría somos nosotros quienes decidimos qué y cuándo leer, dónde, de qué modo hacerlo y cuánto tiempo nos dedicaremos a ello.

Para nada la lectura se deberá ver nunca-jamás como un castigo, una obligación o una práctica asumida luego de la prédica moralizante que alguien intentó pautar en nosotros y en nuestro libre albedrío.

Como hábito o (des)hábito, el leer es algo que se adquiere desde las primeras edades, sobre todo si se tiene la suerte de crecer en un ambiente propicio, como puede ser un hogar lleno de libros y lectores que compitan entre sí por recomendarse la mejor lectura, una maestra inteligente y capaz de compartir con nosotros las páginas que le elevaron los sueños hasta las nubes o un bibliotecario (o incluso hasta algún librero) fanático de

deshilvanar esas historias que a diario pasan entre sus manos y que, en lamentables oportunidades, apenas son ojeadas por falta de tiempo, interés o entrenamiento.

En esta vida puede nacerse con una vocación o con muchas y no me gustaría negar que la lectura pueda ser una de estas vocaciones que traiga en su acervo ancestral el ser humano, pero preferiría verla más como un acto de sana «contaminación espiritual», cuando incluso no es hasta un momento de comunicación.

Al leer nos comunicamos con quien escribió una historia y los personajes que moran en ella, pero al evocar nuestra lectura nos conectamos con todo el acervo de nuestra vida; del mismo modo, al comentar con otros nuestras lecturas, estamos compartiendo, no solo detalles, conocimientos, información, sino impresiones, puntos de vista, anhelos, reinterpretaciones de aquello que leímos y fuimos capaces de interiorizar.

La lectura es pues, como un camino. Los diestros y avezados en su andadura, avanzan más rápido y apenas se cansan, incluso por kilómetros de páginas que sus ojos e intelectos recorran en tiempo record. Los más morosos y lentos, aquellos que andan a tientas, se agotan con mayor rapidez y se les torna más lleno de accidentes ese camino, que es muy llano y placentero para los otros.

Pero decía el poeta español Antonio Machado que «al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la huella que nunca se ha de volver a pisar...». Por eso mismo el acto de leer, más que abismo, puede resultar un puente para todos los humanos que se atrevan a andar por él. Se trata de un camino-puente por el que siempre avanzamos y nunca llegamos a retroceder, una especie de escalera sin vuelta atrás hacia el universo.

Leer y leer.

Soñar y añorar.

Leer y andar.

Ansiar y leer.

Redimirse para leer y leer como acto de redención.

Ser uno y ser el otro.

Dejar de ser el que no se quiere y ser el anhelado.

Añorar y concluir.

Avanzar y sentir.

Leer y ser.

Vivir leyendo para, con la lectura, vivir.

Nunca me canso de repetir que en el acto emancipador y voluntarioso de la lectura no valen las fórmulas empobrecedoras.

Imagine algo tan sencillo y complejo como tomar un libro o dejarlo de lado; abrir y detenernos en sus páginas o cerrarlas. Incluso al desviar la vista o cerrar los ojos, dejar el libro allí, abierto, pero sin que lo podamos ver. Tan sencillo y complicado.

Somos libres de leer o no y somos libres al leer o dejar de hacerlo. Esa es la mayor felicidad que nos puede proporcionar el acto de la lectura como praxis redentora de nuestro espíritu.

Así de simple y complejo...

# Niños y libros: ¿diferencias irreconciliables?

Me limito a señalar que nuestra sociedad no ha confrontado todavía, serenamente, como el tema merece, su imagen oficial de la infancia con las relaciones objetivas que se le proponen a los niños, porque una cosa es declamar la infancia y otra muy diferente tratar con niños.

GRACIELA MONTES

A menudo, diversas personas de alguna manera relacionadas con la infancia suelen preguntarnos a los escritores el mejor modo de hacer que los niños lean, amen a los libros, los hagan suyos y los sientan como algo muy cercano.

En realidad, suelo quedarme pensativo y sin saber muy bien qué responder. Sucede que, cuando veo la inseguridad en estas personas, me pregunto si solo desean mejorar sus posibles técnicas de acercamiento de la infancia a la lectura o si sencillamente se trata de que desconozcan cualquier método de cumplir con su trabajo y no son capaces de gestar alguna iniciativa creadora.

Existen muchas técnicas, fórmulas, métodos, corrientes, escuelas que propugnan uno y mil modos de hacer leer a los niños y jóvenes, como cantera, sobre todo, de formar lectores para el futuro. Hay infinidad de manuales, lamentablemente no al alcance de nosotros en América Latina, pero sí muy usados por la escuela en otras latitudes, donde se regulan pasos para propiciar el acercamiento de los niños a la lectura o a determinadas historias.

De esto podría deducirse que incluso hasta se ha abusado en demasía, pues tanta técnica escrita y rubricada por prestigiosas publicaciones ¿no atentará contra la posible iniciativa creadora de algún maestro o promotor?

Aunque no soy para nada enemigo de las teorías y de que experiencias hartas o eficaces o probadas sean puestas de nuevo en práctica, creo más en la iniciativa individual de *cada quien* y en *cada lugar* que en la repetición mimética de fórmulas que quizás, a veces poco tengan que ver entre sí cuando son tomadas de un contexto diferente.

Los niños, la infancia como fuerza motriz en sí misma, son por esencia enemigos de la inmovilidad, lo apacible, lo manido o aquello que algún mayor trate de inculcarles o establecerles como predeterminado.

Por eso, solemos ver a los niños trepados en los árboles, jugando con los objetos más impensables, «mataperreando» alocados y felices por las calles —palabra que me aplicaban mucho en mi infancia cuando todavía no era un lector empedernido y solía esgrimir, como un grado, una categoría de vida porque me hacía sentirme reivindicado de presiones familiares o de cualquier tipo— o bien intercambiando experiencias de vida entre ellos mismos.

En general, para un niño inquieto, juguetón, andariego, pillo, rebelde y maldito, un libro cerrado es por esencia un objeto desconocido, inalcanzable, sospechoso por su pasividad y, en alguna medida, algo que le puede recordar mucho a la escuela, que según experiencias infantiles varias, no suele ser el mejor de los mundos posibles...

Pero, del mismo modo, los niños también suelen ser, por naturaleza, inquisitivos, curiosos, investigadores natos y están ávidos de descubrir el mundo que les rodea y para eso no existe nada mejor que un buen libro. Precisamente, es por estas razones que, entonces, el libro puede ser su mejor amigo o el peor enemigo que un niño pueda encontrarse en su camino por la vida o el aprendizaje.

Para un niño solitario, enfermizo o aburrido, no puede haber nada mejor que un buen libro, o un libro malo, o incluso el peor de los libros posibles,



de esos que, aunque sea lamentable reconocerlo, siempre han abundado en la historia de la literatura y, por ende, estuvieron peligrosamente cerca del alcance de la infancia.

Más, por fortuna, también resulta muy cierto que no todos los niños son enfermizos o solitarios (o viven) aburridos y necesitan de este amigo impensado que puede ser un buen libro.

Ahora, ¿cuál será el reto de quienes se dediquen a acercar a los niños a la literatura? ¿Cuál, el modo de conseguir que un pequeño se interese por ese objeto inanimado en apariencia, pero que en su interior guarda tanto de fantasía, conocimiento, sueño, memoria o hasta de la propia vida cotidiana? Creo que las técnicas de adiestramiento para la lectura o su mero conocimiento pueden ser muchas, pero prometí que no voy a dar recetas. O sí, solo algo parecido a una, la que sin yo saberlo me dieron siempre, desde que era muy pequeño: el libro es un objeto que siempre debe ser mirado con amor, abierto con amor, deletreado con amor, palpado con amor, prestado (o regalado e incluso dedicado) con amor, recomendado con amor.

Se le debe dar el mismo tratamiento que a un buen amigo. El mejor amigo posible y anhelado. El amigo soñado. Dicen que no hay enemigo pequeño. Pues cabría agregar que en verdad no existe amigo tan grande como un libro.

Desde luego, es necesario que quien se proponga (o le paguen para ello) acercar un libro a un niño potencialmente lector, sienta amor —todo el amor posible (e imposible) del mundo— por ese objeto inconmensurable que salió de las manos de todo un colectivo gestor.

Trabajar durante años en los más disímiles oficios dentro de una editorial me ha permitido constatar que el libro es obra y sueño de muchos. El autor imagina una historia que luego lleva al papel, pero luego el libro es otra

cosa. Deja de ser suyo para convertirse en obra de ilustradores, diseñadores, correctores, editores, librerías, bibliotecarios.

Cuanto lo concebimos o «fabricamos» ya le ponemos un poquito de nosotros. También quien lo lee, por supuesto.

Usted no puede recomendar un libro que no ama o no ha leído.

Sencillamente, no hay empatía, siquiera conocimiento, entre usted y ese objeto cuya esencia es inanimada hasta que alguien no lo abra o se aventure a soñar o sufrir o divertirse con él.

Si todos los que tienen que ver con un libro leyeran..., el mundo sería muy diferente. Ya sé que el tiempo de la subsistencia apremia, que el ritmo de la vida moderna nos hace más vulnerables a otros menesteres, que la televisión con sus interminables telenovelas edulcoradas pinta una vida soñada que nada tiene que ver con nosotros, pero que resulta capaz de seducir a algunos (o a muchos, ¿por qué negarlo?) con sus cantos de sirena...

Pero, escuchen bien: maestros, bibliotecarios, librerías y hasta editores de libros infantiles..., si no leen, si antes no disfrutaron de eso mismo que proponen, el niño lo sentirá. No vale repetir como papagayos que *La Edad de Oro*, por poner solo el ejemplo más usual, es una obra crucial de la literatura cubana por su carácter fundacional y definitorio..., las frases que se convierten en lugares comunes se tornan huecas, vacías, carentes de toda significación y motivaciones posibles.

Al niño que las escuche, esas palabras le sonarán huecas, ajenas. Alguien tan genial y humano como José Martí le parecerá un tipo tedioso y distante en el tiempo, el hombre vestido de negro en el retrato y que nos cuentan luchó por una patria mejor. Pero, ¿acaso Martí no tuvo que ser un niño inquieto para convertirse luego en el indómito espíritu eternamente juvenil que nunca vaciló en la incondicional entrega a todos sus ideales y pasiones?

En lo más profundo de cada libro bueno que se cruza en nuestras vidas, está latiendo el alma de un escritor que sufrió, soñó y amó en este mismo mundo donde hoy nos encontramos y que antes él transitó.

¿No queda acaso en las casas el aura intangible de sus antiguos moradores?

¿No dejan tantas páginas escritas constancia y atisbo de los sentimientos desencontrados que antes, quizás siglos o milenios atrás, las fraguaron?

Ese escritor fue, antes que todo, persona, alguien sensible y con inteligencia o iniciativa suficientes para atrapar un pedacito de realidad imaginada o vivida con tal de compartirla con nosotros en las páginas de un libro.

El alma de ese escritor x, su conocimiento del mundo, su ética, sus sueños y memorias, nos hablan desde la página de cada libro escrito en este mundo. Leyendo, hurgando allí, nos encontraremos misterios y secretos que jamás pensamos encontrar.

Cuando un niño sensible, desprejuiciado y de criterio abierto abre un buen libro, lee y se adentra de lleno en la historia, es el primero en descubrir todas las verdades y todas las esencias.

Si, además, este niño llegara a sentirse reflejado o reivindicado en esas páginas, entonces el milagro ocurrió, hace suyo el libro y de viva voz se lo recomienda a otros niños, a sus padres o a cualquier persona que se cruce en su camino...

¿Quizás el mejor secreto que podría darles a los promotores de lectura es que abran un nuevo libro siempre con ojos de niño inquieto y aventurero? Que para ellos esas páginas signifiquen más un puente hacia lo desconocido que un confín ya visto o trascendido.

Ya ven, a la postre me he traicionado y no pude evitar el ofrecerles una posible fórmula (o receta) para que inicien de algún modo este mágico y riesgoso viaje hacia libro, lectura y lector...

# El niño que buscamos

Montaigne decía que enseñar a un niño no es llenar un vacío sino encender un fuego.

Creo que no se podría pedir más.

En cuanto a mí, lo que he ganado es cierta llama que veo a veces brillar en los ojos de mis jóvenes lectores, la presencia de una fuente viva de luz y calor que me instala de ahora en adelante

en un niño, encendida por la virtud de mi libro.

Recompensa rara esta, y que no tiene precio, a todos los esfuerzos, a todas las soledades, a todos los malentendidos.

MICHEL TOURNIER

Todo hombre tiene el deber de cultivar su inteligencia, por respeto a sí propio y al mundo.

JOSÉ MARTÍ

A todos los autores que escribimos para niños es común que se nos pregunte frecuentemente: ¿Para qué niño escribes en realidad? Y uno se cuestiona a sí mismo con una inversión de la propia pregunta y se dice: ¿Escribo en realidad para niños?

También es usual que se nos «acuse» de que siempre andamos en busca de un niño ideal, ese niño intocado hasta por nuestros propios sueños o la experiencia de la vida, ese niño en el cual nos inspiramos a la hora de hilvanar aquellas historias en las que nuestra imaginación se afana tratando de llegar al auditorio ideal: «el niño que buscamos».

Ir en pos de ese niño ideal es algo sumamente difícil pero no imposible.

El niño existe. Vive y alienta en su casa, con su familia. En su calle o en su escuela. En el ómnibus que apuradamente tomamos para dirigirnos hacia algún sitio cercano o remoto. Es un niño de este o de cualquier otro país adonde tenga la peregrina suerte de llegar nuestro libro.

Está el niño en alguna parte, aunque nosotros siquiera seamos capaces de intuir dónde. Se deja sentir, aunque no tengamos oídos para escucharle. El niño vive y sueña, como nosotros y seguramente espera por el libro que le dibuje nuevos contornos a su vida. El libro que, tarde o temprano — también el intuitivo niño lo sabe y así lo sueña— alguien habrá de escribirle para contribuir a que crezca y sea mejor, a que busque otro ideal futuro de la realidad y de sí mismo.

Pero, en verdad, ¿alguna vez llegaremos a conocer ese niño soñado, tendremos la ventura de tropezarnos con el niño que buscamos?

Cuando uno comienza una historia hay más confusiones, dudas e incertidumbres que certezas. Cada hallazgo a lo largo de la página que construimos es puro azar, algo fortuito, casi más fruto de la magia y la casualidad que de nuestra idea inicial o del posible oficio o praxis escritural de uno (o de muchos) años.

Se empieza toda la aventura de escribir con una pura aproximación a la palabra y al sueño, a la terrible e inmaculada hoja en blanco, que se nos torna un páramo tan distante y agreste como prometedor.

En el proceso de maduración de una historia concurren mucho tiempo, innumerables factores, experiencias y hasta infinidad de lecturas que en su momento fueron capaces de marcarnos el paso por la vida.

Claro que la historia ha sido soñada desde mucho antes. Desde un tiempo y una edad incalculable. Quizás desde la infancia misma, cuando uno era ese «niño buscado» por otros tantos autores que alguna vez pensaron escribir para la infancia. Alguna vez (*once upon a time*), uno fue ese niño y puede ser que no encontrara la historia adecuada, aquella que le hubiera gustado leer-vivir-protagonizar, aquella que le permitiera divertirse o sufrir, que le conmoviera hasta tal punto que su realidad ya dejaba de ser creíble y lo contado en aquellas páginas se le antojaba la vida misma.

Eso sucede con la literatura. Te pasas montones de años leyendo cosas que te aportan algo, pero en muy escasas oportunidades te tropiezas con aquello que, de verdad, con toda la fuerza de tu alma sientes que fuera escrito pensando en ti, o al menos, pensado para el instante y la situación que vives en el momento de su lectura. ¡Un milagro si sucede!

Al llegar a la redacción de la historia en cuestión, uno ha pensado bastante sobre ella. En mente le ha quitado y le ha puesto párrafos, escenas, diálogos, apreciaciones, descripciones y hasta desenlaces posibles.

Pero, al escribir las primeras palabras, hay algo que se va desatando adentro de uno mismo, algo que fluye espontáneamente desde el cerebro (o mejor, desde el corazón) hasta las manos y nos va re-escribiendo eso mismo con lo que antes tanto habíamos soñado.

Hoy quiero contar la historia de un solitario niño que siempre espera junto a la costa a su padre que nunca vuelve. De repente, aparece en la orilla una vivaracha niña con cierto aire estrafalario, poco refinado, casi marimacho, pero de su persona desprende una simpatía tal que el otro se aleja de sus propios pensamientos para seguirla en cada uno de sus gestos y los montones de disparates que a cada momento no cesa de decir. El niño ya no sueña sino vive. El autor, hechizado por el rumbo que han tomado los inesperados acontecimientos, va siguiendo a ambos en el diálogo y — aunque inconscientemente piensa en el «niño buscado», en la historia misma—, tampoco olvida que hay un lector —en alguna parte, esperando por esa historia, que solo él (el autor) puede hacerle comprender, ni siquiera sus personajes. Ahí surgen nuevas ideas y situaciones, a la vez que, plecas, comas, guiones, puntos, admiraciones o interrogantes sin fin...

¿Es el niño buscado, el mismo del que se cuenta en la historia? ¿Es el propio autor en su ya quizás lejana infancia? ¿Es el ilustrador que habrá de dar nueva vida con sus imágenes a cada momento determinado? ¿Acaso el

editor que trabaja el original que luego se convertirá en un libro? ¿Es el lector?

¿Cuántos niños diferentes es necesario que convivan entre las páginas escritas-leídas-editadas-ilustradas para que se produzca el milagro de que guste a la infancia uno de los llamados libros infantiles?

Uno y muchos niños diferentes a la vez.

Porque, si lo miramos bien, en realidad no hay un solo niño, sino montones, miles. Como tampoco hay un solo autor o un mismo ideal de niño. Se suele englobar en esa categoría amorfa todo un preconcepto literario, pero, observando detenidamente el fluir de la LIJ universal, uno se percatará de que su historia está plagada de muchos tipos de niños, de libros, y por supuesto, de autores.

Un niño puede recibir esta o aquella historia en dependencia de su grado de asimilación de la realidad, del tipo de realidad en que vive, de sus (des) hábitos de lectura o de su formación y de las características de su entorno hogareño.

Por eso hay tantos conceptos (que incluso se niegan entre sí) de lo que en esencia es un libro para niños y de aquello que deben leer pues los niños. Conceptos impuestos por movimientos, tendencias, praxis, modos de promover la literatura o de editarla, maneras infinitas de leerla.

En ese camino de buscar a su lector potencial, muchos son los autores que pierden el tino y extravían el paso en una cabalgata insomne hacia el abismo más profundo y peligroso, el del propio desamor que los niños sentirán por todo aquello que les resulte insincero y falso, al decir de numerosos teóricos que se han acercado a la arista de la problemática de la recepción de la literatura para niños y de la lectura que de ella se motiva o (des) motiva.

¿Vale acaso tanto esfuerzo sin resultados? ¿Vale tanto andar en pos de un destinatario que se oculta, se deforma, se degrada cada vez más en función del adelanto de los medios tecnológicos y de un acelerado desarrollo de la pubertad y adultez en la infancia?

Vale el esfuerzo de escribir literatura. Vale mucho más el deseo de reflejar (o rescatar o quizás hasta redescubrir) con ella al niño que alguna vez hemos conocido o acaso intuimos entender. Si además de haber conseguido una historia creíble y coherente, el niño es capaz de disfrutarla.

¡Enhorabuena! ¡Eureka!

Lo más importante, en una palabra, amigo escritor, no es buscar al niño. ¡El milagro (en ocasiones, casi imposible) es encontrarlo!



## Escribir para el niño que no somos

¿Y lo infantil? ¿Qué se hará de «lo infantil», que tantos desvelos produjo? Creo que se desplaza. A medida que la literatura crece, lo infantil (que fue durante muchos años una tarea exterior, un conjunto de mandatos) se nos va internalizando. El horizonte ya no es tanto ese «niño ideal», el niño emblemático que nuestra cultura ha ido dibujando y oficializando con el correr del tiempo, sino más bien la memoria del propio niño interior, el niño histórico y personal que fuimos —que somos—, mucho más cercano a los niños reales —posibles lectores— que esa imagen impostada y arquetípica. Ese cambio de horizontes supone muchos otros cambios puesto que será con el lector y no hacia el lector que fluirá el discurso.

GRACIELA MONTES

Pero los niños saben que ellos no siempre son buenos; y, a menudo, cuando lo son, preferirían no serlo.

Esto contradice lo que sus padres afirman, y por esta razón el niño se ve a sí mismo como un monstruo.

BRUNO BETTELHEIM

Es muy frecuente que cuando se escribe, se edita o se recomiendan libros para niños, las personas hagan acopio de su experiencia vital que acude la mayor de las veces a la postura más tradicional —o más bien de sus caros anhelos muchas veces insatisfechos en la vida— para diagnosticar, por así decirlo, qué debe ser un buen libro infantil.

Del mismo modo, cuando se habla del niño como personaje o motor de alguna historia, cada quien suele apelar a su muy particular concepto de infancia desconociendo así que la niñez no fue, es ni será una misma en todas partes, sino que cada niño significa una impresión, un universo por descubrir y entender.

Sin salir de este tema, no ha existido para mí lectura más reveladora y gratificante que el libro *El corral de la infancia*, de la colega argentina Graciela Montes, sobre todo, cuando se refiere a que la infancia suele ser

supeditada a una especie de corral que en bien del menor entronizamos los adultos. Es un corral que tiene la ventaja de que protege, según expresa ella, pero al mismo tiempo constriñe, encierra y da pocas posibilidades de libertad.

Y aunque es bien cierto que cada uno de nosotros puede ser responsable de su libertad y que toda libertad también conlleva en sí misma ataduras sutiles y, en ocasiones perniciosas, no es menos evidente el hecho de que a los niños, como a cualquier ser humano, se les debe dar, por encima de cualquier otra opción, la oportunidad de elegir su propio camino y destino. Si entonces entendemos que la lectura es (o en el mejor de los casos, puede ser) ambos: camino y destino, vale la pena reflexionar sobre este asunto. Precisamente, por esta especie de preconceito tan pernicioso que sobre la niñez existe es que a la literatura para niños y jóvenes se le suelen pedir —o más bien exigir—, con cualquier tipo de presión posible, una serie de atributos, condicionamientos o preceptos que ya la van despojando de sus valores como hecho literario en sí para convertirla en algo bien diferente. Justo es decir que no existen escuelas que puedan enseñar a alguien cómo escribir mejor para la infancia. De hecho, coincidiendo con mi amiga y colega la estudiosa sobre la lectura, Emilia Gallego, no se debería escribir para la infancia o pensando en que se escribe para ella. Es necesario escribir literatura —y de la buena, se podría agregar— y entonces sí que esta será —o estará disponible— para la niñez que, en cualquier ser humano, más que una edad, puede devenir un proceso eterno o una actitud ante la vida. Desde los llamados clásicos está visto que cuando se trata de pensar en el niño y se busca una infantilización de la literatura infantil únicamente se consiguen deleznable productos mediocres y poco funcionales para un posible lector de estas edades, en las que, por demás, el niño suele ser tan exigente y tan poco comprometido con aquello que se le conmina a leer y,

en venganza, se desquita leyendo precisamente aquello que no le recomiendan sus adultos más cercanos, a los cuales siente muy lejos de sí. Precisamente por esto, quienes pretendemos escribir, editar, promover o vender libros para la infancia deberemos tener bien claro el niño que andamos buscando en nuestros libros.

No se trata de aquel niño mal recordado —¿pues acaso no son los recuerdos pura vivencia subjetiva, matizada por el ideal de la memoria trascendida en el futuro?— que alguna vez fuimos.

Tampoco es determinado niño que alguna vez conocimos.

Ni se trata de un niño ideal o estereotipado, una especie de niño perfecto o bebé probeta con el cual pretendemos ejemplarizar a los otros posibles niños que nos lean.

El niño es uno y es muchos.

Es ayer, hoy y mañana.

Es imperfecto y soñador.

Tan lleno de virtudes como defectos.

Cuan apasionado como insensible.

Tan voraz como inapetente de libros.

Tan cercano como imaginado.

El niño que no somos está por ahí, solo hay que descubrirlo con buen tino.

Saber que tiene sus verdades, muchas en realidad, para contarnos. Entender que debemos escucharle y comprenderle. Ayudarle, sobre todo —y esa debe ser la función final de toda literatura que se respete—, a entender este mundo al que sin su consentimiento nosotros, también imperfectos y soñadores adultos, le hemos traído para su suerte o desgracia.

El niño existe y está ahí. Cuando escribimos, editamos, recomendamos un libro supuestamente infantil no podemos pretender *ser* ese niño ni tampoco

que él *sea* como nosotros: un pobre espejo de nuestras vivencias o realidades.

En la medida en que el *niño literario* que en los libros creemos sea más parecido al *niño real* de la vida y también al *niño sujeto* para el que escribimos, se producirá el inefable milagro de que la literatura —y el libro como su vehículo portador por antonomasia— lleguen de manera armoniosa al niño que buscamos, a ese niño que no somos y que nunca podremos ser.

No antes.

Nunca de otro modo.

# Niños y libros, edición y lectura. ¿Puente sobre aguas turbulentas?

Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros, hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua; en lo que a mí se refiere, soy incapaz de imaginar un mundo sin libros.

JORGE LUIS BORGES

La lectura, al mismo tiempo que una fascinación, supone el enfrentamiento con un mundo del que se siente uno excluido y en el que de alguna manera, por algún por tillo milagroso, desearía ardientemente penetrar.

CARMEN MARTÍN GAITE

El tema de la lectura, como podemos suponer, deviene polémico como el que más, sobre todo si tomamos en cuenta la cantidad de factores que concurren en él, y mucho más si de la lectura de obras para niños, adolescentes y jóvenes o simplemente lectores de cualquier edad, pero en proceso de formación se trata.

El mundo contemporáneo, a diferencia de siglos anteriores, se ha venido preocupando más cada vez por el estudio riguroso y concienzudo de lo que leen y deben leer los más jóvenes o los más inexpertos en ese acto de leer. No quiere decir que siempre estos estudios se encaminen al supuestamente noble fin de que lean lo mejor.

En realidad, los departamentos comerciales de las poderosas editoriales que en el orbe lo son hoy día, se ocupan de tamizar bien a fondo las características del mercado para el que van a trabajar, mercado que intentan dominar y hacer su cautivo, mediante formulas que, no por gastadas, dejan de tener una efectividad evidente y podría decirse que cada vez más acelerada.

Estas fórmulas no buscan más que establecer la patente de un producto bastante estereotipado que intenta buscar un lector promedio, devorador de una literatura aparentemente compleja, pero cuya esencia dista bastante de cualquier complejidad.

Esta literatura debe ser fácilmente identificable por su posible lector y por tanto se trabaja en diseños atractivos y funcionales que pretenden ubicarle de inmediato.

El sentido que se le da a estos libros es el de que posean una ilustración lo más ilustrativa posible y que no busque una recreación artística de la obra —¿en realidad podría?—, sino que simplemente retrate lo ya contado.

Si en una época, allá por las décadas de los cuarenta y cincuenta y con la postguerra como escenario, funcionaron más los policiales, a la manera de las historias reiterativas de Enid Blyton o Malcolm Saville en las cuales una pandilla protagonista, durante un trivial paseo, se veía envuelta en aventuras tan misteriosas como divertidas, en los sesenta, setenta y ochenta estas historias darían paso a otras de corte más realista y que buscaban reflejar valores educativos o moralizantes en la infancia.

La publicación de los dos primeros tomos de la saga Harry Potter, ya en las postrimerías de los noventa, da un nuevo vuelco a lo que se edita para la infancia y el mercado comienza a condicionarse en la búsqueda y el rescate de argumentos con franca inclinación hacia la fantasía más desbordante, como pueden ser las sagas de Narnia o de *El señor de los anillos*, por solo citar unas pocas.

El hecho de que el público consumidor haya variado tan ostensiblemente su orientación lectora en menos de medio siglo, da una prueba fehaciente de que el acto de leer y el gusto o disgusto que en el lector provocan determinados tipos de historias, no siempre se condicionan por la calidad de

las mismas, sino por modas, fenómenos de difusión y, por supuesto, un *marketing* detonante.

Sobre la responsabilidad que como formador de lectores entraña el trabajo editorial, me gusta recordar esta opinión de la escritora y teórica argentina María Teresa Andruetto: «Un buen editor, un editor preocupado por la literatura, es alguien capaz de construir un catálogo perdurable, capaz de atender a una mejor calidad y a una mayor diversidad, tal vez con una menor concentración de ventas por título en aras de mejores libros. Más libros de calidad, aunque vendan tal vez menos cantidad de ejemplares cada uno, libros cuyas ventas se sostengan en el largo plazo, en lugar de una voracidad que reclama resultados inmediatos y fabrica series anodinas de rápida funcionalidad y pronta desaparición en la memoria de los lectores. Menos concentración de ventas por título, hacia un mundo de libros de calidad más diversificado».

En tal sentido, lamentablemente advertimos que, salvo algunos pequeños grupos editoriales aislados y colecciones más rigurosas de las grandes casas del libro, se suele dar lo contrario a lo planteado por la autora argentina: todo el tiempo el mercado se ve inundado por obras y más obras, que se copian unas a otras reiterando sus principales motivos, que se imitan en búsqueda de la probada fórmula de ventas seguras y que no vacilan en mantener una norma establecida de antemano por las ventas precedentes. Si bien es cierto que al público se le debe servir y tratar de complacer, tampoco es menos verdad que se le debe guiar y encaminar hacia búsquedas superiores, que defiendan su crecimiento humano y espiritual y le permitan exigirse más de sí, de lectura en lectura.

No significa esto, tampoco, que los buenos libros, aquellos que ninguno de nosotros vacilaría en recomendar a su mejor amigo, no se editen, no sean descubiertos ni tengan salida en el mercado. Pero su ascenso en esa cúpula

de intereses es mucho menor que en los otros y aunque se vendan ediciones y ediciones, comparativamente hablando, aquellos que siguen la línea de los *best-sellers* fáciles siempre van mucho más adelante y les superan en ventas.

Pero, en esta desventajada proporción, únicamente no son los editores los culpables de semejante estado de cosas. Hay todo un público ya cautivo de lo más tradicional de la literatura para niños, que tampoco acepta los cambios y es reacio a la novedad y todo aquello que pueda antojársele riesgoso para sus infantes.

Sin embargo, aunque así lo parezca, los autores y editores no son los únicos y mucho menos los principales responsables de qué se lee o qué se deja de leer en cualquier país del mundo.

En esto intervienen las escuelas, que en determinados sitios son privadas y responden no a una reforma educativa o programa nacional de educación, sino a los intereses de sus dueños, que en algunos casos es hasta la propia iglesia católica, poderosa institución que controla más de una editorial y la educación en diversos países del orbe.

Los padres y sus asociaciones escolares son otra poderosa institución que establecen un sistema de lectura. Partiendo de sus experiencias o sus muy personales gustos, suelen imponer férreas e inviolables líneas de compra, edición y/o lectura que adoptan, las más de las veces por desconocimiento, autocomplacencia, o como ya se dijo, por temor al cambio y afincamiento en una tradición cómplice hacia lo ya establecido.

Agrega María Teresa Andruetto lo siguiente: «La literatura de un país no se hace sólo con escritores, sino también con investigadores, formadores y críticos y se hace sobre todo con lectores que dialogando con las obras ya escritas, van construyendo obra hacia el futuro. Se trata de una construcción social, que tiene que ver con entender la literatura de un país como la



inmensa tarea de una sociedad que escribiendo, estudiando, cuestionando, difundiendo, leyendo o ignorando lo escrito va haciendo la obra de todos». En esta obra de todos, como ella bien afirma, intervienen muchas voluntades, voluntades diferentes, desencontradas en algunas oportunidades, pero voluntades capaces de ejercitarse, al fin y al cabo. Precisamente por eso, en tales enfrentamientos de voluntades es que se proyecta un sistema o (anti) sistema coherente de escritura, edición, enseñanza y promoción de lectura.

El sistema que hará avanzar a los niños hacia el futuro o que, como en oportunidades ocurre, les estanca, o lo que resulta aún peor, los dejará sumidos en el conformismo acomodaticio de un pasado sin altibajos ni sobresaltos. Y por la misma razón, sin emoción alguna, sin incitación hacia las nuevas experiencias que siempre pueden motivarse del acto de leer con entera libertad.

# Biblioteca: ¿un hogar para los libros?

Mi biblioteca imaginada tendrá amplios salones iluminados a los que no les faltan los perfumes de alubias negras, el café, las frutas, claros y oscuros, con una ventana y un jardincillo y estantes, estantes repletos. Un lugar al margen del mundo, un mirador, un batiscafo, una torre, una saetera, una quimera con alas de papel.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Para quien se para a escuchar,  
el mundo está lleno de historias.

RUDYARD KIPLING

¡Qué pena de los libros  
que nos llenan las manos  
de rosas y de estrellas  
y lentamente pasan!

FEDERICO GARCÍA LORCA

¿Se han imaginado alguna vez la biblioteca ideal?

Si tomamos como punto de partida la cita que introduce el tema, podríamos conjeturar que en el más puro espíritu lezamiano, la biblioteca ideal es como un templo, una especie de recinto sagrado, un sanctórum, con todo dispuesto, cual una *mise en scène* para el supremo acto mágico de la lectura. En una biblioteca ideal, necesariamente todo debe «conspirar» en bien de ese acto mágico que es leer. Conspirar, porque por esencia la lectura no es para todo el mundo una necesidad vital que esté asociada como las otras (y desde el nacimiento) a lo físico o puramente emocional, aunque pueda constituirse en ella luego de una larga, paciente y depurada ejercitación. La lectura es una especie de bien tan inmaterial como trascendente pero que, una vez adquirido, para muchos puede llegar a convertirse en necesidad vital, en una de las más altas prioridades.

Como quiera que se mire, es necesaria mucha conspiración —y de la buena — para que las personas aprendan a leer y luego su necesidad de lectura vaya en acenso de una manera, no solo creciente y progresiva, sino cualitativa.

Por eso la biblioteca, tanto para Lezama como para muchos grandes escritores, deviene un templo y no un simple almacén de libros apilados en tongas por los rincones o en polvorientos estantes.

Tampoco es un hecho casual que, en mucha obra literaria, la biblioteca ocupe —cada vez más y sobre todo en las obras para niños—, un lugar preponderante que casi la convierte en un personaje protagónico, capaz de interactuar con el argumento de una manera intertextual y en franca alusión a montones de libros y bibliotecas de la Historia, o de muchas historias, que cual una especie de dédalo o caracol, se dan la mano e interactúan unas con otras.

Obras como *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, *La historia interminable*, de Michael Ende y, más recientemente, la exitosa trilogía *Mundo de tinta*, de Cornelia Funke, así lo atestiguan.

Sin embargo, para que la biblioteca sea este templo del saber y el divertimento al que todos los amantes del libro aspiramos, deben cumplirse numerosos requisitos que son impostergables. En primer lugar, su ambiente debe ser creativamente libresco en todos los sentidos. ¡No se concibe una biblioteca sin libros! En un ambiente agradable, donde el libro se muestre abierto sobre los estantes, que permita entrever sus ilustraciones que enseñen promisorios e ignotos mundos de quimera, donde los separadores o marcadores de colecciones sean ingeniosos y estimulen a buscar más y más en cada nueva exploración, claro está que el libro irá adquiriendo un singular protagonismo a los ojos de cualquier visitante.

Si el templo ha de ser un sitio no solo placentero, sino erudito, incitante al acto mismo de leer, un sitio que invite a la estancia en él y no al escape, con muebles agradables, ventanas por donde la brisa traiga el aroma de las plantas cercanas, carteles que muestren personas en el amoroso acto de leer, los oficiantes que muevan a este culto, es decir, los bibliotecarios, amén de ser personas preparadas y creativas, deben ser educados, agradables, conversadores tan ávidos de saber más como de compartir con otros cuanto saben.

Es inconcebible que exista un bibliotecario inexpresivo, silencioso, apático y distante, con apariencia de momia enfardelada y que parezca haber salido a la luz de entre tantos montones de libros, en virtud del azar, el conjuro mágico que pueda significar la llegada de algún posible usuario.

Si no se concibe a un maestro que no lea, más inconcebible será un bibliotecario que aduciendo falta de tiempo u otros menesteres, renuncie al inefable placer de perder su vista durante horas entre las misteriosas páginas de un buen libro.

No se ama lo que no se conoce, y no podemos ser capaces de contagiar amor por *algo*, hasta tanto nosotros mismos no conozcamos ese *algo* y lo amemos también. La lectura es un amor, donde como en todo amor suele haber varios cómplices. En este acto mágico se producen uno (o varios) triángulos amorosos: entre libro y lector, lector e historia, autor y lector, argumento y realidad y toda clase de vivencias personales compartidas entre todos.

Por eso, para que logremos *contaminar* a alguien de ese hábito tan lleno de pormenores como hallazgos se necesita de muy buenos agentes *contaminantes*, para decirlo en un tono ciertamente alusivo a la ciencia. Para que nuestra biblioteca ideal —ya fuere escolar, pública, científica, personal o de la índole que sea— cumpla el sueño lezamiano de ser *una*

*quimera con alas de papel*, por encima de cualquier otra razón deberá ser un sitio encantado, donde el mundo parezca otro bien diferente del que es, los libros se adueñen del entorno imponiendo su arrolladora y silenciosa presencia, se escuchen los cantos de las sirenas y se hable el lenguaje de las hadas, entren volando pegasos por las ventanas desde la cuales cualquiera pueda ver pastar a un unicornio y Alicia juegue a las cartas y el gato de Cheshire duerma tumbado en un cojín.

En fin, la biblioteca debe ser un lugar de este mundo, pero que parezca estar situado mucho más allá de él, donde solo el sortilegio y el encantamiento constantes nos conminen al silencio y la devoción.

No sé si el aroma sea de alubias o café como pedía el maestro José Lezama Lima o de ambrosía, pero sí debemos estar seguros de que si el bibliotecario se convierte en un personaje más de la literatura y de los libros que intenta hacer leer, entonces —y únicamente entonces— se habrá producido el inefable milagro de que el libro llegue hasta su muy buscado lector y el lector encuentre en una historia el mejor de los mundos *posibles*, aunque por el acontecer de la vida diaria a veces este anhelado hallazgo nos parezca absolutamente *imposible*.

## ¿Es la librería una institución cultural?

Los libros tienen los mismos enemigos que el hombre:  
el fuego, lo húmedo, las bestias, el tiempo  
y, además, su propio contenido.  
PAUL VALÉRY

Un libro debe estar hecho, como un hombre sociable,  
para las necesidades de los hombres.  
VOLTAIRE

Un libro vivo es un libro abierto, he escuchado decir muchas veces en ferias internacionales del libro y no creo que exista mejor frase para determinar el acto de realización suprema que significa el que un libro que fue escrito (y editado) pensando en alguien, consiga llegar hasta ese alguien (o muchos), de la manera más inmediata y armoniosa posible.

Sucede en verdad que no todos los libros son iguales, como tampoco lo serán todos los lectores y posibles promotores que en su larga andadura por el mundo puedan encontrarse ese objeto en sí mismo que no deja de ser un libro.

Como cualquier artículo de uso, el libro deviene mercancía lucrativa o producto estancado, en dependencia de que sea «sociabilizado» o no en bien suyo y de sus posibles gestores y/o compradores.

En tal sentido, para nadie será secreto que el libro, para convertirse en objeto social, necesita, sobre todo, ser promovido y su venta estimulada por todas las vías posibles.

El gran dilema de todas las editoriales importantes<sup>15</sup> que en el mundo se precian de serlo, es precisamente este, ¿cada libro que van a editar merecerá ver la luz o quedarse guardado para siempre en la gaveta de un escritorio o

en el cofre de los recuerdos de un autor? ¿Tocaremos con esta obra el corazón de uno o de muchos lectores? ¿Se convertirá esta obra de la noche a la mañana en un tesoro para mucha gente o, por el contrario, quedará ignorada ignominiosamente?

La historia de la literatura universal fuera otra muy distinta, si muchos de los libros que hoy conocemos como monumentos no se hubieran publicado y en cambio otra enorme cantidad que, presumiblemente quedaron inéditos en la época en que escritos y fueron evaluados por alguien, estuvieran dando vueltas por las librerías, escuelas y hogares del mundo.

De todo esto podemos colegir que el oficio de editar y el de vender, adquieren con el libro una extraordinaria dimensión social, dada en que aquello que se edita o se vende va a generar de inmediato una respuesta, no siempre previsible, desde luego, pero respuesta al fin y al cabo, que obligará al editor (y a todo el entarimado que él representa) a tomar determinada actitud o disposición ante ese propio libro.

Para nadie es secreto que hay períodos en que las editoriales pierden el tino y apuestan por obras que significan un rotundo fracaso y, en cambio, se ha dado el caso de que numerosos libros que en su momento no fueron valorados como posibles éxitos, de improviso tocan la flauta en el gusto de amplios sectores de la masa lectora.

Precisamente por esta razón la librería debe ser una auténtica institución cultural y no un mero receptáculo de libros en venta como lamentablemente muchas veces sucede, libros que —justo es decirlo—, no siempre su vendedor conoce —ni puede conocer si nos atenemos a la cantidad de volúmenes que se editan anualmente en cualquier parte del mundo— y que, sin embargo, está obligado a vender en bien suyo y de su empresa.

En países que cuentan con lo que se ha dado en llamar librerías de grandes superficies, existe la *praxis* de producir una serie de obras estereotipadas y

con una probada eficacia comercial. Se trata de estimular una literatura «en serie» mediante la cual el editor se siente muy cómodo, el «autor» de marras, más cómodo todavía y, por tanto, se puede entender que el lector ya contaminado por ese tipo de producto se encuentra infinitamente feliz cuando su ansia de devorar eternamente lo mismo es satisfecha a carta cabal, una y otra vez.

Es verdad de Perogrullo el hecho de que grandes obras que la crítica valora como trascendentes pasan sin pena ni gloria según los efectos que provocan en el público y el mercado y que, sin embargo, mediocres productos de este tipo rompen todos los récords posibles.

En Cuba, por citar un caso cercano a mi experiencia, cuya producción editorial se mueve más en función de las ideas que del comercio —sin que por ello se desdeñe la importancia de que los libros se realicen como la mercancía vendible que también son en cualquier parte del orbe—, se busca una literatura mucho más comprometida con la causa de la lectura *per se*. Se intenta que el libro sea un acicate, un motor, un vehículo para que el lector inicie un inacabado e interminable camino, un viajar constante siempre en ascenso hacia metas superiores y por ello, en vez de sumirse en lecturas empobrecedoras, no omita el hecho de leer y de crecer con su lectura, cada vez más y mejor.

Pero de nada valen los recursos de que se dote a un país para la lectura, los esfuerzos promocionales en ocasiones más bien mediáticos para exacerbar este hábito, si no existe en los promotores y libreros cierta sólida base cultural y una profunda identificación con el acto mismo de leer. Para promover, dicho directamente, antes es imprescindible leer y mucho.

En otras partes de este libro, se comenta que la lectura es un acto contagioso, una especie de enfermedad cuyo virus se inocular idealmente en la primera infancia y, sobre todo, en el seno del hogar. No es posible que



solo en la escuela nos motiven o nos enseñen a leer mejor; se necesita ciertamente de una cuna de oro para ser un buen lector, como en ocasiones me ha comentado una gran amiga. Existe la célebre anécdota que cuenta como en una oportunidad se le preguntó al conocido dramaturgo inglés Bernard Shaw cuán culto podía llegar a ser un niño y, presto, al instante respondió: «La respuesta está en su abuela...».

Está claro que, si todos tuviéramos la dicha de haber conocido a una abuela lectora, el mundo de los libros y el planeta en sí mismo serían muy diferentes. Pero es necesario atemperar lo ideal con lo real y en tal sentido, se requiere cada vez más de los promotores de la lectura —y en las librerías se podría ejercer esta promoción mejor que en ningún otro sitio, ateniéndonos a que les llega lo más reciente y actual de la literatura que se publica en cualquier país— un interés y un esfuerzo en mejorar de continuo su hábito de lectura con tal de multiplicar este conocimiento en sus posibles compradores.

Para ningún país del mundo es posible llevar autores o editores o destacadas figuras de las letras a cada librería que exista. En cambio, si los libreros pudieran dedicarse más tiempo a leer y menos a llenar papeles o atrincherarse detrás de los números de venta para rendir informes burocráticos que todo el tiempo les exigen, las acciones promocionales se generarían en cada sitio como una práctica espontánea en vez de surgir trasplantadas como una y mucho menos, como una especie de teatro al que concurren todos los factores, pero rara vez se da el milagro mágico de la escena, es decir, que el lector compre lo más adecuado para su gusto y formación como ser humano.

Poniéndonos a soñar, imaginemos la librería ideal.

¿Ya?

Pues un sitio siempre lleno de personas, contando cuentos, que se escuchen canciones, que exista aroma a flores frescas. Libreros caracterizados como personajes de la literatura, cojines por el suelo para quien se quiera tender a leer; si se trata de una librería para niños: animales de peluche, muñecos y; sobre todo, libros, muchos, hermosos libros que motiven a que les acariciemos saboreando su textura, el aroma y aquello que al contacto de sus páginas fluya. Se necesitan montones de libros en la librería y, también, montón de seres humanos que, como niños... sean vivarachos, rebeldes, iconoclastas, eternamente lectores niños... que es algo muy diferente a niños lectores...

# Lectura y enseñanza

La enseñanza de la literatura sirve para algo más que para descubrirnos lo que otros han escrito y es admirable: también sirve para que nosotros mismos aprendamos a expresarnos mediante ese signo supremo de nuestra condición humana, la palabra inteligible, la palabra que significa y nombra y explica. No la que niega y oscurece, no la que siembra la mentira, la oscuridad y el odio.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Mucho leer y bien entender,  
el mejor camino para saber.

PROVERBIO CASTELLANO

Los libros son maestros que nos enseñan sin férula ni azotes, sin gritos ni enfados, sin vestiduras vanas y sin moneda. Si acudimos a ellos súbitamente nunca los encontraremos durmiendo, si los interrogamos nunca disimulan sus ideas, si nos equivocamos no murmuran. ¡Oh, libros! ¡Los únicos poseedores de la libertad, los únicos que nos permiten disfrutarla!

RICARD DE BURY (1345) *Philobiblon*

Decían los abuelos una frase que lamentablemente hoy día en varios contextos históricos sociales todavía no ha perdido parte de su terrible y hasta ciertamente pecaminoso y amenazador significado: «La letra con sangre entra».

Podría parafrasearse esta máxima recordando que, en ocasiones, en el mundo actual, increíblemente todavía se pretende en muchas instituciones educativas que la lectura entre con sangre.

Para nadie debe ser un secreto el hecho cierto de que la enseñanza puede devenir una institución no solo educativa, sino cultural como la que más, en la medida en que los profesores y maestros que trabajan para cualquier edad interioricen que la cultura no es obra de unos *pocos* sino de *muchos* y que entre esos *muchos* el enseñante puede jugar un papel fundamental.

Pero con profesores y maestros que pretendan no solo enseñar, sino a la vez contagiar el hábito de la lectura, tiene que darse el milagro de que sean lectores y, sobre todo, muy buenos lectores. No es posible hablar de la riqueza de la literatura si nos atenemos a lo esquemático que pueda resultar un programa de estudios, que las más de las veces solo pretende ofrecer una visión abarcadora de todo un fenómeno, sin detenerse a interiorizar en sus características o génesis o en interpretaciones que enriquezcan la visión del alumno sobre el tema en cuestión.

Existe todo un anecdotario algo dantesco en verdad de cómo en muchas partes del mundo se pretende enseñar la literatura y contagiar el hábito de leer en las escuelas. Lo cierto es que los programas no son establecidos por aquellas personas que deberán impartirlos y, en oportunidades, devienen una especie de camisa de fuerza, no solo para el alumno sino incluso para el propio enseñante.

Como la misma media de lo que se lee, en ocasiones los programas de literatura se establecen más por razones de índole comercial, ideológica o formativa, que por los valores literarios y la representatividad de la obra que se va a estudiar en cuestión.

En numerosos países, la enseñanza de la literatura viene asociada a la iglesia o a enormes consorcios editoriales que solo pretenden garantizar las ventas masivas de sus productos y en aquellos libros que editan buscan una calidad media que tenga a la vez una cierta didáctica formativa en cuanto a literatura, lengua y valores.

A todo esto, se suele asociar un movimiento autoral al que se le paga muy bien para que haga libros fórums en las escuelas y también la creación, uso y abuso de una serie de guías pedagógicas que permiten al docente estudiar las obras valiéndose de puntos preconcebidos.

Estudiadas algunas de estas guías de lectura aplicadas a mis propios libros he notado con sorpresa y hasta con algo de diversión que muchas veces las guías limitan pobremente la visión del contenido de la obra y hasta contradicen el argumento al encasillarlo de manera increíble en una pobre visión temática.

En algunos países, en los programas de primaria se padece de una desactualización notable, pues los libros de texto con que se trabaja, recurren más a los clásicos que a los contemporáneos, quizás por ese temor inveterado ante lo nuevo y desconocido que viene con su fuerza galopante. Desde la elaboración de muchos de estos programas al presente, el movimiento autoral ya es otro y aunque esto no quiere decir que se resten valores a los libros de la tradición, hoy es otra muy diferente la literatura para niños que se está escribiendo, publicando e incluso leyendo en el mundo entero.

Si a tal realidad sumamos el hecho de que estos programas defienden sobre todo una literatura más encaminada al acto lúdico en sí mismo de las primeras edades y luego a resaltar únicamente los valores nacionales y patrios, sin osar entrar en el mundo de experiencias y aspiraciones de un niño actual, se encuentra uno ante la evidencia de que la lectura que se promueve por programas en algunas escuelas dista eones de aquella que se escribe y en ocasiones se publica y, mucho más, de la que legítimamente pueden aspirar a leer los niños, lo cual puede constituir una enorme sorpresa incluso para autores y editores que presumiblemente trabajen para ellos. Del mismo modo, al desconocerse por la enseñanza la literatura actual que se escribe y —repito— en cierta medida logra ver la luz en países donde se privilegia la literatura para la infancia, al niño se le privan de una serie de obras que podrían funcionar como lectura extra-clase o complementaria y

enriquecer de este modo, no solo su mundo de lecturas, sino su universo vital.

Es evidente que de maestros no lectores nunca podrá salir un niño lector. De maestros conservadores y retrógrados jamás nacerán niños abiertos al cambio, con ideas renovadoras de lo que deben ser literatura y lectura o el estudio y el aprendizaje, que son categorías bien diferentes.

De maestros empeñados en enseñar a golpe de regla o estrofa cantada o exhaustivas memorizaciones de textos mal aprendidos o aprehendidos, jamás tendremos niños —no que amen la lectura—, sino siquiera la escuela. Obtendremos, eso sí, niños que la odien, la desprecien, la teman o la ignoren, precisamente porque nadie fue capaz de hacerlos entender las bondades del mágico acto de leer un buen libro.

En oportunidades, se da el caso de que muchos maestros apenas rebasan la edad de sus alumnos e incluso quedan a la zaga de ellos en cuanto a conocimientos actualizados del mundo moderno y todos sus adelantos. Este hecho solo puede originar el que los maestros tratan de establecer una distancia para exigir un respeto que no siempre son capaces de inspirar y mucho menos de implantar adecuadamente entre sus pupilos.

Nada como el conocimiento para revestirnos de autoridad. No de esa autoridad que pretenden dar los gritos, amenazas, castigos o coacciones de cualquier índole, sino de la autoridad tácita que nos confieren aquellos que quedan deslumbrados por nosotros, por nuestra palabra y nuestro verbo, por nuestro modo de interpretar un buen libro y compartirlo con otros, por quienes deciden seguirnos en el hilo de lo que hablamos y pretendemos comunicar.

La experiencia de que los niños repitan como papagayos aquello que les dicta alguien, únicamente consigue dar niños pobres espiritualmente y

mendigos de cualquier tipo de información que les amplíe su visión del mundo moderno.

Y la literatura y, por ende, la lectura, no se debe impartir como un castigo, ni como un dogma. Sencillamente es un bien inapreciable que se comparte con otros. En ningún caso la tarea de un niño debe ser copiar a trompicones para el otro día el cuento de «El patito feo» de Hans Christian Andersen, como si esto fuera un castigo tremendo. Tampoco, memorizar las noticias de un telediario nocturno ante un matutino en el patio de la escuela o enumerar como eruditos las obras de cualquier autor.

¡Vámonos a leer para la playa!

¡Leamos en el campismo!

¿Por qué no vemos qué pasa el final de este cuento?

¿Quién se inventa un final mejor y más emocionante?

¿A quién les recuerda Pulgarcito?

¿Conocen alguna Caperucita Roja en el barrio de ustedes?

¿Se han encontrado con algún ogro?

¿Cuántos ogros han debido sufrir ustedes en la vida?

Mejor no hablar de ello. ¿Verdad?

Para José Martí, la lectura era un oficio dignificante. Él decía que leer es trabajar. Y en efecto, la lectura es un trabajo, a veces complicado, a veces rutinario, pero la mayor parte del tiempo, un trabajo placentero al que no deberíamos renunciar jamás.

Aseguraba por su parte el teórico francés Claude Roy que «Un niño no es un hombre un poco más pequeño y un poco más tonto». Demos entonces iniciativa a los niños —y a todos esos lectores que pueden ser capaces de leer con la inocencia y el candor desprejuiciado de un infante—, toda la iniciativa posible, mostrándoles que la lectura no es una condena sino un privilegio, que no significa un castigo sino una bendición, que no es un fin

en sí misma sino un medio para acceder a incalculables predios y solo así recibiremos grandes, inigualables sorpresas.



# La lectura como modo de crecimiento del ser humano

*Leer es crecer*, dice un slogan que cada año se utiliza en las Ferias Internacionales del libro de La Habana. Y, en realidad, si bien se mira, la metáfora está muy bien empleada pues no hay mejor manera de «crecer hacia adentro» y en todos los sentidos, que el entrenamiento que día a día nos va brindando una buena lectura.

Conscientes de esto, las editoriales y el estado cubano, en sentido general, apuestan por la lectura, propiciando la aparición de ediciones totalmente subsidiadas estatalmente con tal de que la lectura, más que en una elección tangencial de unos pocos, se convierta en la mayor prioridad de muchos en el país.

Si leer es crecer, con cada nueva lectura —crítica, nada cómplice y sí muy selectiva de aquello que busque— el lector estará pertrechado del mejor equipaje para la vida.

Los cimientos para que en Cuba se hiciera realidad este precepto se sembraron en fecha muy temprana y desde el primer momento el gobierno revolucionario estuvo más que consciente de que lo más importante era hacer *crecer*, precisamente, a aquellos que mejores posibilidades podían tener para este crecimiento: los niños, adolescentes y jóvenes.

Pero si estamos conscientes de que, para fomentar el hábito de la lectura en un país, es necesario comenzar desde las primeras edades, son importantes los libros de texto y las obras literarias que se escriben para niños o que estos se adueñan. Por eso, para que ese hábito se fuera fomentando en Cuba, fue necesario primeramente el establecimiento de una literatura para niños.

Pese a existir antecedentes en libros de texto, silabarios, catecismos y algún que otro amago de obra ficcional, la crítica especializada establece que la

LII en Cuba tiene un origen glorioso y trascendente con la publicación, en 1889 (entre julio y octubre), de la revista para niños *La Edad de Oro*, concebida y creada por el Héroe Nacional de Cuba, José Martí.

Antes de Martí, algunas figuras de las letras y la educación se acercaron a la infancia con ínfulas de una prédica moralizante, a la manera que ocurrió en la Francia del siglo XVII y que motivó «la rebelión» de una infancia indomable que escogió los libros de su agrado y certificó lo que se ha dado en llamar «clásicos de la LII».

Pero estos libros no estaban concebidos precisamente para que la infancia creciera sino todo lo contrario, más bien iban en busca de mantener el *status quo* de un niño perfecto, modélico y petrificado que no fuera capaz de pensar y sí de ser un ente obediente y sumiso.

Sin duda, el intento más logrado de llegar a la infancia en la Cuba del XIX, es la publicación de *La Edad de Oro*, estas cuatro revistas de carácter humanista e instructivo, que luego, en las primeras décadas del siglo XX, se editan como libro y, desde el triunfo de la Revolución, con una periodicidad anual, por las editoriales del Centro de Estudios Martianos, Gente Nueva, Abril y José Martí.

Entre los factores histórico-sociales que contribuyen a fomentar el desarrollo de una LII de tono diferente en Cuba deben tomarse en cuenta, por encima de todos, el triunfo de la Revolución de 1959, que hace culminar un período de insurgencia en pos de reformas de carácter humanista, en buena medida inspiradas en el programa del discurso de Fidel Castro «La historia me absolverá», que retoma el ideario martiano.

Los primeros pasos que da el gobierno favorecen, sobre todo, una visión novedosa de ver la vida y propician un enfoque nada elitista relacionado con la mayor difusión de la cultura.

Entre las iniciativas tomadas en estos años iniciales, además de otras conquistas como la intervención de la empresa extranjera o la reforma agraria y la entrega de tierra a los campesinos, se produce la creación, en 1959, de la Imprenta Nacional de Cuba, dirigida por Alejo Carpentier, y la Editora Nacional de Cuba, por Herminio Almendros. Este cuerpo editorial publica ediciones masivas de obras con precios módicos, como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, entre otras.

Factores influyentes para el desarrollo de la LIJ en Cuba son la llamada Campaña de Alfabetización, la dotación a todas las bibliotecas del país con fondos de libros adquiridos en el exterior y otros publicados en el país, la fundación del Consejo Nacional de Cultura, en 1961, así como la creación, en 1967, de las principales editoriales que luego integrarían el Instituto Cubano del Libro (ICL); una de estas, la que constituye la mayor casa especializada en este tipo de literatura: Gente Nueva.

Las pautas para un desarrollo más continuo del por muchos llamado «género», «modalidad» o «tendencia» y que para otros teóricos es una «serie» o una «perspectiva» escritural, se dan en el Primer Foro de Literatura para Niños y Jóvenes de 1972, organizado por el Ministerio de Educación (MINED), el Consejo Nacional de Cultura y bajo la égida de la destacada intelectual marxista Mirta Aguirre.

Este foro establece una visión desprejuiciada y novedosa para este tipo de libro, que desdeñara toda prédica moralizante y adoctrinadora, y que no rehuyera de la fantasía como instrumento de transformación o reescritura de la realidad; además, pautó la creación del premio La Edad de Oro, en 1972, concurso que ha dado a conocer lo más graneado del movimiento de literatura para niños en las décadas precedentes.

Otros factores que contribuyen al desarrollo y la promoción de la LIJ en Cuba son la fundación del Ministerio de Cultura (MINCULT), en 1976; la

Campaña Nacional de la Lectura, en los ochenta; la creación del Comité Cubano del IBBY, en 1984; y la aparición de su revista teórica *En julio como en enero* y la fundación, en 1985, de la Subsección de Literatura Infantil y Juvenil de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y de su premio La Rosa Blanca.

Posteriormente, influirá en el conocimiento y la difusión de las mejores obras para niños el llamado Programa Nacional para la Lectura iniciado en los noventa, así como los Encuentros Iberoamericanos de Literatura para Niños y Jóvenes (entre 1994 y 1999) y los Congresos de Lectura Para Leer el XXI (entre 1999 y 2009), auspiciados por el IBBY.

Se ha planteado que los noventa marcan la aparición de un cambio de signo en la literatura cubana para niños, adolescentes y jóvenes.

Si antes había libros de corte más tradicional, animista o centrados en defender de manera muy directa los valores patrios, las generaciones de autores que surgen desde los noventa enfocan la realidad de forma diferente y apuestan de otro modo por el crecimiento espiritual de los niños: ya no se buscará tanto presentar a la infancia el mejor de los mundos posibles sino precisamente todo lo contrario: ahora no se desdeñan las aristas duras de la vida, de las que hablaba Mirta Aguirre en décadas anteriores y en cuyo tratamiento se anticipó el propio José Martí en *La Edad de Oro* y en algunos de sus versos sencillos o en el propio libro dedicado a su hijo: *Ismaelillo*; ahora los autores abundan en tramas referidas a males sociales eternos o contemporáneos, del llamado *aquí y ahora*.

Esta literatura aún tiene algunos obstáculos para darse a conocer, en especial, porque los lectores arrastran un caudal de tradición que les hace preferir textos menos agresivos en lo que cuentan y más a la usanza de los clásicos.

PREFERIDOS POR LA INFANCIA CUBANA

Entre los preferidos en las editoriales cubanas figuran libros que, a lo largo de los años, han hecho crecer a los lectores y los niños cubanos les son fieles y los han tienen como muy suyos al hacerlos pasar de mano en mano, de generación en generación, y hoy día constituyen verdaderos textos de culto (o de cabecera) entre lectores del país.

Estos libros deben ser reeditados cada año e impresos en miles de ejemplares que —al momento— se ven agotados en las librerías y ferias internacionales del libro.

Su vida en las bibliotecas es bastante efímera porque numerosos lectores los solicitan de continuo y en las familias cubanas, siempre que se recomienda leer, se suele hablar de estos libros ya emblemáticos y sacralizados por una tradición de lectura.

*La Edad de Oro*, de José Martí, editada por vez primera en forma de libro en los cincuenta, es una de las obras más codiciadas por la infancia a lo largo de los años.

Sucesivas ediciones de *La Edad de Oro* se han visto agotadas casi en el momento mismo de su aparición y cuando se le publica de manera fragmentada, es decir, sus cuentos en minilibros o libros ilustrados y sus poemas o artículos por separado, siempre ocurre lo mismo.

Cada vez que en algún concurso escolar se les pregunta a los niños cuáles son sus libros preferidos, *La Edad de Oro* es de esas obras que suelen ocupar el primer lugar.

Pese al tono a veces educativo que asumió el Maestro en sus textos, la riqueza de su prosa y el lirismo de sus versos han hecho de este clásico de América una de las obras más queridas por la infancia cubana y uno de esos libros maravillosos que, con cada nueva lectura, permite crecer a sus múltiples y muy diferentes lectores. Es de esas obras que, siempre, tiene algo nuevo e interesante que decirle a todo el mundo.

Al cumplirse, en 1989, el centenario de su publicación, *La Edad de Oro* conoció ediciones por casi todas las editoriales cubanas, incluso, hasta una facsimilar realizada por Ediciones Abril. Fue maravilloso constatar la riqueza de estilos de cada edición y, nuevamente, el apego del público a un texto que nunca muere.

*Había una vez*, de Herminio Almendros, es otro de esos libros. Muchos cuentos antiguos comienzan por la frase célebre: *Había una vez*, y así se llama una de las obras más queridas por los niños cubanos, que compiló el pedagogo español Herminio Almendros (1898-1974). Durante años, él trabajó en Cuba para dar a la infancia la mejor literatura universal. *Había una vez*, quizá, el volumen de adaptaciones más famosas y reeditadas entre nosotros es, por antonomasia, un libro de culto para generaciones de lectores cubanos y, durante años, ha sido uno de los materiales más útiles en cuanto a la promoción del hábito de la lectura. El volumen está estructurado en dos partes que cuentan con medio centenar de obras breves tomadas, en lo fundamental, de los clásicos de la literatura infantil universal y del folclore hispanoamericano, expuestas en forma de cuentos (23), poemas (22), rondas (5) y adivinanzas (2). Libro ameno, instructivo, de estilo directo y casi coloquial —como suelen demandar los pequeños—, demuestra con creces el bien dotado oficio que como adaptador literario siempre caracterizó a alguien tan sensible como Herminio Almendros.

*Las aventuras de Guille*, de Dora Alonso, fue publicado por vez primera, en 1964, en las páginas del semanario cultural *Lunes de Revolución* bajo el seudónimo de D. Polimita, *Las aventuras de Guille. En busca de la gaviota negra* es, en realidad, la obra narrativa en que se acerca con toda intención al público infantil y en su momento significó un cambio de giro en la narrativa cubana destinada a la infancia, no tanto por su tema, sino por el

modo natural de la narradora que en ningún momento asumió un tono añorado o pueril.

Como antecedente en la labor creadora hacia los infantes, Dora Alonso poseía varios años de prácticas teatral y televisiva —y una gran popularidad alcanzada gracias a su entrañable títere Pelusín del Monte—, y también con su experiencia de trabajo en los libros de texto de la Educación Primaria, para los cuales —junto con Renée Potts y Adelaida Clemente—, fue de las primeras en dar un paso al frente para escribir adivinanzas, poesías y relatos que algún día merecería la pena rescatar.

*Las aventuras de Guille* es, ante todo, un libro casi documental, que intencionalmente se aparta del esquema clásico de las obras del género; ahí radican su carácter innovador y su originalidad, dentro y fuera del contexto de la literatura infantil cubana.

Lo que más descuella en esta obra es su valor informativo, didáctico, ecologista y, por supuesto, el aire magistral que el vigoroso estilo narrativo de su autora le confiere a cada pasaje narrado. En realidad, es mucho más, como novela de divulgación de la incipiente praxis científica en la Cuba revolucionaria de los sesenta, el libro deviene crónica amena, poética y altamente veraz de una expedición (casi arqueológica) en busca de una mítica especie de ave muy difícil de encontrar y de existencia apenas probada: la gaviota negra.

La cubanía en el estilo de narrar y aquella otra cubanía que se respira al recorrer todos los parajes cercanos a Cárdenas son las patentes de curso utilizadas por la autora para ganarnos desde el primer momento con una narración lineal, de realismo casi coloquial, con toques de humor sin concesiones, ciertas dosis educativas y un hondo aliento humano.

*El principito*, de Antoine de Saint Exupèry, fue desde su publicación un libro de culto para varias generaciones de lectores en el mundo. *El*

*principito* vuelve cada año al público cubano en otra reimpresión de la Editorial Gente Nueva.

Esta obra, dada a conocer por vez primera en 1943, nunca ha dejado de ser noticia por sus nuevas ediciones masivas en cualquier parte, que se acrecentaron cuando, precisamente, en todos los países se conmemoró el centenario del nacimiento de su autor, Antoine de Saint Exupéry, quien vio la luz el 29 de junio de 1900 en Lyon, Francia. *El principito* cumple a carta cabal uno de esos misterios que mueven el cauce de la Literatura Universal, en especial, de los a veces mal llamados «libros para niños»: aquel que radica justo en esa aceptación sin precedentes que ha mantenido durante varias décadas.

Desde que apareciera su primera edición, *Le Petit Prince* se convertiría en obra imprescindible para generaciones enteras de lectores quienes, dócil y tácitamente, se lo recomiendan unos a otros, se lo pasan de mano en mano o lo atesoran en el rincón preferido para sus libros más entrañables.

Por esta razón —y pese a su brevedad, sencillez y lineal argumento, y pocos recursos literarios—, es un libro casi mítico. ¿Qué misterio se mueve en torno a esta obra maestra para que tantos la citen como un axioma y utilicen sus imágenes de continuo?

¡Cuánta paradoja no encierra en sí el hecho de que un autor que jamás pretendió asomarse al mundo de las letras para niños, sino a libros de viajes, memorias, etc., se haya consagrado como un clásico de su literatura!

Quizá, la explicación se encuentre en el propio enigma que siempre marcó la vida del autor, pues se cuenta que Antoine creció huérfano de padre, y con la madre y sus cuatro hermanos en un castillo donde, desde pequeño, imaginaba aventuras de capa y espada muy diferentes a esas que luego iba a correr de grande.



Entre otros libros famosos demandados por los niños y jóvenes cubanos también pueden citarse las obras de Julio Verne y Emilio Salgari, Jack London y Alejandro Dumas, Charles Dickens y Mark Twain, *Pippa Mediaslargas*, de Astrid Lindgren, *El señor de los anillos*, de R.R. Tolkien, y *La historia interminable* y *Momo*, de Michael Ende, así como *Oros viejos*, de Herminio Almendros, *Flor de leyendas*, de Alejandro Casona, todas las obras de Dora Alonso y *La Marcolina*, de Ivette Vian, que se ha hecho muy popular desde su excelente adaptación para la televisión.

No se puede obviar, sin embargo, que el fenómeno Harry Potter también llegó a Cuba y aunque sus volúmenes no se distribuyen o editan en la isla, es una de las sagas más mencionadas por los lectores en edad escolar y en las encuestas sobre hábito lector que se realizan luego de cada feria.

## EDICIONES Y EDITORES

Las editoriales nacionales, en especial, Gente Nueva, Abril, Editorial de la Mujer y Unión, en general, venden toda su producción, sobre todo en virtud de la alta demanda existente en un país donde se potencia la lectura desde las primeras edades.

Cada año, Gente Nueva publica —máxime en la última década— entre 1 millón y 3 millones de ejemplares de un plan promedio que ronda los 100 títulos. Pese a la difusión de nuevos autores, sus libros más demandados siempre siguen siendo *Había una vez*, *El principito*, *La Edad de Oro* y *El diario de Ana Frank*.

Es obvio que el público siempre le es fiel a aquellas obras que más le marcaron en su momento de crecimiento como lector. No obstante, la oferta de lectura se amplía cada vez más, con el caudal de autores que con su impronta creativa van marcando el universo escritural de la isla para transmitir nuevas verdades e inquietudes y confirmar ese precepto de que la lectura y la literatura como su mejor materia nunca se deberán ver como un

coto cerrado, sino precisamente como el mejor puente para acceder a predios superiores, en una búsqueda constante en pos de nuevas metas y de un crecimiento espiritual sin límites, tan infinito como eterno...

# La lectura como fuente de libertad y saber

José Martí, el Apóstol y Héroe Nacional de Cuba, escribió una vez que la mejor manera de ser libres es ser cultos. Podría parafraseársele hoy argumentando que la mejor manera de adquirir cultura es a través de los libros.

Porque son estos la fuente más reconocida y la vía más segura de aprehender un conocimiento que *va in crescendo* en la medida que nosotros los humanos, como lectores vivos (y no pasivos), seamos capaces de abrir más puertas y puertas, entiéndase, páginas y páginas, que nos puedan dibujar el camino hacia inesperadas rutas del saber que nunca antes fuimos capaces de imaginar.

Las rutas del saber pueden ser tantas —y tan diversas— como nosotros mismos seamos capaces de emprender, desde el momento en que nos sentimos curiosos por la página llena de caracteres que se abre ante nuestros ojos y decidimos adentrarnos en ella apertrechados de nuestro conocimiento previo del mundo y de las propias letras, hasta que, ya lectores entrenados, somos más que capaces de saber escoger aquello que de verdad nos enriquece y engrandece en cada nueva lectura.

Estas rutas del saber, como mejor pueden dibujarse es en la propia infancia y de ahí la radical importancia que tiene la lectura como ente y praxis formadora del ser humano desde las primeras edades y el papel educativo del hogar y la escuela en este proceso que no deja de ser creativo en sí mismo.

Aquel niño que no conoce un libro o que se cría en un ambiente hogareño ajeno a esta sana práctica del saber y el crecer, tiene una vida —que puede ser rica en otras experiencias como el deporte, el juego, la instrucción o los valores familiares—, pero estará careciendo de ese mundo *otro* al que se

puede acceder con solo abrir las primeras páginas de un buen libro y dejar que la vista corra, indetenible y voraz, por ellas y que, durante segundos — que luego se convierten en horas, días, semanas, meses, años leyendo— e incansablemente vuele en pos de un conocimiento al que no solo llega *per se*, sino que viene permeado de increíbles emociones y sorpresas...

Por eso mismo la lectura deviene una práctica emancipadora y reivindicativa para el ser humano, sea cual fuere su edad, elección de vida, época de existencia o geografía concretas.

Otrora, la lectura fue el privilegio y el goce de unos pocos. Conscientes de ello, los poderosos frenaron a las masas todo acceso al libro, que era un bien de élites no solo por el costo casi manufacturado de su producción, sino en virtud de los atributos éticos y morales que su sola posesión entrañaba.

La iglesia fue durante siglos la principal propiciadora de libros, que con celo atesoraba en cámaras secretas; libros primorosamente escritos a mano por monjes expertos en dibujar caprichosas letras y curiosas ilustraciones iluminadas con tintas y resinas de cuya esencia hoy se ha perdido el saber ancestral.

Estos libros, llamados códices, pasaban de generación en generación como un legado enigmático y secreto que muy pocos podían conocer y a los que casi nadie tenía acceso alguno, salvo los iniciados u oficiantes de cada culto o liturgia en cuestión.

Encerrados en criptas, bóvedas y cenáculos privados, así los libros, que desde la antigüedad eran escritos en tablillas de arcilla, fibras vegetales o luego en el papel, iban de mano en mano por las iglesias o viajaban adentro de las mentes consideradas más sacras, para mantener un legado que el ser humano siempre apreció entre otros muchos: el conocimiento.

Qué mejor crónica pudiera existir del mundo del pasado que estos libros considerados incunables y que durante épocas durmieron su sueño de polvo y olvido en lo más oculto de las grandes y legendarias bibliotecas de la antigüedad.

Perdida entre los velos del misterio se cuenta la leyenda de la biblioteca de Alejandría, considerada como la más grande del orbe en su época. Se encontraba en la ciudad egipcia de igual nombre, y se atribuye su creación a Ptolomeo I Sóter, quien inició su edificación en el siglo III antes de Cristo. Dice esa leyenda que la mágica biblioteca llegó a albergar hasta 700 mil volúmenes y que su destrucción significa uno de los más grandes misterios y desastres de la historia. Aunque en realidad no hay mucha coherencia en las versiones que se ofrecen sobre el posible contenido de sus anaqueles, lo cual ha sido terreno para más de una especulación.

Con la creación de los tipos móviles de la imprenta, por Gutenberg, alrededor de 1440, se inicia poco a poco un proceso de democratización gradual de las impresiones —lego libros—, proceso que llega hasta nuestros días y que, en definitiva, garantiza el acceso a la lectura de mayor cantidad de personas en todo el mundo.

El nuevo invento propició la reproducción de mayor cantidad de copias de un documento y el modo gradual en que se descubren maneras de fabricar el papel iba a agilizar considerablemente este proceso.

Surge la popular literatura de cordel, encaminada a reseñar los tortuosos sucesos sociales de crímenes y ejecuciones. Dando saltos y saltos en años, le seguirán más tarde los periódicos y sus páginas dedicadas al folletín como manifestación literaria cultivada para las masas que ya podían ser capaces de leer.

Toda persona que accede al acto de leer, comienza a pensar de manera diferente, adquiere otros conocimientos y nociones de la vida y del mundo.

Es este un proceso de toma y daca en el cual la experiencia vital también tiene mucho que aportar para el acto de la lectura como entrenamiento. En la medida en que la instrucción se fue haciendo obligatoria con los años y no el patrimonio exclusivo de unos pocos, la lectura como proceso formador de un hombre nuevo generó otros procesos secundarios que dinamizaron su misma acción en un conjunto de posibilidades, no solo lúdicas sino emancipadoras por esencia, al hacerse el conocimiento un patrimonio cada vez más colectivo.

De ahí que todos los gobiernos progresistas, entre sus primeras medidas, inmediatamente tratan de dignificar el acto de leer y defienden las alternativas que en sí mismo él conlleva; sin embargo, se aprecia con dolor y pasmo que en el mundo desarrollado de hoy, no siempre la masificación del conocimiento significa amplitud ni apertura, sino a veces precisamente lo contrario, sobre todo cuando está en manos de las grandes transnacionales de la distribución del saber, empeñadas en mantener un *status quo*, que no altere en esencia los valores preestablecidos por la industria del libro y del mercado que sustentan a las sociedades del más violento consumo.

Leyendo más, sabremos más. Pero leyendo con cuidado seremos también más libres y, a la par, menos dóciles en la aprehensión del conocimiento, o al menos seleccionaremos mejor y más conscientes de nuestro acto selectivo la información que se nos brinda.

Las grandes transnacionales del libro y de la información en el mundo entero precisamente abogan por todo lo contrario, por un producto estandarizado y de probada eficacia que en nada se acerca a la sana intención de que la gente se cultive y experimente un crecimiento con el acto creador (y cómplice) que toda lectura conlleva en sí misma.

Por eso no son descabelladas las selecciones que grupos o colectivos académicos serios hacen de cuanto se publica editando listas de libros recomendados, que no necesariamente (sino más bien todo lo contrario) tienen que ser los más vendidos o aquellos que en los diarios más conservadores ocupan los listados en una especie de *hit parade* literario que poco o nada tiene que ver con la más auténtica calidad.

La información es poder. El conocimiento es poder. La lectura es poder. Y en ese sentido leer es un poder maravilloso que le ha sido entregado al ser humano por sus antecesores en el planeta para que nunca deje de dignificarse a sí mismo en una práctica creciente y ecléctica.

Todo el acervo mundial de obras existentes está esperando en algún lugar por nosotros. Cada día, un nuevo libro asoma su faz al mundo. Cada amanecer sale a andar por anaqueles y librerías buscando a ese lector que se pierda venturoso entre sus páginas en pos del conocimiento y el saber, detrás de esa libertad infinita que, en unas simples páginas, nos permite transgredir las normas de tiempo y espacio, ser una y mil personas a la vez y tener la elección suficiente para optar por vivir —entre esas mismas páginas— la poderosa y magnífica aventura de escoger el personaje que anhelamos ser, el sitio que deseamos visitar, la palabra u oración que hacemos nuestra, el parlamento que permanecerá incorporado a nuestro discurso cotidiano, la cita que nos marca para siempre..., precisamente por eso, no podremos encontrar nunca una mejor fuente de la cual beber que las páginas de un buen libro.

Ese saber no será el que precisamente nos permita cambiar el mundo, pero sí que nos hace sentirnos más libres pensando o soñando al menos como será mañana si nosotros somos capaces de inventárnoslo de una manera diferente, y mejor...

# Al mal tiempo, buenos libros

No voy a recomendar a nadie la lectura, como no pretendo aconsejar la dulce y fiera práctica del coito o la degustación de ese amigo de los hombres, el vino. Toda pasión tiene sus peligros y solo los idiotas sueñan o con una vida apasionadamente segura, como solo los exangües buscan una seguridad apática. Quien no quiera mojarse que no aprenda a nadar, ni se atreva a amar o a beber. Y que no lea tampoco o que solo lea para aprender, para destacar, para hacerse sabio o famoso, es decir: para seguir siendo idiota. El que valga para leer, leerá: en pergamino, en volumen encuadernado en piel, en libro de bolsillo, en hoja volandera o en la pantalla del ordenador. Leerá por nada y por todo, sin objetivo y con placer, como quien respira, como quien se embriaga o enreda sus piernas en las de alguien apetecible. Solo eso importa, cuando la pasión manda. Y así he leído yo no toda mi vida pero sí en los mejores momentos de mi vida. Ahora retrocedo un poco y acaricio con los ojos esta sobrecargada biblioteca con la que vivo, en la que vivo. Es como la farmacia de un viejo alquimista, donde pueden buscarse analgésicos y afrodisíacos, tónicos y conjuros diabólicos, visiones de gloria o pesadilla y la seca agudeza descarnada que revela lo real. Ya es hora de volver a ella.

FERNANDO SAVATER

La humanidad, a lo largo de su historia, ha pasado por momentos difíciles, por horas de impiedad y desvelo, por eras de desesperanza y terror, y pese a todo ello nunca ha renunciado a la literatura ni a la lectura.

Estas le han servido para paliar los peores momentos, para llenar (o pretenderlo) las vidas de los hombres de un aire diferente, de un mensaje de esperanzas siempre renovadas, de confianza en el futuro y de fe en el mejoramiento humano.

La literatura y los libros han marchado, la mayor parte del tiempo, a la vanguardia de la sociedad, apoyando las causas más justas, defendiendo y a veces impulsando el desarrollo social. En cambio, los poderosos han visto en el libro y en su lectura un peligro cierto, el *boomerang* que —por insignificante que parezca— podría provocar tanto estallido como un polvorín.



En tiempos de oscurantismo y represión como en la época de la Inquisición o el ascenso fascista, el libro ha sido proscrito, censurado y hasta quemado públicamente al igual que las brujas. Y, pese a su fragilidad y aparente vida efímera, siempre ha conseguido escapar, sobreponerse y, a la postre, triunfar.

Porque el libro es como la memoria del ser humano, frágil y moldeable, pero a la vez deviene inagotable fuerza y caudal. Y si esto es el *libro*, la *literatura* no es más que el alimento propicio, el sustrato de los libros y la *lectura*, el acto donde literatura y libro se reivindicán de todos y de todo en un acto mágico y único que muy pocos son capaces de subvertir o refrenar. Sé que sobre la conciencia de la gente del mundo de hoy pesan cada vez más los avatares de este devenir impredecible y a veces terrible en que vivimos, matizado por la amenaza casi constante de la guerra anunciada, las catástrofes naturales y las plagas que minan a miles de seres diariamente. Sé que, en momentos difíciles, de verdadera prueba, resulta casi inimaginable derrochar el poco tiempo que tenemos de vivir en la lectura de cualquier libro por interesante que este pueda ser o parecer a nuestros ojos. Sé que a veces las preocupaciones nos hunden cada vez más en sí mismas sin que de ellas podamos escapar por más que tratemos. Sin embargo, hay situaciones que no se remedian de un día para otro y para las cuales la desesperanza, el ocio o la apatía a la postre nada resolverán y en cambio, el hacer mesurado de una buena lectura sí consigue atenuarlas o evadirlas. Leyendo un buen libro se podría conjurar el desencanto, ensortilejar a la desesperanza y desterrar el hastío de las horas infructuosas.

Porque leer es también una manera de hacer.

Leer es crecer para adentro y sentir que hay horizontes por descubrir y domeñar.

Leer es constatar una y mil veces, que eternamente el hombre (desde sus albores) ha debido sobreponerse al medio y vencerlo.

Leer es sentir.

Leer es soñar.

Leer es palpar.

Leer es amar.

Leer es sufrir.

Leer es creer.

Leer es vivir.

Leer es galopar las distancias.

Leer es volar hacia el infinito y más allá de cuanto soñamos o intuimos.

Leer es crecer.

Leer es ser uno mismo y muchos otros para dentro y hacia el mundo.

Leer es reivindicar la especie y reescribir la historia que, con una buena lectura, puede ser reescrita para bien una y mil veces y no como manera de censurarla u ocultarla sino como práctica más que efectiva de entenderla y transformarla.

Precisamente es la buena literatura aquella que se nutre de los mayores conflictos existenciales y humanos.

Por todo esto creo que, *al mal tiempo, se deben anteponer buenos libros* y que la lectura es como un deporte sano, un alimentarse de continuo en aras de edificar de nuevo el universo, es cultivar un afecto entrañable que todos —en la medida de lo posible y sin caer en un vicio decadente, alienante o evasivo— debemos cultivar el mayor tiempo posible.

Leer debe ser una fiesta para nosotros. Una fiesta solitaria o compartida, pero fiesta, al fin y al cabo. Una fiesta de la mente y del alma. Una fiesta sin metas ni fronteras. Sin horizonte y destino, pero con su proa puesta hacia

esos puentes a veces invisibles, y por tanto muy promisorios, que nos tiende el futuro.

Tal vez alguien podría reprocharme: «¿Y cuando no hay luz, leer en la oscuridad?». ¿Y quién puede negarme que, después de la noche más oscura, es inequívoco que siempre amanecerá?

## Sobre el autor

Enrique Pérez Díaz (La Habana, 1958). Periodista, crítico y narrador. Conocido por sus polémicos libros para niños y jóvenes traducidos en una veintena de países a más de quince idiomas. Ha recibido el Premio Ismaelillo y La Rosa Blanca de la UNEAC, La Edad de Oro, Aniversario del triunfo de la Revolución del MININT, Premio Abril y Premio Especial Abril. Finalista de los Premios Edebé y Verbum, de España y del Premio Iberoamericano del IBBY Para Leer el XXI. Actualmente dirige el Observatorio Cubano del Libro y la Lectura y ofrece conferencias y talleres sobre este tema. Entre sus libros más recientes figuran: *¡Odio la escuela!* (Editorial Unicornio, Artemisa, 2018); *Ángel de otoño* (Ed. Gente Nueva, La Habana, 2018); *¿Dónde estás, Paulo?* (Ediciones Orto, Manzanillo, 2018); y *Miedo en el cine* (Ediciones ICAIC, La Habana, 2018). En el año 2014 fue jurado del Premio Hans Christian Andersen que concede IBBY, considerado el Nobel de las letras para niños.

# Notas

[←1]

Alude al cuento «El cuentero», de quien es considerado por muchos el cuentero mayor de Cuba.

[←2]

Se trataba de una institución adscrita al Ministerio de Educación de Cuba que, en los años sesenta, adquiría libros para dotar a todas las bibliotecas escolares del país, en una campaña de promoción de lectura irrepetida aún en el presente.

[←3]

LIJ: Siglas aceptadas universalmente para definir la literatura para niños y jóvenes.

[←4]

Ponencia presentada al Congreso Lectura 2007. Para leer el XXI, del Comité Cubano del IBBY.

[←5]

Polémico término referido a lecturas para la infancia. Existen tendencias divergentes: quienes defienden una literatura especializada y quienes optan por una amplitud de criterios.

[←6]

Otrora «tristemente célebre» por su carácter academicista, moralina religiosa e ínfulas pedagógicas.

[←7]

Tras ascender el socialismo en la URSS y expandirse por estados de Europa, Asia, África y América, propugnó modelos justicieros del mundo, y la consiguiente respuesta de la Derecha ante tal embate ideológico.

[←8]

Ambos publicados en Cuba por la Editorial Gente Nueva.

[←9]

De hecho, en Venezuela cuando se presenta un libro por primera vez no se le llama «lanzamiento» o «presentación» sino «bautizo».

[←10]

El hecho de que su literatura sea comercial y se mueva en los resortes del marketing, a veces suele producir generalizaciones y ocultar el innegable hecho del gran fenómeno de comunicación que posee con sus lectores y determinadas ideas espirituales interesantes que se plantean en sus novelas, tomadas del acervo universal de fábulas y consejas.

[←11]

Institución adscrita al Ministerio de Cultura y dedicada a formar nuevas generaciones de escritores.

[←12]

Jurados, editores, promotores, bibliotecarios, maestros, librerías y hasta los propios padres.

[←13]

Vale aclarar que el concepto de lector, si a libros para niños se refiere, deviene categoría bastante discutible y amorfa, no solo en cuanto a la diversidad de niños lectores que puedan existir, sino al hecho evidente de que estos libros son, necesariamente, leídos por más adultos de los que el escritor deseara.

[←14]

Obra de la alemana Gina Ruck Pauquet.

[←15]

Y se suele considerar importantes sobre todo a aquellas que más libros publican con tiradas considerables y que se venden muy bien.